

COLECCION QUIMANTU PARA TODOS



© 40261

EMPRESA EDITORA NACIONAL QUIMANTU LIMITADA.

Av. Santa María 076, Casilla 10155, Santiago de Chile.

Primera Edición, 1973.

Director División Editorial: Joaquín Gutiérrez.

Proyectó la Edición y Portada: María Angélica Pizarro.

HISTORIAS DE RISAS Y LAGRIMAS

**JOSE MIGUEL VARAS
ALFONSO ALCALDE
NICOLAS FERRARO
FRANKLIN QUEVEDO**



gutenberg

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

BIBLIOTECA NACIONAL
Sección Control

Prólogo

En los cuentos que siguen se verá desfilar a gente conocida. Son pescadores, albañiles, carretoneros, periodistas. También cesantes (esa otra profesión tan abundante hasta hace poco y que recién ahora comienza a desaparecer). Se trata, pues, de gente de nuestro pueblo, personas que están al alcance de la mano, hombres que a menudo no vemos, encaramados como están en los andamios o allá, muy lejos, metidos en el mar con sus botes y sus redes.

Los lectores de Quimantú para Todos han podido leer novelas como *La Sangre y la Esperanza* y *La Viuda del Conventillo* o cuentos como los de *El Chilote Otey*. Bueno, sus autores: Nicomedes Guzmán, Alberto Romero, Francisco Coloane, junto a otros (junto al gran iniciador, Baldomero Lillo, y junto a Carlos Sepúlveda Leyton, el autor de *Hijuna...*), son los escritores que han echado las bases de una auténtica literatura popular.

Porque hay un problema. En apariencia, resulta muy sencillo dedicarse a escribir sobre el mundo del trabajo. Pero, en el fondo, la cosa no es así. La cuestión es bien difícil. Todo parece

radicar en el hecho de la diferencia existente entre escritores y trabajadores. Esta diferencia, que se origina en la división del trabajo manual y del trabajo intelectual, se ahonda y profundiza con el desarrollo de la sociedad de clases en la época capitalista. ¿Cuántas veces han tenido los trabajadores la posibilidad de conocer a un escritor? Pocas o ninguna, seguramente. Todavía quedan en Chile hombres de trabajo que no saben leer. Y los que saben, no tienen mucho tiempo para hacerlo. Más aún: los obreros que tienen el interés o la inquietud por escribir, encuentran que eso es muy complejo, que es algo que cuesta tanto que llega a ser imposible. ¡Hasta tal punto mutila al hombre una sociedad basada en la explotación! Por su lado, tampoco el escritor se siente tranquilo. Salvo los satisfechos de siempre (esos que experimentan sus angustias interiores), muchos escritores sienten que su actividad ha sido separada del trabajo productivo, que se la condena como un privilegio vergonzoso. Por eso, en las raras ocasiones en que un escritor se encuentra con un trabajador, se siente extraño, no halla de qué conversar. Es como si dos extranjeros, un gringo y un criollo, se juntaran de pronto: un choque de dos razas. Tal vez por esa razón el escritor ha hablado a menudo en gringo a los trabajadores.

Los narradores que integran esta antología constituyen, entonces, una excepción. Tras un lento aprendizaje de observación y de lucha social, incluso de contagio, han logrado trasponer—hasta donde puede intentarse esa acción imposible— la barrera de clases. Su ideología los ha ayudado, su práctica política también. En los cuentos de José Miguel Varas, de Alfonso Alcalde, de Nicolás Ferraro y de Franklin Quevedo vemos reírse y sufrir a nuestro pueblo. En La

Denuncia, por ejemplo; en *El Auriga* Tristán Cardenilla, ese relato conmovedor y clásico de Alcalde; en ese cuadro palpitante, con un sordo movimiento de masas, que es *Hacia el Mar*; en el tierno y lacerante *Mar Cerrado*, de Quevedo, hallamos las voces y el rostro de la gente humilde, no sus falsas imágenes ni ecos de artificio. Son lazos de ternura y de humor, de respeto por la dignidad y la humillación de sus personajes, los que han establecido estos escritores aquí seleccionados. El pueblo deja de ser en ellos un retablo de criaturas simples y pintorescas y reconquista toda su infinita profundidad humana, la de sus dichos, de sus sentimientos, la de sus tics y de sus mañas... Todo, envuelto en la atmósfera turbia del vino, de la lluvia y de la miseria. Pues en todos estos escritores encontramos una conciencia tan poderosa del desamparo de los pobres, que ella por sí misma se vuelve energía afirmativa. A través de estos escritores, nuestro pueblo, luego de esos grandes antecesores que señalábamos, empieza a balbucear, deletrea su propia realidad, en un esfuerzo paralelo si no convergente al que lleva a cabo en el plano económico, social y político.

Varas, Alcalde, Ferraro, Quevedo —ahora reunidos en Quimantú— presentan todos un rasgo común: son gente que ha estado fuera del panteón literario de los últimos años. La producción de estos narradores se inicia en la década de 1940, antes de la represión de González Videla. De obra silenciosa unos, de creación intermitente otros, todos ellos han sido marginados de las jerarquías oficiales por la crítica imperante y por los medios de difusión de la burguesía (editoriales, revistas, foros, charlas; todo su aparato cultural). Sólo recientemente, desde el triunfo

popular de 1970, se comienzan a reconocer su valía y la evidente significación de sus escritos.

¿A qué se ha debido esta situación?

Primero, está la superficie provinciana de la cosa. Un grupo, llamado "generación del 50", se concibió a sí mismo como vanguardia de la nueva literatura del país. Fue dado a luz en medio de un gran despliegue de propaganda. Un caudillo vocinglero y una masa dócilmente antologable completaron la gesta de ese grupo: así se gestó la generación del 50, que si es en verdad representativa, lo es más por lo que oculta que por lo que revela. Por ejemplo, la fecha de su nacimiento es algo postdatado. Esa cifra rotunda, 50, que se graba tan bien en la memoria, está destinada a que se olvide otra más decisiva, un poquito anterior, 1947, el año de la dictación de la Ley de Defensa de la Democracia. ¡Tal es la vergüenza nacional que está en la ascendencia de esa generación!

Es que había, de hecho, cosas más determinantes. Los sucesos políticos de los años 1947-1948 significaron una grieta profunda en la sociedad chilena. De un modo violento y desembozado, la guerra fría entraba en Chile, dividiendo al país en dos bloques que, a escala internacional, se disputaban el futuro de la humanidad: el bloque capitalista y el campo del socialismo. Entre nosotros, los años que van desde 1947 a 1952 trajeron la represión al movimiento obrero, la persecución de sus dirigentes, la ilegalización de un Partido de masas y la relegación de políticos y de hombres de ideas progresistas. El pueblo parecía perder en un momento lo que había conquistado durante largos años, tras períodos de esfuerzo, de organización y de disciplina que le habían permitido gravitar sobre amplios sectores democráticos de la nación.

La adolescencia o la juventud de los cuatro autores presentes coincide con esa época. Inte-

rrumpida su obra literaria, ellos se dedican a otra —periodística, política o de enseñanza— que consideran más eficaz, más inmediata por lo menos. Escriben de tarde en tarde, en una suerte de semiclandestinidad, más bochornosa si se la compara con la clandestinidad real a que estaban obligados los militantes populares del país. Así transcurre ese duro decenio que va desde 1947 hasta 1957, decenio de silencio literario para ellos, cuando, casi en las postrimerías de su Gobierno, el Presidente Ibáñez deroga la Ley Maldita que había promulgado su antecesor.

Pero así como no se detiene en Chile el desarrollo de la conciencia de las clases trabajadoras, tampoco, ni mucho menos, se estanca en el mundo entero. El imperialismo norteamericano recibe un rudo golpe en Corea (1952), cuando iniciaba su penetración en el Asia oriental. En la misma América Latina se abren promesas de liberación, que son bruscamente segadas por fuerzas extranjeras aliadas con los traidores internos. Cae Jacobo Arbenz en Guatemala en 1954. Pero allí mismo en el Caribe, muy cerca, surge Cuba en 1959, en las mismas puertas de los Estados Unidos. Y ya no hay contrarrevolución vencedora, como en el caso del país centroamericano, sino la derrota del imperialismo en Playa Girón (1961).

A este imponente crecimiento de la lucha internacional de liberación, que hace de la década del 60 un lapso de esperanza para todos los pueblos del mundo, debe agregarse la extirpación de aspectos realmente inhibitorios para la creación artística existentes dentro del campo socialista. La muerte de Stalin y el XX Congreso del Partido Comunista de la URSS abren las compuertas a un arte hasta ahora sometido a una disciplina de guerra, explicable por el aislamiento total en que la Unión Soviética debió emprender el proceso de edificación del socialismo, luchan-

do contra la agresión directa y brutal del fascismo y la otra, disfrazada pero no menos violenta, de todo el universo capitalista. Y allá, en el extremo de Asia, un inmenso coloso nace y se integra a las fuerzas mundiales del socialismo. Es la República Popular de China, que, si bien no colmó en definitiva las esperanzas depositadas en ella, significó en un momento determinado un gran fanal de entusiasmo y de impulso a la liberación artística.

Todas estas circunstancias familiares y lejanas pesan e influyen sobre estos escritores. Están allí, en sus cuentos, transparentes o soterradas. Son el caudal grandioso de esperanzas y de frustraciones que le ha tocado vivir al hombre contemporáneo, también al escritor que habla de humildes pescadores de Valparaíso o de San Vicente. Por esto hay que leer estos cuentos como lo que son en realidad: intentos de atrapar experiencias populares. El trabajador debe confrontarlos consigo mismo, con las propias situaciones que le ha tocado vivir, debe decir "esto es así" o "no, esto sí que no"... Pues si estos relatos no tuvieran otro valor (y lo tienen, sin duda), merecerían la atención del chileno por lo menos por esto: por pretender ir más allá de los problemas privados del literato y constituir salidas reales al sentimiento de las masas, búsqueda del corazón del hombre sencillo.

JAIME CONCHA.

José Miguel Varas.

Hoja biográfica.

José Miguel Varas nace en Santiago en 1928.

Es autor de dos relatos juveniles: *Cahuín* (1944) y *Sucede* (1950). Esta última obra, que incorpora experimentalmente los aportes de los novelistas sajones contemporáneos (James Joyce, John Dos Passos, Ernest Hemingway), es, junto con *Hijo de Ladrón*, uno de los primeros hitos reales de la nueva literatura chilena.

En 1963 aparece su novela *Porai*, tal vez su mejor narración, donde elementos de la picaresca popular chilena son captados por Varas con plena fidelidad.

Chacón, de 1964, es una especie de biografía del gran dirigente campesino.

En 1969 la Editorial Nascimento reunió los cuentos que Varas había ido escribiendo a lo largo de dos décadas, en el libro *Lugares Comunes*. De esta colección están tomados dos de los tres relatos aquí seleccionados.

El otro, *Exclusivo*, apareció en la revista cubana *Casa de las Américas*, en el número de-

dicado a *Chile*, a su nueva situación política y a su literatura última (N.º 69, noviembre-diciembre de 1971). Su publicación por *Quimantú* es, pues, casi exclusiva.

De *Lugares Comunes*:

La Denuncia

Campamento

Exclusivo

LA DENUNCIA

—Vengo a poner una denuncia —dijo el carpintero.

Digo carpintero por varias razones. Es fácil reconocer a un carpintero; de construcción, digo yo. Mueblista tal vez cueste más. No sé. Poco vienen aquí al diario mueblistas. No tienen mucha vida societaria, parece. Bueno, barnizadores tampoco vienen mucho, pero también es fácil reconocerlos. Por las manos. Siempre tienen los dedos amarillos, casi café. Nunca les sale bien el barniz. Además, tienen el olor. Claro que igual uno se puede equivocar. Con el mucho fumar también se ponen los dedos amarillos, casi café. Y el olor... , bueno, hay vinos que se parecen a la trementina.

Pero este hombre era carpintero. No hay que ser un Sherlock Holmes. Cuando uno ha estado veinticinco años haciendo "gremios", aunque sea en un diario de "orden"... Entró, pues, muy derecho; y eso que ya era viejo, tendría unos sesenta; a los sesenta años un obrero ya es viejo; a los setenta están hechos una ruina, hablan solos, viven haciendo colas, todos torcidos y

desconfiados, hablando en las oficinas por la cuestion de las pensiones.

Tieso era el hombre. Pinta de nortino. Moreno, buenos dientes, grandotes. Podía haber sido del salitre antes. Pero ahora era carpintero. Se le notaba en tres cosas.

Una: que entró con el sombrero puesto, bien derecho, metido hasta las cejas. Y si no hubiera tenido tanta ceja, más se lo habría encasquetado.

Otra: que el sombrero estaba desteñado a más no poder, manchado de transpiración y con salpicaduras de yeso.

Y otra: el hombre andaba con chaleco.

Todavía, por si hubiera alguna duda, se le asomaba en el bolsillo de arriba el metro amarillo de madera, y el lápiz. ¡Puro carpintero!

El carpintero de construcción trabaja con el sombrero puesto y se acostumbra a no sacárselo nunca. Por el sol. Yo creo que no se lo saca ni para dormir. Y lo usa bien encajado. Por dos razones. Una: el viento. Difícil que se sujete un sombrero con ala. El albañil usa la cascocha, con puntas o recorte cuadrado en el pedacito de ala que le dejan, y le pasa un corrión oscuro respun-teado para bonito. El estucador se hace un sombrero de papel, de los sacos vacíos de cemento; o se pone boina de color, de esas que las viejas tejen a crochet. Los enfierradores usan a veces un gorrito redondo de género plomo, algo así como de cotona. Los pintores andan siempre con esos "yokes" de propaganda que regalan las fábricas de pintura. Así que el carpintero viene a ser el único que usa sombrero con ala. Y otra razón por que lo usa tan metido, aparte del viento, son los bromistas. Nunca faltan en las obras. Y lo primero que se les ocurre es: "Oye, vamos a botarle el sombrero al carpintero". Les dan ganas, por lo mismo que el carpintero se ve más arreglado, y el sombrero más pintoso. Imagínesse lo que es bajar cinco, seis o siete pisos

por entre puro andamio para recoger el sombrero y después volver a subir y que al llegar arriba se lo vuelvan a botar. Por eso, si los carpinteros se pudieran poner el sombrero apernado, apernado se lo ponían. Con el sol, el sombrero se destiñe, se aclara, se pone casi blanco. Pero con el sudor se oscurece en el borde, y se blanquea de nuevo con el yeso que se le salpica "sin querer" a algún gracioso.

También el chaleco, decía. En estos tiempos, nadie usa chaleco. El carpintero sí. No se halla sin chaleco. Es cómodo porque deja los brazos libres y abriga el pecho, que es lo más delicado. Arriba, en los andamios, sin vidrios ni techo ni paredes ni nada —apenas suelo y eso—, hace hielo incluso aquí en Santiago en este tiempo. Los albañiles, los enfierradores se mueven, caminan, hacen fuerza. No necesitan mayor abrigo. Transpiran y se conservan calientes. Siempre moviéndose. El carpintero no. Tan pronto tiene que aserruchar en la mesa y transpira, tan pronto tiene que dibujar, tomar medidas, parado ahí un largo rato. O clavar. Transpira, pero se enfría, que es lo dañino. Por eso el chaleco. Invierno y verano. En invierno, con camiseta, un forro de papel de diario y chaleco debajo (nunca encima). En verano, con la camiseta no más y hasta he visto carpinteros trabajando con el puro chaleco encima del cuero desnudo (y con su sombrero puesto, claro está).

Por eso digo carpintero.

El carpintero dijo:

—Vengo a poner una denuncia.

—Diga no más.

—Mire, ve, yo vengo a poner un reclamo contra el teniente Vergara, de ahí de la Comisaría de San Francisco, esa que está en la cuadra tres o cuatro, cerca de un descampado que siempre

hay unos muchachones jugando al fútbol a la hora que usted pase, serán ociosos, digo yo, muchachones grandes, patilludos, jugando a la pelota todo el tiempo sin...

—Sí —le corté—. La Comisaría de San Francisco esquina de Santa Cruz.

—¡Ecolecuá! Oiga, mire, ponga ahí que el teniente ese es un... —vi que se le hinchaba la vena en la frente al recordar la injuria— ¡bellaco! El perla, muy creído, con su bigotito de pije...

—Espere un poco. ¿Por qué no me cuenta todo desde el comienzo?

Pero no me escuchó. Siguió:

—Pero le va a llegar, porque yo fui hasta la Asistencia a buscar el certificado, por aquí lo ando trayendo, a ver —se buscó en los bolsillos—, ¡bah! ¿Dónde se metió? ¡Aquí está! ¿Ve?

Me pasó un papel con membrete de la Asistencia Pública: "...examen de alcoholemia... , petición del interesado... Juan Núñez Núñez... , no había alcohol. 12 horas 17 minutos... Doctor A. González D."

—Bueno —le dije—, esto comprueba que usted no había tomado alcohol. Pero explíqueme qué pasó, cuál es la denuncia que usted quiere hacer.

—El teniente ese, Vergara, diz que se llama...

—No, espere. Antes. ¿Por qué llegó usted a la Comisaría? ¿A qué fue?

Sacudió la cabeza molesto.

—Pero ¿no le dije? Del conventillo donde viven los "lanzas", ahí en la calle Gálvez... Yo no pude evitar sonreír.

—¿Qué "lanzas", don Juan? No me ha contado.

El se dio cuenta repentinamente y se le pasó el enojo:

—¡La pucha! De veras que usted no sabe

nada, ¡me!, y yo aquí... —Dejó escapar una gran risa, mostrando todos los tremendos dientes de caballo, blancos y enteros, menos una tapadura de oro arriba. Luego comenzó por fin su relato: Resulta que yo andaba esta mañana recién pagado, mire ve. Tenía unos treinta mil pesos en la cartera. ¿A ver? No, menos. Eran veintiocho mil doscientos. Sí, porque a la salida me estaba esperando el judío del semanal, por la cuota de un corte de género que le compré. Así que le di los mil quinientos y de ahí a los veintinueve mil setecientos que saqué, me fueron quedando veintiocho mil doscientos. Eso. Esta mañana el jefe de la obra no me dio trabajo, así que cobré y salí como a las once. Y este diablo del judío, ¿cómo sabría, digo yo, que yo iba a salir antes? Bueno. Le pago y tomo la micro para la casa, ahí en la esquina de Lira con Santa Victoria. Iba llena y con el calor me anduvo dando como sueño. Me corrí atrás, yo no soy de esos que se quedan dificultando adelante, parece que echaran raíces, lo que pasa es que les gusta refregarse con las fulanas que suben. ¿En qué iba?

—En la micro. Se corrió atrás.

—Sí, pues. Y medio me quedé traspuesto. Hacía calor y un olor de aceite quemado, bencina y gente. Usted sabe, en estas micros, todo el humo del escape sale por debajo y sube entre las tablas viejas para que lo respire uno. Así que iba yo, despierto pero volado, agarrado de una manilla, con la chaqueta abierta por el calor. Entonces dos fulanos se me colocan uno a cada lado. Al comienzo no me di cuenta de nada especial. La apretura era muy grande y al frente mío había una ventana medio abierta: no era tan raro de que trataran de estar cerca. Al poco rato, uno de los dos fulanos sacó un diario grande, lo abrió bien abierto y empezó a leer. Estaba todo incómodo, me incomodaba a mí, a una señora que iba sentada y a un caballero chico que iba al

otro lado de él. Pero seguía empeñado en leer y leía muy despacio, moviendo la boca como si rezara, todos los avisos económicos. "Andará buscando trabajo", pensé yo, medio con lástima y medio con sueño. Trabajo. . . ¡Como no que quería trabajo! Mientras él maniobraba con el diario, el compinche maniobraba metiéndome la mano en el bolsillo. De repente el lector se aburríó. Cerró de golpe el diario, lo dobló, se lo echó al bolsillo y empezó a forcejear por detrás de mí, abriéndose camino para bajar. El otro fulano que estaba al lado derecho mío, se fue muy apurado hasta la puerta y bajó corriendo, porque ya la micro partía. Casi en seguida mi "compañero" del diario llegó a la salida, pero la puerta se le cerró en las narices. Tironeó dos o tres veces la correa de la campanilla, pero los choferes son sordos, como usted sabe. Entonces se tramó a forcejear con la puerta, que no cerraba bien, hasta que la abrió. Y al verlo forcejear, yo desperté, se puede decir. Vi todo clarito, como una película, los dos fulanos uno a cada lado mío, la diablura del diario, el apuro por bajar. Ya antes de tocarme el bolsillo sabía que la cartera no estaba; así que de golpe llegué hasta la puerta, quedó una vieja gritando atrás, pegué un tirón y salté a la calle en un solo impulso. La fuerza de la micro me hizo correr y así pude caer como un azote encima del lanza, que iba por la vereda andando ligero, pero no corriendo, y que no me esperaba.

—Espere. ¿Cuál fue el que usted agarró? ¿El primero o el segundo?

—El segundo, pues. El primero ya no se divisaba.

—Entonces, ¿cuál de los dos le había sacado la cartera?

—Ya le voy a decir. Como le iba contando, voy y agarro al fulano. Era flaco como una lagartija, pero tenía fuerzas. Tuve que agarrarlo muy fuerte para que no se me fuera. De puro

seboso se me resbalaba con el tironeo, resoplando los dos, se me iba quedando medio desnudo, porque la ropa se le hacía tiras y huilas y ya estaba mostrando por un lado las costillas, el pecho todo huesudo y hasta escapulario andaba trayendo. De repente se suelta una mano, la mete a un bolsillo y me la tira a la cara. Pero yo también fui boxeador antes en el norte. Ni supe cómo le hice el esquivo, así que me pegó en el hombro y sentí al tiro el ruido de la tela rasgada. Mire, aquí, vea cómo me dejó.

—¡Puchas! Le dejó la hombrera al aire. ¿Y cómo le hizo eso? ¿Con cuchilla?

—No. Si era muy mañoso éste. Con una Graciela.

—¿Graciela?

—Sí, pues. Esas que hacen con un corcho y filos de hojas de afeitar para todos lados. Las usan éstos para marcar a los que los entregan.

—¿Graciela dijo que las llaman? ¿Y por qué?

—Qué sé yo. Debe ser por la media gracia. Je, je, je. Bueno, pues, ¿en qué iba? Ah, sí. Entonces en lo que me di cuenta, le agarré firme la mano en que tenía la Graciela y se la apreté. “Lárgala”, le dije. Se puso pálido y se quejó, pero no la largó. “No seas mañoso, lárgala”, y apreté otro poco. La largó y con eso ya se entregó. Se le vino el alma a los pies. La mano debe haberle dolido, le sangraba. “Déjeme vendarme”, me dijo decaído. “Claro, y así te vas”, le dije. Pero lo dejé que se vendara, sujetándolo firme. Ya estaba entregado.

—¿Y no había nadie en la calle?

—Ni un alma. Estábamos en San Isidro con Granado, más o menos. La micro ya había dado la vuelta. Esa calle es así, hay horas a todo sol en que penan las ánimas. Bueno. El tipo se vendó con un pañuelo más negro que su alma y se hizo el nudo tirando una punta con los dientes. “Ahora”, le dije yo, “entregándome la carterita”. “No

la tengo nada", dijo él. "¿Y quién la tiene?", le dije yo. "La tiene el otro." "¿Ah, sí?, vamos andando donde los carabineros, aquí cerca hay una comisaría." Cuando oyó "carabineros" se puso verde y empezó a rogarme que no, que no, por Diosito. Como vio que yo no insistía mucho, me dijo: "Oiga, vamos a la casa donde está el otro y ahí le damos la cartera". Yo pensé la cosa. A mí lo que me interesaba era la cartera, no andar tonteando con carabineros. Claro que era medio peligroso ir a la casa de éstos, pero qué tanto sería, lo bailado no se lo quita nadie a uno, quien no se arriesga, no pasa el río. "Vamos", le dije, "¿dónde es la casa?" El me dice: "Es en Gálvez". "Vamos andando"...

—Espere, espere un poco. ¿Cómo es la cosa? No me diga que usted fue con el lanza a la casa de él. . . a buscar su cartera. . .

Me miró algo ofendido:

—Sí, señor. Claro que fui.

—Pero es que yo no habría. . . , a mí no se me. . .

—Yo sí, señor —dijo con un fuerte y definitivo cabezazo—. Me fui con él ¡y qué fue!

—Nada, nada. Siga no más.

—Nos largamos a caminar como malos de la cabeza. Por San Isidro hasta Eleuterio Ramírez y después entremedio de todo el puterío. A esa hora venían levantándose las niñas, todas rancias, con papelitos en el pelo y en bata, con las colchas amarillas y azules que tienen, colgadas en las ventanas para que se orearán, preparándose para la noche, ¿no ve que hoy es sábado? Yo lo llevaba firme del brazo al lanza, pero disimulado. Claro que a él lo conocían y por ahí le gritaron: "¡Ya te pescaron, lagartija!" Le quedaba bien el nombre. Así, anda que te anda, llegamos a San Diego. "Vamos por aquí para ver las tiendas", me dijo el Lagartija. Y endilgamos por San Diego, entre la gente que iba y venía.

¿De dónde saldrá siempre tanta gente en esa calle? Echamos una mirada a los zapatos en "La Sombra", había unos bonitos huesillos donde Echave, una verdadera montaña, y vimos un ter-
no barato en el "Blanco y Negro", pero sin chaleco, de esos que le llaman "ambos", ¿por qué habrán dado en la flor de hacer la ropa sin chaleco?

—No sé, es menos la gente que usa chaleco ahora. ¿Y llegó a la casa de los vivos esos? —le pregunté.

—Eso debe ser —dijo él pensativo—. Lo que es yo, sin chaleco no me acostumbro, es como si me faltara algo. Sí, pues, llegamos. Era en la cuadra nueve de Gálvez, pasado Diez de Julio. Un conventillo más feo y negro que una muela picada. Angosto, el suelo todo mojado, las viejas lavando en medio, gritándose unas a otras y gritándole a los chicos moquillentos que gateaban en el barro y el agua nos caía a goterones en el cogote mientras pasábamos a la pieza 10, que era la de éstos, de la ropa colgada a secar en unos alambres, muy alta, sostenida con coligües. "Aquí es", me dijo, "pase". Yo le dije: "No, pasa vos primero, mierda". No se lo dije por educado, sino por precavido. "No hay para qué ofender", me contestó con cara de perro apaleado, y entró. Ahí estaba el otro.

—¿Y le devolvieron la cartera?

—¿Usted qué cree?

—No sé, pues. No se me ocurre.

—Me la devolvieron. Pero tuve que alegar mucho. Primero se iban agarrar entre ellos y se desataron en herejías. Hasta que vino un niño de la pieza del lado, golpeó y cuando le abrieron dijo: "Manda decir mi mamá que pongan la radio más despacio porque la guagua está enferma". Se fue y nos quedamos los tres mirando. El lagartija empezó a reírse callado, sacudiéndose: "¿Se da cuenta? ¡La radio!", y luego nos reímos

los tres. Al final, discutimos más amigablemente. Yo les dije que si no les daba vergüenza robarle toda la plata a un hombre de trabajo. El otro se quejó de pobreza, de mala suerte, y encima este idiota del Lagartija, póngase en mi lugar. El Lagartija estaba todo amargado, se había sacado la venda y se estaba echando mercurio cromo en las heridas de la mano. Bueno, pues. Así que al final transamos y me devolvieron la cartera con diecisiete mil pesos, en eso quedamos, y el resto era de ellos.

—¿Y usted aceptó?

—¿Qué iba a hacer? Acepté. Tomé la billetera, el fulano apartó la plata de él y salí. Me fui caminando hasta Diez de Julio, doblé hasta San Diego, llegué hasta la plaza Almagro. Iba feliz hasta cierto punto, cuando se me ocurre contar la plata de nuevo. ¡Y me doy cuenta que me han hecho lesa!

—¿Cómo! ¿Le habían vuelto a sacar la plata?

—¿Qué sé yo cómo lo hizo este diablo! Yo no le había despegado el ojo. La cosa es que en vez de los diecisiete mil había unos once no más. Me dio toda la rabia. Porque lo que es el abuso de confianza, eso sí que no.

—Entonces fue a la Comisaría.

—No, todavía no. Volví al conventillo a ver si los encontraba. Pero claro que se habían hecho humo. Eso era verlo. La pieza tenía puesto un tremendo candado en la puerta. "Para que no les robaran." Me dio tanta rabia, después que uno ha sido gente con ellos, que me fui a la Comisaría. Vuelta a caminar, ahora por Eyzaguirre hasta San Francisco y después hasta la esquina donde están los verdes.

—Ya, ya. Entonces ahí se topó con el teniente que me dijo al comienzo.

—Sí. Ahí estaba el lindo con su bigotito. Soberbio. Lo calé en cuanto le eché la vista encima. Lustradito y perfumado. Porque lo ven

a uno modesto, que es hombre de trabajo, al tiro sacan la huasca. Perros que son. Pero seguí adelante. Le conté todo, le di la dirección de los lanzas, todos los datos. Y adivine qué hizo él.

—¿Qué hizo?

—¿Usted cree que tomó nota de la denuncia como debe ser? ¿O que mandó un carabinero a que me acompañara al conventillo para verificar?

—¿Mmm?

—¡Pues no, señor! Se puso furioso. Le temblaba el bigotito y se puso pálido. Empezó a gritar que yo era un fresco, que hasta cuándo iban a recibir quejas de estos desgraciados, “desgraciados” dijo, anótelo, que se van a tomar con los lanzas y cogoteros por ahí y después se lamentan que los robaron. “¿Tomar?”, le dije yo, “¿cuándo he tomado? Yo no he tomado nada. ¡Aloróseme!” Y le eché el aliento. Más rabia le dio; creí que le iba a dar un ataque. “¡Que se vaya!”, empezó a gritar. “¡Llévenselo!”, y pataleaba en el suelo. Entre dos carabineros que estaban ahí me hicieron salir a empujones casi. ¡Ahí tiene! Pero yo no soy hombre de quedarse con una así.

—Ya me he dado cuenta.

—¿Cómo dijo?

—Nada. Siga no más.

—Me fui a la Asistencia Pública que está en la misma calle, al llegar a la Alameda, la Posta Central. Encontré un doctor joven y le pedí que me hiciera un examen de eso del alcohol en la sangre. Lo que le hacen a los choferes cuando liquidan a alguno, para ver si han tomado.

—Alcoholemia.

—Eso mismo. Alco. . . ¿Cómo es?

—Alcoholemia.

—Bueno, eso. Me preguntó para qué y tuve que contarle lo que me pasaba. Buena persona el doctor, pero pitancero. Se le caían las lágri-

mas de risa. Me sacó sangre, me hizo el examen, me dio el papel. ¡Y no me cobró nada!

—¿Qué hizo usted después?

—Volví a la Comisaría y le hice una señal al cabo que estaba al lado adentro para que se asomara antes que el otro pegara el grito. Le pregunté cómo se llamaba el teniente, y no debe haberle tenido mucha ley, porque me lo dijo al tiro. ¿Se da cuenta? ¡Carmelo se llama el lindo!

—¿Y después?

—Me fui a la casa a almorzar porque ya era tarde y tenía hartaza hambre. Ahora en la tarde salí para hacer la denuncia a todos los diarios. Este es el primero que paso, como me queda más cerca. . .

—Entonces usted quiere que ponga la queja sobre el teniente.

—Sí. Que ponga ahí que es un déspota, que no cumple con su deber y que insultó a un trabajador no más porque le hizo una denuncia, en vez de buscar a los ladrones. En fin, usted sabe mejor que yo.

Redacté la denuncia del carpintero en dos tercios de carilla: "El obrero carpintero señor Juan Núñez Núñez, carnet. . . , se presentó ayer a nuestras oficinas para formular. . .", etc.

—¿Y esto qué es? —me preguntó el jefe de crónica.

—Una denuncia de un obrero. Vino aquí. Empezó a leer a media voz:

—"El obrero carpintero señor Juan Núñez. . ." "¿Señor?" Me miró asombrado—. ¿El obrero "señor"? ¿De cuándo acá? —Borró la palabra con el lápiz rojo y me tendió el original—. Está muy largo. Déle cinco líneas.

Reduje el párrafo a siete. Pero a última hora llegó un aviso de una liquidación y en el taller el redactor de turno dejó sobrantes todas mis

informaciones. No protesté. Uno se curte después de 25 años haciendo "gremios" en un diario de "orden". De manera que al darme cuenta de lo ocurrido, a la mañana siguiente, me encogí de hombros una vez más y salí a buscar noticias al Ministerio del Trabajo, como siempre.

Punta Arenas, 1958.

CAMPAMENTO

El lunes fue el paro nacional de la CUT nadie salió a trabajar pero a nosotros igual nos mandaron a la escuela ¡no hay derecho! Mi mamá dijo qué bueno esta noche sí que voy a dormir bien porque ella siempre se queja que el molino no la deja todo el tiempo pomm-pok un golpe grande rónico cuando uno está cerca hace cosquilla debajo de los pies pomm y después un golpe seco pok todo el día y toda la noche pomm-pok pomm-pk después uno no se da cuenta ni lo siente pero mi mamá es para volverse loca como ella es del campo allá en Coltauco se dormía tan bien lo que yo psch me meto en la cama y me quedo dormido hasta se me olvida a veces apagar la vela con la correa me pega mi papá la casa de nosotros es de las de arriba mi papá la hizo no se la hizo la compañía pero lo malo es que no tenemos corriente son varias así el sindicato hace tiempo que viene planteando. Bueno ¿y qué pasó? que en la noche igual mi mamá no pudo dormir porque echaba de menos el ruido del molino psch y amaneció con los ojos hinchados se tuvo que poner una cascarita de papa para el dolor de cabeza no teníamos ni un mejoral la

señora Carmen de al lado tampoco tenía yo mismo fui a pedirle me mandó mi mamá me voy a volver loca decía pero ya con la cascarita alivio como las viejas en Coltauco ella siempre se pasa hablando de Coltauco el río tan bonito y cuando hacían aguardiente mingaco y tantos árboles yo cuando sea grande voy a ir un día a Coltauco por casarme con minero yo nunca había de volver dice ella por la noche cuando hay viento los árboles suenan tan bonito es como una cuna ¡no como este molino del diablo! bueno pero en la noche lo echó tanto de menos que no pudo dormir ¿quién entiende a estas viejas? dijo mi papá.

El martes volvían al trabajo pero la cosa se puso fea y entonces sí que no fuimos a la escuela. El señor Morales era el único que no sabía lo que estaba pasando vino a averiguar por qué no llegan los cabros a clase es tan corto de vista que ni oye. En la mañana muy demasiado temprano llegaron los pacos estaban todos los de Paicura hasta mi tío Juan 2.º y otros que tienen parientes aquí también pero todos muy serios muy fieros dice mi mamá y no saludaban a nadie pasando para allá y para acá con la carabina al brazo. Después llegó otro camión con más carabineros de Quilico dicen también había algunos conocidos los que no se paseaban estaban apelonados cerca de las oficinas.

Parece que yo fui de los primeros que los vi, no ve que cuando salía a buscarle el mejor al mi mamá pero se corrió la voz todo se sabe al tiro en el campamento llega a dar rabia cuando el Catete se cayó al agua bueno claro que lo botamos, pero qué tenía que andar diciendo que me tiré a tu hermana cuñado y no fue abuso porque él tiene quince años y entre el Juano y yo juntamos dieciséis casi lo mismo le hicimos un banquillo y lo largamos al agua y vamos recién llegando a la casa por allá había quedado el Catete empelotado y echando rendidas esperan-

do que se le secara la ropa y mi mamá sale como leona a puro coscacho conmigo igual le pasó al Juano más que dolerme me dejó con la boca abierta al principio y le preguntaba ¿cómo supo mamá? y ella darme tincanque hasta que le dolieron los dedos. Bueno mi papá se estaba comiendo los porotos del desayuno de los que habían quedado le encanta la ropa vieja yo le dije ahí llegaron los pacos ¿ah sí? me dijo y se quedó tan tranquilo pero me miraba fijo y pensaba por eso a la gente le da confianza siempre tan tranquilo pero tieso de mechas con la compañía por eso es el Presidente del Sindicato ¿y de dónde son los pacos me preguntó son de Santiago o son los de aquí? Le dije que eran conocidos y él dijo ah bueno terminó de comer se tomó el té sin apurarse se puso el casco y le dijo a mi mamá no se ponga nerviosa ella estaba afligida con la mano en la cara ¿que le duelen las muelas? le preguntó y ella le hizo como un enojo así en broma pero estaba muy nerviosa. Me voy dijo mi papá, voy a pasar a buscar al compañero Muñoz por si las moscas. Yo iba saliendo calladito detrás de él pero mi mamá me pilló y a gritos y tirones me encerró en la pieza por más que yo le reclamaba claro que a los dos minutos yo ya estaba afuera ¿para qué se han hecho las ventanas?

Los primeros del primer turno que llegaron al control se encontraron que les habían parado las tarjetas estaban los puros casilleros vacíos bah ¿qué pasó? El Ramón Segura ése es capaz mal agestado pero no tan mala persona les dijo qué sé yo pus tienen que ir a retirar las tarjetas a la contabilidad ésa es la orden que dejó don Miguel. No sabían qué hacer los compañeros unos querían ir a buscar las tarjetas total con el paro ya tenemos perdida la semana corrida encima no vamos a perder otro día por atraso oh. No espérate mejor que vengan los

dirigentes del sindicato adelante no sea cosa que la compañía quiera hacer alguna carajada cortar alguno o. . . En eso llega mi papá con el compañero Muñoz le contaron lo que pasaba entonces los dos se fueron para la oficina. Iban caminando muy despacio con las manos en los bolsillos cada uno con su casco cada uno con su paquete del lonche debajo del brazo y vestidos casi iguales parecían como hermanos con los pantalones blancos de tierra aquí la tierra es blanca es la cal cuando salen a trabajar van rompiendo el cerro con la dinamita y ahí queda más blanco todavía brilla con el sol duelen los ojos y se ponen colorados por eso muchos se ponen anteojos se fueron pues pasito a pasito los compañeros los miraban y en la plazoleta al medio más o menos se iba juntando un bolón grande de gente porque iban llegando todos los del turno, como seiscientos y los cabros y muchas compañeras estábamos más cerca de las oficinas aparte de ellos cuando en eso sale un auto negro y muy largo casi como de funeral da una vuelta muy ligero y frena al lado de mi papá y del compañero Muñoz y se bajan por todos lados como ocho tiras, casi todos grandes y macizos menos uno chico que después resultó que los mandaba. Alguien dijo los tiras. Rodearon a mi papá y al compañero Muñoz les dijeron algo bueno que van preso y los metieron adentro del auto. Tal vez querían partir pero ya habíamos llegado al lado del auto como doscientos cabros y muchas compañeras y el que manejaba no podía hacer partir los tiras se pusieron nerviosos parte de una vez concha de tu madre le decían al que manejaba pero el auto como que también estaba nervioso y no partía y seguían llegando las mujeres. Entonces mi papá lo mira todo siempre se fija en lo que va pasando le dice al agente que tiene sentado al lado pucha pero cómo me van a llevar así déjenme ir a buscar algo de ropita una frazada, alguna cosa

que ponerme. El chico no quería ¡vámonos de una vez! pero el chofer no podía hacer partir el auto y todos empezamos a decir: ya ñor déjelo ir a buscar algo de ropa no hay derecho que se lo lleven así otros decían tiras desgraciados ya las compañeras empiezan a alegar y a formar una zalagarda que no se entendía. Total que dijeron bueno ya pero rápido fueron dos tiras con mi papá y otros dos con el compañero Muñoz a buscar la ropa a las casas o sea tuvieron que atravesar todo el campamento embromaron bastante y cuando volvieron yo creo que estaban alrededor del auto todas las mujeres hasta las abuelas vinieron y todos los cabros los compañeros del primer turno ya estaban más cerca y los del turno de noche que les fueron a avisar se estaban levantando ya venían varios se notaba que eran los de la noche porque venían sin casco el guatón Maldonado del molino venía casi corriendo metiéndose las puntas de la camisa en el pantalón.

Entonces mi papá que yo lo cateaba como miraba a lado y lado siempre se fija en todo y le dijo al chico: ¿perdone puedo ir a orinar? mire que soy enfermo y si no... Dos tiras lo acompañaron a los excusados que están detrás de las oficinas. Cuando volvieron la cosa tomó color empezamos a gritar cada vez más fuerte: ¡que los suelten! ¡que se vayan los tiras! ¡larguen a los dirigentes! ¡abajo la policía política! y ya también los compañeros gritaban y se iban acercando. El chico se puso blanco y empezó que hay que dispersar a esta gente que se disuelvan pero ¿dónde mierda están los carabineros? Los pacos se habían corrido los que estaban al lado de las oficinas ahora andaban haciendo ronda por allá lejos. Entonces el chico tironeó a mi papá de un brazo para meterlo en el auto de nuevo. Arma-mos un manso ni que chivateo. Perdone le dijo mi papá muy suavecito yo podría hablarle a la

gente si le parece para evitar incidentes el chico se quedó dudando pero mi papá se le sacudió y se subió a la pisadera del auto (el chofer estaba metido de cabeza adentro del motor tratando de ver por qué no le partía) y les dijo compañeros a mí me llevan pero la organización tiene que seguir firme hay que conservar la calma mantener la unidad porque lo importante es que el sindicato siga adelante con sus dirigentes a la cabeza hay que estar muy firmes para evitar la provocación ustedes ven que al compañero Muñoz y al Presidente se nos lleva presos detenidos por orden del gobierno por el paro que hemos hecho contra la congelación de los salarios nosotros compañeros. . . , pero no lo dejaron terminar todos gritábamos ¡no compañero! ¡fuera los tiras! ¡vivan los dirigentes viva el sindicato!

Se vino encima el montón de mujeres mientras los cabros recogíamos piedras y chillábamos como malos de la cabeza. Mi papá y el compañero Muñoz se hicieron humo en el tierra! y los tiras se encontraron entre puras compañeras y los chicos tratábamos de pegarles patadas en las canillas. La señora Carmen de al lado de la casa de nosotros es casi tan grande como mi papá pero mucho más ancha abre los brazos y agarra al tira chico el jefe lo abrazó tan fuerte que debe haberlo dejado sin respiración el pobre pataleaba y se revolvía como lombriz pero ella lo sujetaba casi en el aire. Empezaron los abrazos por todas partes parecía el Año Nuevo: a cada tira lo agarraban dos o tres mujeres parecía un baile agarrado y varios cabros fuimos con el Catete hay que reconocer que la idea fue de él y con cortaplumas le tajeamos las llantas al auto alcanzamos a desinflar dos tenía llantas hartas duras los tiras soplaban como caballos y a ratos se soltaban de un brazo o de los dos pero le volvían a caer encima las mujeres con los moños todos desarmados algunas con las narices sangrando

por los codazos y los cabezazos y en eso me quedé con la boca abierta cuando veo a mi mamá que con un tarro lechero le pegaba en el cogote al más gordo de los tiras parece que ya no le dolía la cabeza. ¡Guarda, tiene pistola! gritó alguien y fue igual que el ¡pare la pelea! en el circo entre el tony y el payaso era un agente que estaba dentro del auto sacó la mano con la pistola por la ventanilla del auto pero le agarraron el brazo desde abajo como entre diez cabros de los más grandes y otro le pegó con una tremenda piedra en la mano se la machacó contra el borde del auto tan fuerte que el pobre puso los ojos en blanco y se desmayó. A todo esto los compañeros estaban alrededor casi encima pero no se metían al bollo ¿para qué? Entonces el compañero Gatica dice: ya ya correrse que vienen los pacos. Y se acabó la pelea.

Los pacos venían al trotecito como sin ganas medio enredados con las carabinas y nos retiramos todos. Los compañeros tuvieron que echar a las compañeras a la casa casi a la fuerza los cabros nos quedamos dando vueltas al aguaité los tiras se sacudían la ropa y echaban cuadros. ¿Y ustedes no vieron lo que estaba pasando? le gritó el chico al cabo Huerta que es del retén de Paicura lo estaba ayudando a sacudirse la tierra. Bueno nosotros tenemos orden de evitar incidentes y hacer guardia por el lado afuera del campamento le dijo el cabo. ¿Pero no vieron que nos atacaban? Es que pensamos que habiendo puras mujeres y niños no sería problema le dijo el cabo. El chico abrió la boca dos veces como pescado pero no habló más. Las compañeras se fueron retirando un grupo fue a hablar con el señor Lobos de la contabilidad a ver cómo es eso de las tarjetas estaba tartamudo se le caían los papeles los anteojos y hasta la plancha de dientes decía mi tío Onofre y dejó que todos salieran

no más a trabajar a los rajos claro que mi papá y el compañero Muñoz se fondearon por si acaso.

Estuvo bueno porque ya no fuimos a clase en todo el día en cuanto le cambiaron las ruedas al auto los tiras se fueron volando y los pacos siguieron de guardia hasta la noche nosotros los seguíamos marchando muy serios igual que ellos y cada vez que me veía mi tío Juan 2.º me guiñaba un ojo pero cuando llegué a la casa mi mamá me sacó la mugre dijo es terrible criar chiquillos en un campamento no es como en Coltauco y empezó con el río los árboles y ni supe cómo me quedé dormido.

Santiago, 1956.

EXCLUSIVO

El impacto de la motocicleta contra el cuerpo produjo un ¡plof! sordo que los testigos oyeron claramente. En cambio, ninguno pudo ver el hecho en forma precisa porque, en ese mismo instante, un microbús del recorrido Pila-Cementerio tapó la visual, al pasar por delante, muy cerca de la vereda.

—Yo sentí el golpazo —nos dijo Raúl Flores Avila, 46, casado, suplementero— y después vi al hombre volando por el aire. ¡Palabra! Voló tan alto, que se alcanzó a ver enterito, más arriba que el techo de la micro. Parece que la moto, como que lo agarró bajo, lo tiró para arriba. Si me lo cuentan, no lo había creído.

(De una información publicada en un tabloide.)

Estábamos decaídos. Ya ni hablábamos cuando el Chico Ríos mira para la mesa del lado y dice:

—Oye, ¿que no es Paterna?

No estábamos decaídos por el vino, aunque habíamos tomado blanco (capricho del Poeta), y el blanco, eso es cosa sabida, siempre saca a flote las penas, las amarguras. No es como el tinto; generalmente con el tinto se empieza muy

alegre y al final se llega a la cuchilla o por lo menos a los puñetes; es violento el tinto. No, no creo que fuera el vino; dos botas para tres no es mucho. “¡Es que no es nada!”, dice el Poeta. El estaba esa noche (con sus dientes nuevos), más el Chico Ríos, más el suscrito. Habíamos llegado con mucha cuerda, pero después nos desinflamos. “¿En qué irá, no?”, dice el Chico; porque otras veces es todo lo contrario: se llega desgastado, casi a la rastra, protestando que uno tiene que irse instantáneamente a la casa, “tengo a la vieja enferma oh”, o quejándose de enfermedades propias, cuando en eso... ¡pucha!, son las tres de la mañana, nos hemos tomado seis botas y nos reímos como liceanas mientras nos comemos un chupe de locos, “qué van a ser locos éstos, son guatas oh. ¿Y quién pidió esta cuestión, ah? No sé, yo no. ¿Y vos? Yo tampoco. Entonces ¿por qué la estamos comiendo? No sé”. Y otra vez muertos de la risa. Pero ahora no. Todos llegamos bien dispuestos, con mucha sed decíamos, ganas de hacer recuerdos y de celebrarle sus leseras al Chico. ¿Y? Nos tomamos la primera botella (blanco) muy ligero, suspirando, hablando poco. Después, con la segunda, el Chico hizo algunos números, pero estaba sin chispa, eran mentiras conocidas. El Poeta se puso a hablar de Cautín capital de Temuco, el volcán Villarrica y el Quetrupillán, de Collipulli (or was it Panguipulli?), historias enredadas de mapuches curados, tinterillos, chicha de manzana, tierras, Chilean Art; no se le entendía mucho, tal vez por los dientes nuevos. Tampoco se le ponía mucha atención, hay que entrar a reconocer. Mientras él hablaba, mirábamos a la gente que entraba y salía; una mesa con locas de teatro, otra con locas de ballet y de canto; Teófilo tomaba solo, con dedicación exclusiva, barbón y tan revolcado como si lo hubiera atropellado una carroza de Forlivesi con 8 caballos

8; la Meli, meneando la mansa popa entre dos gringos blue jeans, de esos que cobran en dólares por hacernos el diagnóstico; el Rucio tomando pisco con dos tiras de la Policía Política y con una alumna de la Escuela de Periodismo bien apegadita. Lo de siempre.

En eso, el Chico Ríos mira para la mesa del lado y dice:

—Oye, ¿que no es Paterna?

Miramos y era Paterna.

—Paterna será —dijo el Poeta—, pero ¿quién es?

UN "AS" DE LA GRAN EPOCA

Lo que pasa es que el Poeta no es del gremio; claro que de tanto tomar con nosotros es como si fuera. Pero tiene vacíos en su formación. Nos atropellamos para explicarle: Paterna, el "súperas" de la gran época de la crónica roja, siempre insolente con tiras, pacos y ministros, genial sin escrúpulos, la famosa historia del crimen de la calle Escanilla. ¡Paterna, hombre!

Estaba solo, con el sombrero puesto, sentado delante de una mesa muy chica, como de juguete en comparación con él, y encima de la mesa había una tacita de café para muñecas.

—Pucha, entonces —dijo el Poeta, dibujando títulos en el aire— es

UNA GRAN FIGURA DEL
PERIODISMO NACIONAL

—Sipi.

—¿Y cómo nunca lo he oído nombrar?

Le dijimos que ahora no le dan pega en ningún diario. Lista negra. Le había venido la mala desde... ¿desde cuándo, sería del 52 o después? Parece que fue en el Gobierno de Ibáñez. ¿Qué estará haciendo ahora? Quién sabe en qué se las machuca, alguna radio rasca. Sí, bastante a mal traer.

—Convidémoslo a la mesa.

Nos miró por debajo del sombrero (su famoso ojo revuelto) mientras el Chico Ríos, servil, le decía si no aceptaría acompañarnos a tomar un trago de vino, gente de prensa, etc. Condescendió. Se levantó trabajosamente y se trasladó a nuestra mesa. Nos saludó digno, dos dedos al sombrero, sin dejar de examinarnos con sospecha. Tenía la nariz afrutillada, la cara fofa y amarilla. Le quedaba el viejo gesto de orgullo, el labio de abajo salido, terco, y dos colmillos asomados. Inspiraba cuidado. Le costaba respirar, pero mantenía la voz autoritaria. Pedimos otra bota, tinto, aludimos a la Gran Epoca. Empezó a hablar de a poco, luego con más impulso, al final quién lo para.

—Nos íbamos golpe y golpe. Si no es exclusivo, no sirve. Nos llamaban "vendedores de prietas". ¿Y? ¡Y, pues! El diario chorreaba sangre, de la primera a la última. Para qué digo nada de las centrales. Casi todo trabajo de este pecho. Sin camioneta, auto a la puerta ni grabadora. Las comodidades de ahora. Al gerente había que sacarle a zapatazos los vales para taxi. Al fin del mes, lo que pagaban alcanzaba para marí. A mi hija tuve que mandarla un año arriba, a San José: los sopladores. La Lidia, mi patróna, se me murió de las preocupaciones, el mal comer y de la muerte del niño menor. No se repuso nunca. Y yo, sin reparar en nada, corriendo detrás de los golpes, fabricando prietas para los babosos. Este oficio es peor que la morfina. Uno

sabe que lo están estafando, que otros se compran autos, casa en las Rocas de Santo Domingo, mujeres, whisky; pero sigue igual en lo mismo hasta que revienta de viejo a los cincuenta años, de cirrosis, de la Ursula. Si trata de ser tieso de mechas, lo largan a la calle y punto. Empezar de nuevo como si uno fuera un cabro, aprender a vender papas, enciclopedias. ¿Y? ¡Y, pues! Sí, mijito, pásame un trago de tinto. Espere que le eche esta cosiac. No, ¡qué va a ser coca! Es bicarbonato. Le baja el ácido. ¡Salud!

—¿Y cómo fue lo de ese famoso crimen de la calle Escanilla? —preguntó el Poeta.

Paterna terminó de tragar y se enjugó con dos dedos el labio inferior:

—¿Famoso? —rió sin alegría—. De entonces que caí en la lista negra.

Meditó levantando al techo el ojo revuelto. Parecía una bolita de porcelana.

URGENTE UN CRIMEN

—Podríamos volver con el crimen de la Semana Santa —dijo Paterna.

El director lo miró con ojos de pescado. Eran las nueve de la noche. En la oficina imperaba una sensación de fracaso.

—¿Y algo así como “La Vuelta del Alma Negra”? —volvió a la carga Paterna con entusiasmo excesivo, que fue perdiendo a medida que hablaba—. Se podrían juntar dos o tres crímenes chicos, lo de Curicó, el estupro de Conchalí, decir que lo han visto, hacer algún truco, nunca

falta alguien que esté dispuesto. . . , se podría. . . , este. . . , decir. . . —terminó apenas.

—Pedo, zeñod Pated'da —gimió el gerente, pestañeando muy rápido detrás de sus anteojos. Tenía la lengua gorda y no muy flexible. No decía "pero" sino "pedo", no decía "señor" sino "zeñod", no decía Paterna sino "Pated'da. Se quejaba siempre:

—Usted es nuest'da údtima espedanza, nezi-tamos mantened el tidaje ahoda que acaba de subid el pezio. Usted no dos ha fallado nunca.

—¿Y qué quiere que haga? ¿Que mate a alguien yo mismo?

—El buen reportero siempre tiene recursos —cancaneó el director, con la boca para abajo y la nariz fruncida como si estuviera siempre oliendo mierda—; si no hay noticia, hace la noticia, si. . .

—Si hace falta, sale a la calle y muerde a un perro —cortó Paterna—. Todo eso suena muy bonito en las clases que usted hace en la Escuela de Periodismo, esa fábrica de rifleros hijitos de su apá. Pero en la calle es otra cosa. Ya lo vería a usted, que se lo pasa empollando esos editoriales que nadie lee y hojeando el *Time*, ya lo vería tomando por ahí con los tiras, entrevistando a un cogotero durante su jornada de trabajo, disfrazado de empleado del cementerio recogiendo un occiso a cucharadas, tomando fotos de una autopsia por una raspadura del vidrio de una ventana del médico legal o dándose un toque con el Perro Marín para saber cuánto le costó la placa de brillantes que le regaló a la jueza del Noveno para que le diera la excarcelación.

El director abatió la cabeza mártir. Paterna lo miró con todo el odio de su ojo izquierdo, desviado y turbio:

—Ahora van dos meses que no hay ni un crimen decente. Uno deja los zapatos por ahí

buscando ambiente, tratando de inflar algún trancazo entre callamperos, algún abortito de buena familia, algún pinchazo entre maracos. ¡Y nada! El martes, ese cretino de *La Tercera* salió con el asesinato de una "bella desconocida", que a usted casi le dio infarto porque creyó que me había golpeado. ¡Las huifas! La "bella desconocida" era una solterona de 44 con várices y el tal asesinato era un suicidio más aburrido que *El Mercurio*.

—Zeñod Pated'da —gimoteó el gerente—, ese día *La Tercera* tiró 70 y a las 9 ya estaba agotada, así que sacaron más y andaban en camioneta repartiendo por los quioscos. Se vendía como pan caliente. ¿Se da cuet'ta?

—Me doy —dijo Paterna—, ¿y?

—Señor Paterna —expresó el director—, son las 21 horas y 32 minutos y todavía no tenemos idea de con qué hacemos primera. Lo de provincia ya se está tirando. Pero para Santiago necesitamos. . .

La puerta se abrió de golpe. Aparecieron las chascas de Juanito y debajo dos ojos negros brillantes. De la sala de redacción vecina llegó un estrépito de viejas Underwood aporreadas, dos radios sonando al mismo tiempo (*tumeá costumbres / nuevos créditos para las naciones del Hemisferio / teatodas esas cosas*), alguien gritando en un teléfono, dos tubos de luz fluorescente zumbando un bajo continuo, las máquinas de la imprenta como un tren lejano, un trolebús por la calle rugiendo como un león.

—¡Feje! —le gritó Juanito a Paterna (era el único jefe que reconocía)—, un gallo trajo una carta para usted. Dijo que era urgente. Un crimen, dijo. —Le tendió una hoja mugrienta de cuaderno escolar con muchos dobleces.

Paterna la cogió y al mismo tiempo dio al niño un papirotazo amistoso: sonó la cabeza co-

mo un coco. Leyó el papel en dos segundos. Su ojo revuelto lanzó un resplandor triunfal:

—¡Caballo! Esto es justo lo que usted quería, pues.

El director tomó la hoja con dos dedos y la leyó. Paterna atravesaba ya, balanceándose, el humo de la redacción.

Señor don Manuel Paterna reporter policial

Muy Señor mío le comunico que acabo de matar a mi mujer de dos tiros, se lo digo a usted antes que nadie porque ese es mi diario el diario del Pueblo yo siempre yo leo lo que usted escribe me gusta por lo valiente, por eso que le doy la primicia Exclusiva. El cuerpo está en el baño Escanilla 727 segundo C (son departamentos) con todo respeto

R. CORTÉS.

Paterna volvió con el impermeable y el sombrero puestos.

—Déme un vale para auto —ordenó al gerente tendiéndole un talonario de recibos.

—Pídaselo a Mádquez.

—Sí, pero usted me firma el visto bueno, no ve que...

—¡Tanto! —lloriqueó el gerente—, ¡es demasiado! —Pero firmó, suspirando.

—Gracias, mijito —expresó Paterna—. Que venga conmigo el Ratón.

—Estará revelando —acotó el director, dubitativo—; él tomó lo de la población. Si no tenemos otra cosa en primera...

—No perdamos tiempo —dijo Paterna—, le voy a traer la foto de primera. Además me guarda dos col adentro, espacio para otro mono y en primera para titular a cinco.

—Pero, y si. . .

—¡Hágame caso! —cortó Paterna—. ¿Cuándo va a aprender a hacer periodismo, señor profesor?

El director se quedó con la boca abierta. El gerente ocultaba apenas la sonrisa.

EL SITIO DEL SUCESO

Nos tenía hipnotizados. El Chico Ríos, por celos profesionales, trató dos o tres veces de interrumpirlo, de comentar algo, meter su cuchufleta. Por las puras: Paterna arrasaba. Y eso que a ratos se ponía tan ronco que apenas se le entendía. Pero hablaba sin parar, tomando caña tras caña de su tinto con bicarbonato. La mesa había crecido. El Rucio y su alumna habían pasado a saludar, ya iban a encamarse parece, pero el Paterna los agarró. Embobados, se fueron quedando, primero de pie, después sentados, alguien acercó sillas. Ella estaba de codos en la mesa, unos codos flacos, interesantes; se tragaba al viejo con los ojos.

—Lo primero que pensé cuando vi la casa fue: este cabrón nos engañó. No parecía casa de departamentos. ¡Qué iba a parecer! Era un case-rón de adobe, de esos que los apuntalan con la pura pintura. No lo pintaban hacía años. Unos murallones con más caries que yo, todos raspados y escritos. Se podían estudiar las campañas electorales del año 20 a esta parte: muera, viva, PR, PC, copi, la Ley Maldita. Segundo piso no se divisaba por ninguna parte. “Para crimen está buena la casita”, trató de consolarme el Ratón,

todo esquinado, con la correa del flash colgándole de los huesos del hombro.

"El portón estaba abierto. Adentro, oscuro. Había un olor a meado de gata caliente. En una pared, a tentones, encontré un interruptor y le di vuelta... ¡Milagro! Como a diez metros de altura se encendió una ampolleta que apenas daba luz.

"—Hasta aquí vamos bien —dice el Ratón.

"—A ver si encontramos a alguien; supongo que aquí vive alguien.

"—Donde vive alguien, puede morir alguien —comenta el Ratón—. ¿Y qué vamos a preguntar, ah? ¿Será aquí donde tienen un cadáver, mire?

"Divertido el Ratón. Lo injurié de todas maneras, por principio. La cuestión de la autoridad.

"¡Salud!

—¿Va a pedir otra?

—Bueno. No, embotellado no. Conmigo es plata botada. Rinde más con el Casanova.

"Fuimos caminando a brincos para no pisar los hoyos con agua. El piso era de ladrillos, todos gastados y sueltos. Entremedio había un agua negra y hedionda. Uno pisaba un ladrillo suelto y el chiquetazo helado le pegaba en la costura. Hacía frío. Debe haber sido agosto. En eso aparece un hueco en la muralla del lado izquierdo. Por ahí subía una escalera nuevecita, recién hecha, de madera rosada. Parecía jamón planchado. Esa era la subida al segundo piso, que de la calle no se alcanzaba a ver. Una refacción barata de esas que hacen por ahí, para sacarles el jugo a las casas viejas.

"“Son departamentos”, cantaba el Ratón mientras íbamos subiendo, metiendo bulla en los escalones de madera cruda. Arriba encontramos un pasillo largo, con cinco puertas, dos a cada lado, una al fondo. Todo nuevo y recién pintado. Mal pintado. Las paredes, puro tabique, no ha-

brian aguantado un puñete fuerte. Una de las puertas estaba medio abierta. Salía un poco de luz y una bullanga de radio no muy fuerte. Me puse nervioso. ¿Y si era broma? O a lo mejor nos estaba esperando un loco con un cuchillo de cocina. El Ratón me lo notó al tiro:

"—¿Julepe, viejo?

"El muy insolente. Me fui a la puerta y la abrí hasta atrás de una patada. Era una sola pieza grande, pelada. Una cama, dos veladores de terciado; encima de uno estaba la radio chicharreando, una mesa chica, una silla. En un rincón había ropa sucia amontonada. Se notaba que vivían a lo gerente.

"¿Y la finada? Había dos puertas muy angostas, como de armario, pintadas del mismo color verdoso de la pared. Abrí una y encontré una especie de nicho, pero sin muerto. Yo no cabía ni de lado. Lo que había era un cajón vacío de cerveza y encima una cocinilla.

"El Ratón me jodía los nervios con su cantito: "Son departamentos..." Me paré delante de la otra puerta. Tenía que ser ahí. ¿Y si..., ah? ¿Y? ¡Y, pues!

"Salud, niñitos.

"¿En qué iba? Ah, ya.

"—Espere —me dice el Ratón (nunca me trató de tú, a pesar de los años que trabajamos juntos; cuestión del peso talvez)—, espere; voy a cerrar por si las moscas.

"Cerró la puerta "de calle", como quien dice. Echó a andar la batería, preparó la Leica. Listo. Puse la mano en la perilla de la puertecita (no era perilla, apenas un aislador de porcelana afirmado con un tornillo) y el condenado Ratón me dice de nuevo:

"—Espere.

"Atravesó toda la pieza caminando en puntillas y apagó la radio de golpe. Me pareció más grande la pieza, tan callada. Empujé la puerta y

di un paso atrás. De puro nervio el Ratón disparó el flash. Lo único que se alcanzaba a ver adentro era un excusado sin tapa. Soltamos juntos el aire. Estábamos aguantando la respiración hacía como media hora. Empecé a patalear de rabia y a mentarle la madre al señor Cortés, cuando de golpe la vi.

SURGEN HIPOTESIS

"La mujer estaba en el rincón más oscuro, en una pileta cuadrada de cemento, debajo de la ducha (no había tina). Estaba vestida con una pura enagua negra, con la espalda apoyada en la pared, sentada en el suelo en el medio de una tremenda laguna de sangre. Se le veían las dos heridas, en el cuello y encima del seno izquierdo.

"El Ratón se pone a tomar fotos: desde arriba, de abajito, de los lados, tendido, parado arriba de una silla.

"—¿Y quién te dijo que te pusieras a tomar fotos?

"Se quedó con la máquina en el aire, mirándome.

"—Espérate.

"Le levanté la cabeza a la muerta, porque el pelo le tapaba la cara. Todavía tenía los músculos blandos. No era mala. Una negra de boca grande, ojos grandes (los tenía abiertos), una melena como para rellenar colchones. De todo mi gusto.

"El Ratón se puso a cargar de nuevo la máquina con película. Eso siempre me ha gustado

en él: es precavido. Nunca sale con la del tonto: "Ay, se me acabó la película". Lo columpié un poco:

"—¿Qué crees tú, Ratón; dónde la mató?

"—Aquí mismo en el ñoba, ¿no?

"—Tapas. ¿Crees que iba a estar en enagua en la ducha?

—Puede haber estado sentada en el wáter.

"—¿Ah, sí? ¿Y esto? —Le mostré las sábanas de la cama, todas manchadas de sangre.

"—No me tinca.

"—¿Por qué?

"—Porque no es tanta sangre. Es pocona. Tampoco hay sangre en el piso del dormitorio. Se notaría. Porque tendría que haberla arrastrado. Difícil que la haya llevado en brazos; pesa como dos quintales. Y más que la hubiera llevado, siempre tendría que haber caído algo.

"—¿Algo como qué?

"—Algo de sangre, pues. Sangró como caballo. Pero la sangre está toda acá, en la pileta.

"—Yatá. Así que tú crees que no la mató en la cama.

"—No.

"Bueno, tuve que injurarlo. Le dije de todo, incluso "ratón de acequia", que era lo que menos le agradaba.

"¿Cómo dice? Ah sí, bueno. ¡Salud! Se seca la boca, ¿no?

"¿No las para por qué lo injuriaba? Porque se ponía a hacer deducciones de Sherlojome en vez de usar el cráneo de periodista. Un crimen en la cama vale mucho más. Pueden ser, fácil, veinte mil ejemplares en un tiraje grande. Vendidos. Claro que el tipo le había pegado los dos tiros en el baño, después la acomodó en el rincón de la ducha y se limpió las manos en las sábanas. Eso lo podía descubrir hasta la Brigada de Homicidios. Pero el Ratón no había pensado en el Aspecto Periodístico. Es lo que le dije, bien

golpeado para que no se le olvidara más. Nos quedamos callados, pensando en el Aspecto. Tuve que gritarle de nuevo, porque ese Ratón, con la coca, se había puesto cargado a la mística. Si lo dejo, se queda toda la noche ahí parado, con los ojos de vidrio. Y había hartito que hacer.

"Saqué una sábana de la cama. La llevé al baño y la puse extendida en el suelo. Encima colocamos a la negra, que estaba resbalosa y más pesada que un saco de municiones. Hicimos una especie de lulo y lo levantamos entre los dos. Sudábamos, el Ratón patinaba en la sangre. A duras penas, con la lengua afuera, llegamos con ella a la cama. Una vez que sacamos el resuello, la colocamos entremedio de las sábanas todas revueltas. ¿Capta? Para dar la idea del Gran Forcejeo. Crimen sexual. La mató mientras se la mandaba al chope. Un toque por aquí, otro por allá. Las piernas entreabiertas, no demasiado para no caer en el mal gusto; la cabeza colgando a un costado de la cama. La melena llegaba hasta el suelo. Espectáculo. ¿Y? ¡Y, pues!

"—Ahora toma tus monos.

"Los tomó rápido. Estaba preocupado por los tiranos. Le metí suave la mano al bolsillo y le saqué el otro rollo, que había tomado antes. Dio un grito como si lo apuñalaran cuando vio que lo extendía para que se velara. Claro, no iba a dejar que se quedara con esa tentación. Quedó amargado pero no protestó. Salimos calladitos. Dejamos la puerta junta. Bajamos. Ibamos llegando al portón para salir a la calle, cuando el Ratón me dice:

"—Oiga, jefe, esa radio no estaba mala, ¿no le parece?

"Tuve mis dudas, pero me acordé de la Lidia, siempre tan jodida trabajando en la casa, lidiando con los chiquillos, lavando, barriendo, cocinando. Tantas veces que me había dicho: "Manuel, ¿por qué no traes una radio a la casa?

Tú te lo pasas afuera todo el tiempo y la radio acompaña tanto". Es buena la radio para las mujeres. Así que volví a buscar la radio y me la traje debajo del brazo. Claro que después ni supe cómo cambié de idea y en vez de llevársela a la Lidia, se la llevé a la Leona. Parece que con eso fue que me fatalicé; entonces me empezó la mala.

Paterna se quedó abstraído. El Poeta sufrió un brusco ataque de risa. El Chico Ríos se llegaba a poner turno de tan intensamente que miraba al viejo. El Rucio le dijo algo al oído a la niña, pero ella respondió que no, con la cabeza: tenía un pelo negro estupendo; era un lujo como lo hacía ondular. Yo pedí otra de la casa.

RECIBIDOS COMO HEROES

En el diario los recibieron como héroes. El director casi sonrió al escuchar el relato (con algunas omisiones). El gerente dijo beatífico:

—Buedo, me voy tranquilo. Do sé qué hacíamos sin usted, hijo.

—Mañana vamos a hablar de eso, papá —replicó Paterna, haciendo el gesto pesos con el pulgar y el índice de la mano derecha.

El gerente pestañeó alarmado, luego rió y lo palmoteó una y otra y otra vez, majaderamente, hasta que Paterna se apartó con enfado.

LÁ MATO EN LA CAMA
CUANDO LA HACIA FELIZ

decía el titular principal, sobre la fotografía. La primera página contenía además un facsímil de la carta y varias líneas de títulos: BALAZO EN UN SENO LIQUIDÓ A LA BELLA DE ESCANILLA. NO APARECE EL ARMA. PRÓFUGO EL PELIGROSO HOMICIDA. "HOMBRE CULTO Y AGRESIVO", DICE FAMOSO GRAFÓLOGO. COMO SIEMPRE, NUESTROS REPORTEROS FUERON LOS PRIMEROS.

La palabra EXCLUSIVO aparecía oblicua, en rojo, sobreimpresa en una esquina de la página, encima de las gruesas letras negras.

PATERNA DETENIDO

Juanito entró corriendo a la oficina del director:

—¡Se-se llevaron preso al se-señor Paterna!

El director acentuó su expresión de disgusto:

—Mire, niño, le he dicho que no entre sin golpear. Se lo he dicho. . .

—¿Preso? —interrumpió el gerente—. ¿Quién. . . , cómo sabes?

—Vino la señora Leona, ahí afuera está —dijo Juanito—. Se lo llevaron esta mañana. Fue por el crimen ese que él puso en el diario, ¿no ve? Por esa carta que me entregaron a mí, esa que. . .

—Que pase.

—¿Aquí? —El director retorció los labios—. ¿Va a hacer entrar aquí a esa fulana?

Pero ya el gerente abría la puerta y retrocedía con reverencias. La Leona pasó a su lado y lo hizo tambalear con su poderoso desplaza-

miento de aire. Avanzó con la majestad de un portaaviones, con unos zorros sobre los hombros, la boca pintada con furia, un peinado alto, duro, centelleante. Detrás del escritorio, el director parecía un chincol. Desde tres metros de distancia, ella le extendió una mano morena con varios anillos.

—¿El señor director? Leontina Valdés.

El director tuvo que efectuar una compleja trayectoria para saludarla: salir de su lugar, contornear la mesa, caminar hasta las proximidades de la gran mujer (sus ojos quedaban a la altura de uno de los pechos; los desvió de inmediato). Después de una breve vacilación, le cogió la mano y se la soltó en seguida.

—¡Qué mano tan helada! —comentó ella con breve risa ronca.

—Zeñoda —expresó el gerente—, ¿en qué podemos zervidla?

—¿Usted quién es? ¿El gerente?

—Sí, sí, el mismo, cantado.

La Leona dijo con naturalidad:

—Los tiras se llevaron preso al Manuel. Llegaron esta mañana, como a las diez; ¡hay que ver la horita estos rotos! Estábamos acostados cuando llegaron. Venía Avendaño, ese mojón de la B. H., con dos más. Muy serios, dándose importancia, como si una no los conociera. Para balsear sí que son muy amiguitos los desgraciados; venga ponchera y mujeres y todo lo demás, por cuenta de la casa. Pero cuando llega la ocasión, muerden la mano que les dio.

—¿Dijeron por qué lo detenían? —preguntó el director, parapetado otra vez detrás de su escritorio.

—Por esa mugre. —Indicó un ejemplar del diario sobre la mesa—. Yo le he dicho tantas veces al Manuel. . . Pero no quiere. Si es vicio ya, pues, señor. Porque no me van a decir que con lo que le pagan. . . Bueno, pues, dijeron que había

movido el cadáver, que había borrado las huellas, poco menos que era cómplice y no sé cuántas calumnias más.

—Pedo et'to es muy grave —exclamó el gerente—; ¡un vedadedo atentado conta la libertad de penza!

—Yo les dije —prosiguió la Leona. Miró en derredor buscando un asiento—, les dije que les iba a pesar. —Y se dejó caer con un resoplido en uno de los sofás de cuero.

—Muy grave —repitió el director por comentar algo.

—No me hicieron caso los perlas. “Ahora sí que te llegó, gallito”, le decían al Manuel. No lo pueden ver por eso que él escribió de las flagelaciones. Pero él, no crea, no les aguantó ni una insolencia. Me dijo que viniera aquí a avisar y que me quedara tranquila. “Ya se van a arrepentir”, los sentenció. Así que yo me levanté y me vine directamente para acá. O sea, no, claro que pasé a la peluquería, tenía el pelo hecho un asco y ¿sabe lo que me dice la Lucy? Ella es la que me peina siempre a mí. Me dijo: “Pero, señora Leona, tanto tiempo que no venía... Tiene pelo en la tierra”. —Lanzó rugidos de risa.

El director la contemplaba fascinado.

—Bien —dijo con voz muy fina—, no se preocupe... , señora. Nosotros vamos a arreglar esto. A la una y media va a tener a Manuel Paterna en la casa, almorzando.

—¿Por qué? —inquirió la Leona todavía sofocada de la risa, con una mano sobre los pechos—. ¿Por qué almorzando? Si en mi casa no se hace almuerzo. ¿No ve que todas nos acostamos a dormir tan tarde? Psch, recién como a las cuatro de la tarde empiezan a aparecer, tiritonas, con unas caras que dan miedo.

Silencio.

—Buedo, buedo —intervino de nuevo el gerente—, quiere decir que a esa hora, digamos

una y media, dos, tres a todo reventad, Manuel va a estar libre.

—Sí —replicó ella—, tienen que sacarlo al tiro porque si lo han tomado es nada más que por causa de su diario. ¡Y para lo que le pagan! No quiero que los tiras me le toquen ni un pelo, ¿oyó? Y además me tienen que devolver la radio.

—¿Qué radio?

—La radio que me trajo anoche. Los tiras se la llevaron. Dicen que Manuel la sacó de la casa de la finada. ¡Se da cuenta, las medias calumnias!

El gerente la tranquilizó:

—Do se preocupe, zeñoda. Dosotro...

—No, si no me preocupo. Los que tienen que preocuparse son ustedes. Hasta luego.

Viró sin más y marchó hacia la puerta. Sus pisadas producían un tintineo sobre el escritorio. Se detuvo y dio media vuelta:

—Se me estaba olvidando. Dijo el Manuel que avisaran de aquí a la casa de él, a la señora Lidia, para que no esté inquieta. Por si alguna vecina oye decir algo en la radio y le comenta, ¿entiende? No quiso que le fuera a avisar yo, je; dijo que mejor ustedes.

EL CUARTO PODER

—¿Qué le parece? —preguntó el director.

—Hay que hazed algo —replicó el gerente—; llame al Director General, al Ministro. Do dos pueden hacer et'to a nozotdos.

El director acercó el teléfono, descolgó el fono y meditó unos instantes con los labios fruncidos. Luego marcó con cierta solemnidad.

—Aló, sí. El Director General, hágame el favor. De parte del director de *La Mañana*. Sí, es por lo de. . . —Calló y esperó en silencio.

El gerente hacía extraños gestos como para infundirle energía.

—Aló, ¿Mario? ¡Qué gusto de oírte! Jek, jek jek —producía una risa de palo—, te imaginarás para qué te. . . , sí, pero. . . No, no me importa, lo que tú di. . . Es un atentado contra la libertad de pre. . . ¡No! Es que no, pues. Yo tengo que respaldar a mi gen. . . Mira, si no me lo sueltas, yo te echo al Círculo. No se pue. . .

—Dígale que yo soy amigo pedzonal de Su Excelencia —dijo el gerente, pero el director lo hizo callar con un gesto, sin despegar el auricular de la oreja.

—Mira, Mario, nosotros no tenemos la culpa de ser tan populares. Si el tipo nos hace la denuncia a nosotros antes que a Investigaciones, es porque. . . —Alejó un tanto el auricular; el otro hablaba a gritos—; espera, no te pon. . .

—Si ze pode inzodente, córtete —empezó el gerente, pero el director volvió a hablar:

—Que se queje la Brigada de Homicidios, ¡a mí qué! El público se queja mucho más. No, pues, hombre. Que la haya. . . acomodado algo para la foto es cosa profesional. Tú me entien. . . ¡No! De ninguna manera. El hecho es que ustedes han detenido a nuestro reportero policial y por mu. . . , no, por mu. . . No por eso vamos a aceptar.

El gerente hacía una pantomima estimulante, como cuando en las carreras el pelotón entra en tierra derecha.

—No, mi ñato, jek, jek. Primero lo sueltan, después hablamos de. . . ¿La qué? ¿Qué cosa? No. No, no. Primera noticia. —Tapó el fono con una

mano y le dijo al gerente por un costado de la boca—: Ya salió lo de la radio.

Escuchó y luego replicó vivamente:

—No, mira, perdóname. Entendámonos. De eso yo no tengo ni la menor... , ni la más mínima... ¡Nada! Pero no pretenderás acusar a Manuel Paterna de una ra...

El gerente se comía las uñas.

—No me interesa —agregó el director—. O lo sueltas o te atienes a las consecuen... No es una amenaza, ñato, no necesi... Entonces tú sabrás. Son muchos los que nos piden una campaña contra la canasta y si tú...

El gerente agitaba los brazos. Se inmovilizó de súbito al escuchar que el director repetía:

—¿Importaciones de camionetas? ¿Qué camionetas? No sé de qué estás hablan... Nosotros no tenemos tejado de vi... Bueno, lo que él puede hacer por su cuenta no es... Yo no sé, para eso él tiene su...

El gerente cambiaba de color. Sin despegar la vista, el director escuchaba y asentía a intervalos:

—Mmh, mmh... Sería cosa de conversar. No, Mario, no hay que tomarlo así... Bueno, pero tú sabes cómo está la competen... Ustedes ayudan demasiado a esos bandidos de La... El periodismo es el periodismo, jek, jek, jek. Yo te aseguro... Sí, ñatito. ¿Cómo? ¿A comer? Cuando quieras. No, cómo se te ocu... Lo de las camionetas lo voy a ver yo mismo. No, ¡al contrario! Te agradezco que me hayas... Bueno, entonces quedamos en que lo de Paterna... Ya, sí. Sí, jek. Yo le voy a hablar, sin falta. Bueno, Marito, gracias. Lo que quieras. Hasta... Sí, eso sí. Hasta luegoito, pues.

Colgó. Mantuvo su mirada fija en el gerente, que sonreía de una manera forzada.

—Tonze, ¿está adegado?

—Sí. Lo de Paterna está arreglado. Lo que no está arreglado y me gustaría que me contara es lo de esa importación de camionetas con liberación de impuestos. ¿Dónde están? Porque se internaron para el diario, ¿no? ¿A quién se vendieron y en cuánto? Raro que el directorio no haya oído ni hablar de este negocio, ¿no le parece?

El gerente se miraba los zapatos con profunda desdicha.

APARECEN CONTRADICCIONES

Paterna dejó caer la cabeza sobre el pecho. El Chico Ríos lo contemplaba con admiración. También la compañerita de Periodismo, pálida, ojerosa, con los tremendos ojos relumbrando entre el pelo liso, tan largo, que caía sobre la mesa formando una alfombra.

—Y en doble río llegaba a sus pies —citó el Poeta, que observaba lo mismo que el suscrito.

—Nos vamos, mijita —dijo el Rucio en un susurro lacho.

Ella sacudió la cabeza (¡cómo ondulaba aquella catarata!) y él se quedó amurrado.

Paterna eructó melancólicamente y se puso de pie:

—Voy a mear —anunció.

No hubo objeciones. Lo miramos caminar hacia el fondo (a la izquierda) con cierto balanceo lateral, pero con pisada firme.

—Bueno, mijita —expresó el Rucio—, ¿sabe la hora que es? Yo creo que ya...

—No pienso irme ahora —notificó ella.

—Pero hasta cuándo.

—Quiero oír lo que cuenta Manuel hasta el final.

—¿Ah, sí? —El Rucio quiso ponerse irónico—, verintréting; cualquiera diría que está enamorada de ese viejo.

—¿Por qué no? —dijo ella—; podría ser.

De pronto se puso a hablar muy rápido, en voz baja, con las manos muy apretadas, como si rezara, el pelo encima de los ojos. Una especie de Melina Mercouri en cuanto a intensidad, pero 84 años más joven. Dijo que le gustaba le gustaba LE GUSTABA Paterna. ¿Y? Tan... HOMBRE, con esa cosa gastada, Humana, pasado a cigarrillo, a tinta de imprenta, a comida de pensión, capaz de entregarse a lo que le tinca en el momento, sin pensar, orgulloso, insolente, capaz de enamorarse de una puta, de ir preso por una crónica.

El Rucio se retorció. Trató de mantener un tono superior, pero le temblaba la voz mientras sostenía que todo eso es novela, mucho Simone de Hueviar, poca realidad; tú no sabes, mocosa, lo que; claro, no se puede negar que sabe contar, ha visto cosas, pero; por último, no es más que un viejo guatón, seboso, fracasado.

Ella mantiene los ojos cerrados. Sube y baja su pecho flaco. Después abre los ojos con lentitud de actriz.

ELLA: ¿Terminaste?

EL RUCIO: Sí.

ELLA (Con compasión sincera): No entiendes nada, pobrecito. Ese "viejo", como tú dices, tiene más vida y pantalones que todos lo que están en esta mesa. (Nadie chista.) Guatón... , claro que es guatón. ¿Y qué hay con eso? Es hombre. Estoy segura que nunca se preocupó de la moda, de la línea del pantalón o de la línea de la guata. Se preocupó de otras cosas. Cosas de hombre.

Guatón será, pero se siente que tiene el peso justo para echárselo encima. (El Rucio da un salto.) Seboso, seboso... Psch. Es de verdad. Tiene esa cuestión, ¿entiendes? Ese olor, ese estilo de los hombres de bar, de los gallos que van a las carreras. Es choro. No sé si será más fracasado él, que se nota que todo lo ha vivido con ganas, a finish, jugándose por lo que le parece justo en el momento..., o tú, lindo, que eliges partido como quien elige mujer, como quien elige camisa, para que te haga juego con los azules y la carrera. (El Rucio se levanta y sin decir nada camina muy derecho hacia la salida. Mutis.)

EL TONTO MORALES

De pie ante el urinario, mirando fijamente un poema mural, Paterna suspira. Mear ya no es una operación tan sencilla como antes. ¿Y qué le había dado de estarse acordando de la Lidia que en paz descanse? Q.E.P.D. y no joda. N. J. Siempre tan jodida la pobre Lidia, lidiando con los chiquillos, vendiendo el kilo de diarios viejos para comprar fideos, lavando, barriendo. Esa manera de ponerse el revés de la mano derecha en la frente; ¿por qué hay gestos que no se olvidan renunca? Y la radio que me llevé para ella. "Manuel, por qué no me traes una radio a la casa; tú te lo pasas afuera todo el tiempo y la radio acompaña tanto." Es buena la radio para las mujeres. Pero el muy cabrón tenía que llevársela a la Leona. De entonces empezó la mala, aunque al principio, recién salido de la Pesca,

todo parecía bien. Menos la radio; los tiras se habían quedado con ella. La Leona furiosa:

—¿Y la radio?

—Son unos ladrones, no me la quisieron devolver.

—¿Y tú aguantaste, Manuel?

—Nop, no aguanté.

—¡Pero se quedaron con la radio!

—¿Qué querías que hiciera? Primero tenía que salir de ese chiquero. Pero ahora vas a ver. Voy a...

—Mira, cuando vinieron a buscarte, ellos dijeron que tú te la habías robado en la casa de la muerta. Mucha será la libertad de prensa, pero eso...

—¿Yo? ¿Yo... robado? Pe-pero, dime, ¿tú les crees a éstos?

—Yo no sé nada. ¿De dónde la sacaste?

—La... compré. Fue una ocasión. A... noche mismo, después que salí del diario, ¿ah?, me toqué con Fuenzalida.

—Mmh.

—Fuenzalida, pues. ¿Te acuerdas? Ese chico, medio enano. ¿Te acuerdas que siempre venía cuando andaba pagado? ¿Ah? Le gustaba la Ruby, creo. ¿Mmh? Siempre la esperaba. Que trabajó en el diario antes, uno que hacía espectáculos. Tienes que acordarte: ¡Fuenzalida!

—No me acuerdo. No conozco ningún Fuenzalida.

—Pero cómo no va a acordarse, mijita. Uno flaco, que caminaba de una manera divertida, como si los zapatos le quedaran grandes, ¿ah? Ja, ja, ja. Muy bueno para el trago. Cómo no te vas a acordar, Leoncita.

—No lo conozco, no me acuerdo, no sé ni me importa. Lo que yo quiero es *mi* radio. ¡Media vez que me haces un regalo y no lo alcanzo a tener ni dos horas!

La Lidia: "Manuel, si pudieras traer una radio a la casa. . ."

Paterna baja la cabeza, suspira, se sacude.

LA LISTA NEGRA

—Ahí viene —dijo el Chico Ríos.

Ya era tiempo de que alguien hablara algo. Después de la salida del Rucio se había instalado un silencio tirante, insoportable. Nos mirábamos como tontos y a intervalos carraspeábamos sin necesidad. El Poeta, ya bastante cocido, tuvo un ataque de tos genuino, que ocupó algunos minutos. Después la tensión siguió aumentando. Pero ella permanecía serena, sin interés en ninguno de los presentes, con la cabeza inclinada y los ojos bajos (¿dormía?). De vez en cuando yo levantaba el vaso, hacía una seña con los ojos, bebíamos un trago breve, sin ruido. A esa hora, el vino ya no tenía ningún sabor, pero pateaba. El Poeta tiritaba de tal manera que se le soltaba la postiza y tenía que ajustársela, para lo cual se metía en la boca dos dedos de la mano derecha. No era un espectáculo placentero.

—Ahí viene —dijo el Chico.

Ella levantó la cabeza de golpe, como una yegüita fina, y se quedó embelesada mirando al antiguo reportero.

Se veía más viejo Paterna, más gastado y amarillo, mientras se sentaba y extendía hacia el vaso una mano temblona, con dedos negros de cigarrillo. Miró en derredor turbiamente, bebió, se engugó el labio inferior con la mano, se enderezó.

—¿Y? ¡Y, pues! ¿De qué estaba hablando?

El Chico Ríos sacudió la cabeza admirado: con qué naturalidad se hacía cargo del buque.

—Del crimen de la calle Escanilla —informó el Poeta (se le entendía poco)—, de su detención, la libertad de prensa amenazada, etc.

—Sí, señor —dijo Paterna—, ésa es la cosa.

Inexplicablemente, se quedó callado. Serví vino otra vez y la botella se acabó.

—Pide otra —me ordenó el Poeta—, pero que sea blanco. Cogote de yegua. —Y el bandido miraba a la compañera de Periodismo.

Ya no me quedaba más que la plata del arriendo, pero obedecí. Con el Chico Ríos y el Poeta estaba establecido que el Paganini era yo. A la mierda el arriendo. Trajeron blanco.

—¿Qué más? —preguntó el Chico Ríos.

—¿Cómo que qué más? —dijo Paterna.

—Sí, pues, qué más.

—Qué más qué.

—Eso, ¿qué?

—¡Nada más! —exclamó Paterna, y se encogió de hombros. Observó el vino con que le llenaban el vaso y declaró en tono neutro—: No me gusta el blanco.

De todas maneras bebió un largo trago. Todos esperábamos. Para quedar a su lado, ella se trasladó de un asiento a otro, sin levantarse. Un resbalar lento, lateral, que me produjo una repentina excitación. (Bueno, a esas alturas me habría excitado que se rascara la nariz.) El viejo le echó una mirada revuelta y habló por fin:

—Me soltaron. Tuve que seguir inflando el caso mientras buscaban al infeliz. No era tan difícil, porque me mandaba cartas idiotas cada dos días y era cuestión de arreglarlas un poco para darle color. El señor Cortés era feliz: siempre había querido ser famoso. Los bandidos vendían diarios como malos de la cabeza. Al final lo pillaron y la cosa perdió interés. Además en

eso fue el crimen de la millonaria. En el diario a mí me dieron un paquete de maní en agradecimiento y al mes me largaron. La cosa empezó a echarse a perder porque yo quería hacer la gran campaña contra Investigaciones y ellos no querían nada. En una crónica metí un golcito y casi se murieron de susto. Se subían por las paredes. Yo insistí. De repente se pusieron muy, muy suaves, no discutieron más. Al día siguiente, en la mañana, me llegó el azul a la casa, un cheque por tres meses de sueldo y adiós, pampamía.

(La Leona en beibidol, "El Espectáculo Más Grande del Mundo" con el sobre en la mano: "Mira, venía a la dirección de tu casa, pero lo trajeron aquí... ¿Ellos le habrán dado esta dirección al cabro, o crees que la Lidia? ¡No me hagas callar! No le vayan a manchar a su Lidia porque se la nombran al lindo".)

—Yo siempre fui orgulloso, no alegué, no metí pleito. Al director le mandé una encomienda muy bien hechita, una caja de regalo, papel celofán, cintitas: adentro, un tarro con mierda. Me reía de ellos. Los colegas me celebraban, me palmoteaban el lomo. En una revista que ahora no existe, a lo mejor ustedes no alcanzaron a conocerla, duró tres números, se llamaba *Yquejué*, ahí me publicaron unos reportajes sobre los tiras. Lo mejor que se ha escrito sobre la materia, molestia aparte. Después vino la mala. Funcionó la lista negra. "Me encantaría, Paterna, pero... Lo siento mucho, pero... Sí, usted escribe crónicas geniales, pero..." Uno más franco me dijo: "Deje pasar un tiempo. Usted se ha echado muchos enemigos encima, le han dado mala fama. Yo podría publicarle algo, siempre que no fuera con su firma". Me puse a manejar un camión, a vender papas, seguros contra incendios, enciclopedias. A mi hija tuve que mandarla arriba, a San José: los sopladores. La Lidia, mi

patrona, se me murió de las preocupaciones, el mal comer y la muerte del niño menor. No se repuso nunca. Me quedé solo.

—¿Qué hora es? —preguntó ella inesperadamente—, parece que ya está amaneciendo.

TESTIGO DEL HECHO

Miramos hacia afuera, pero se veía más bien oscuro. Quedaban pocas mesas ocupadas: cureñas sistemáticos, patines proyectos. Nadie del gremio. El Chico repartió el resto de la botella. Llamé al mozo y pagué. Paterna estaba ensimismado; ella, como acurrucada contra él (¿de qué te sirve?). El viejo se dio cuenta de que la encantadora velada llegaba a su término cuando nos vio a todos de pie alrededor.

—Ah —dijo—, ¿ya?

Ella lo esperaba. Cuando terminó de levantarse, lo tomó del brazo. El no pareció darse cuenta. El Chico Ríos tomó del brazo al Poeta, que se bamboleaba. Salimos flotando, con los pies traposos.

Cierto, estaba amaneciendo, aunque con grandes dificultades. Era un cielo grasiento como caldo de cabeza, con una luz débil, empavonada, para el lado de Plaza Italia. Junto a su quiosco, el suplementero Raúl Flores Avila (46, casado) desataba un paquete de diarios.

—Vamos —dijo ella con voz apenas audible.

—¿Qué es eso? —inquirió Paterna y se apartó bruscamente—; ¿qué es eso de vamos?

Ella se encogió de hombros y trató de tomarlo del brazo de nuevo, paciente:

—Vamos, papá.

El viejo se liberó de una sacudida (ella casi cayó) y le gritó:

—¡Déjeme tranquilo! ¡Cuántas veces le he dicho que me deje tranquilo!

Sin mirar a nadie, comenzó a cruzar la calle.

Lo que viene ahora tengo que contarle con mucho cuidado, a ver, sí, bueno, pues, estábamos todos como en un palco al borde de la vereda, mirándolo avanzar (miento, no todos: el Poeta, apoyado en el Chico, tenía los ojos cerrados y la cabeza caída); lo mirábamos avanzar despacio, moviéndose, algo parecía, más hacia los lados que hacia adelante, cuando entonces algo va a pasar, algo alarmante. Todo comenzó a ocurrir con extrema lentitud o se detuvo. Los sonidos se borraron, apareció esa sordera o náusea de las pesadillas en que no se puede gritar. Oscuro, inmenso, Paterna en medio de la calle y a cuarenta metros, a treinta, a veinte metros aparece (¿de dónde?, antes no estaba, ahora está) una motocicleta de Carabineros, con sidecar, muy rápida pero inmóvil. Un carabinero la maneja; otro, un oficial, está reclinado con elegancia en el sidecar, una mano enguantada apoyada en el borde; sólo se mueve haciendo lentísimas señales desesperadas con la mano derecha (con la izquierda se sujeta del asiento por entre las piernas) el tercer carabinero, semi de pie detrás del piloto. Algo funciona mal, mi cabeza... ¿A quién hace señas? La motocicleta no avanza, está inmóvil, dije, pero cada vez más cerca, en momentos estáticos, sucesivos, apenas levemente diferentes entre sí, como un trozo de película. Después de un tiempo largo, una parte de mi cerebro descubre lo que mi cuerpo encogido sabe desde mucho antes: la trayectoria de esa moto-

cicleta de Carabineros, con sidecar, lanzada a toda velocidad, será interrumpida por el cuerpo de Paterna, que avanza sin moverse, ciego a los gestos del tercer carabinero, sordo a su grito (que yo también escucharé mucho después).

Un microbús pasa por delante, entre nosotros, y eso que pasa, y lo borra todo. Pasa pasa pasa largamente verde y no sé si veo o creo ver (pero me niego a ver), sí, ahí está, inmóvil en el aire, más arriba del techo del bus, como si quisiera patear la cruz de la iglesia de enfrente, veo a Paterna volando. Y cuando el microbús termina de pasar, años más tarde, todo ha cambiado de nuevo, no entiendo qué diablos pasa, por qué una gorra de carabinero viene deslizándose y girando boca arriba por la calle, choca contra la solera cerca de nosotros y brinca como un conejo; dónde dónde está Paterna, qué es ese bulto negro tumbado allá, tan lejos de donde él estaba, ese montón de trapos revolcados al que se acerca lentamente un zapato solo. Recién se apretujan los ruidos: el golpe opaco de la motocicleta contra el cuerpo; el grito de ella; motores, frenos que aúllan; una especie de hipo del Chico Ríos y una especie de lamento más alto que, según se descubre ahora, sale de mi propia garganta.

A la distancia, la motocicleta salta, vira muy inclinada, parece que va a tumbarse, por último se detiene. El carabinero que maneja, sin gorra, desmonta y camina a tropezones tapándose con las dos manos la cara que sangra. El oficial salta fuera del sidecar, da un paso hacia él, se detiene, descubre el cuerpo caído en el suelo, da un paso hacia él, se detiene. El otro carabinero trota, pero ella llega antes (¿en qué momento, no está aquí todavía a mi lado?), se deja caer desmelenada junto al cuerpo de Paterna y su grito se prolonga sin pausa.

AS DE CRONICA ROJA MURIO EN SU LEY

MOTO DE CARABINEROS LO HIZO VOLAR A DOS METROS DE ALTURA. DESAPARECE GRAN FIGURA DEL PERIODISMO NACIONAL.

Una motocicleta policial que corría a gran velocidad por asuntos del servicio, puso fin esta madrugada, en forma espectacular, a la vida de Manuel Paterna Olave, uno de los "ases" de la gran época de la crónica roja en el periodismo nacional. El destacado cronista fue embestido con tal violencia, que su cuerpo se elevó a más de dos metros de altura. El extraño accidente pertenece precisamente al tipo de sucesos que el extinto más de una vez describió de manera maestra.

El hecho ocurrió a las 5.35 de la madrugada en la Alameda, frente al bar "El Arte", donde el periodista había estado hasta algunos minutos antes en compañía de amigos. Todos ellos y también su hija Magdalena, estudiante de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, presenciaron el accidente fatal.

El impacto de la motocicleta contra el cuerpo produjo un ¡plof! sordo que los testigos oyeron claramente. En cambio, ninguno pudo observarlo en forma precisa, porque en el mismo instante un microbús del recorrido Pila-Cementerio tapó la visual al pasar por delante, muy cerca de la vereda.

"Yo sentí el golpazo", nos dijo Raúl Flores Avila, 46, casado, suplementero, "y después vi al hombre pasar volando por el aire. ¡Palabra! Voló tan alto, que se alcanzó a ver enterito, más arriba que el techo de la micro. Parece que la moto, como que lo agarró bajo, lo tiró para arriba. Si me lo cuentan, no lo había creído."

El periodista recibió atención médica casi de inmediato, ya que una ambulancia de la Asistencia Pública que pasaba fue detenida por los presentes, pero ya no había nada que hacer.

TRAGEDIA PARALELA

A consecuencias del choque sufrió heridas de mediana gravedad en la cara el sargento de Carabineros Caupolicán Marillán González, que manejaba la motocicleta VE-221, de la Unidad Motorizada. En el vehículo viajaba también el cabo Omar Ortiz Cavela, quien, sin resultado, hizo señas a Paterna para que se apartara y, en el sidecar, el teniente Raúl Cereceda Arana, quien nos declaró:

"La motocicleta pasó correctamente, con luz verde. Lamentablemente, el periodista no hizo caso de las señales que se le hicieron."

El vehículo policial iba a gran velocidad porque tenía la misión de socorrer a tres trabajadores de la fábrica de vinagre *Andalucía*, comuna de Barrancas, donde a la misma hora, en forma paralela, se desarrollaba otra tragedia. Los tres hombres estaban limpiando un gran depósito, cuando las emanaciones de los restos de vinagre que contenía les provocaron un comienzo de asfixia. En el sidecar, el teniente Cereceda llevaba máscaras especiales para poder entrar al depósito y rescatar a los obreros. Dos de ellos habían muerto cuando los carabineros llegaron finalmente a la industria, debido a la demora ocasionada por el accidente.

FIGURA DISCUTIDA

Manuel Paterna Olave, nacido hace 56 años en Talca, en una familia modesta, llenó una época y creó un estilo en el periodismo chileno. Acusado más de una vez de sensacionalista sin escrúpulos, contribuyó a liquidar el lenguaje acartonado y académico de la prensa. En los últimos tiempos de su actividad como reportero, trató de proyectar la información policial en un sentido social. Se recuerda especialmente su campaña contra la corrupción de la policía civil durante el gobierno anterior. En los últimos meses se desempeñaba como redactor de boletines informativos en una radioemisora de la capital.

Alfonso Alcalde.

Hoja biográfica.

Alfonso Alcalde es nacido en Punta Arenas. En 1947 apareció su primer libro, libro de poemas, *Balada para la Ciudad Muerta*, que fuera elogiado por Pablo Neruda.

Después de más de quince años de silencio, en que se dedicó al periodismo dentro y fuera del país (estuvo en Bolivia durante los conatos revolucionarios de Paz Estenssoro), comienza a publicar vertiginosamente en la década del 60: *Variaciones sobre el Tema del Amor y de la Muerte* (1963), *El Auriga Tristán Cardenilla* (1967), *Alegría Provisoria* (1968) y *El Panorama ante Nosotros* (1969). Este último es un gigantesco friso del desenvolvimiento histórico de la zona de Concepción.

De los relatos de Alcalde que siguen, los dos primeros pertenecen a *El Auriga Tristán Cardenilla*, y el último, *La Boca, la Boca*, integra el libro *Alegría Provisoria*.

De *El auriga*. . . :

Los socios

El auriga Tristán Cardenilla

De *Alegría Provisoria*:

La Boca, la Boca.

LOS SOCIOS

Personajes:

Un payaso ahumador de pescado.

Un payaso hojalatero.

Lugar de la acción:

Bar "El Buen Pensamiento".

Bar "El Buen Pensamiento" y el tizne del hollín de la estación; Hotel "Los Placeres", los chirridos de las locomotoras, los gritos: el diario, los lustradores, las empanadas de los sábados, los pasajeros, las maletas.

Entraron abriendo en dos el bodegón, el humo, las hileras azules de botellas, ocres. Semi-oscuro el recinto, el ruido de los dados, los rostros alargándose y acortándose, el choque de los vasos, las voces intercaladas en múltiples direcciones.

El mesón tambaleante. Los borrachos en ese punto de la discusión de las cinco de la tarde cuando la justicia es ecuaníme y la amistad profunda.

Les tocó el rincón, es decir, la penumbra al lado del aviso: "Caballeros", en ese ángulo casi amarillento del recinto y la mesa coja, los grandes mapas de vino chorreando las tablas y las sillas con asiento de totora.

—Por aquí será, compadre.

—Es la única que va quedando desocupada —aseguró el mozo—. ¿Tinto o blanco?

—Será tinto —dijo, interrogando, el más delgado.

Un movimiento indiferente:

—Da lo mismo.

El mozo:

—¿Entonces tinto?

Dejaron el paquete en una tercera silla. “Gol del Naval.” Las carcajadas colectivas, el turbio concho de una copa, los muros casi redondos, la espesura de la luz como si cada parroquiano la separara al caminar, al empinar el codo.

Se le marcó una vena en la mitad de la frente al mozo al abrir la botella.

—Con fuerza de hombre —dijo el más alto.

—Ahora vienen a presión —se justificó el mozo.

—Pero igual lo arreglan.

—Este es “purito”. —Puso la botella al trasluz antes de dejarla sobre la mesa.

Pasó un tarro con las sobras del almuerzo: una mujer gorda, y luego el perro husmeando al trote y moviendo la cola alrededor de los huesos pelados, las moscas, y la “mercocha”.

—¡Salud, socio!

—¡Salud!

El chasquido breve y redondo. Las copas quedaron vacías.

Se miraron: el más bajo, melancólico, casi treinta y nueve años, es decir cuarenta y dos o cuarenta y cuatro bien vividos y dibujados en el rostro, y tres hileras de arrugas en la frente, de mayor a menor.

El más alto, unos cuarenta y cinco. Pelo blanco y ralo, mandíbula saliente, bigote firme, ojos claros y precisos.

El más bajo, meticuloso y tranquilo.

El más alto, labios gruesos, corbata a cuadros y chillona, rojos intensos, amarillos desvaídos y un caracol grasoso dibujado al medio.

El más bajo, retraído, rostro ovalado: ¿Gásfiter? ¿Mecánico?

El más alto, vendedor callejero, aunque tímido, comunicativo por autodefensa, risueño y ampuloso.

Grueso era el hilo del vino llenando las copas. Copa contra copa.

Un tintinear sordo y breve diluido por los otros:

—¡Salud!

“Empata el Gente de Mar”, y “ése me la va a pagar”, “para eso soy su amigo, su amigo de toda la vida”; “estaba acompañada cuando llegué a la pieza”...

—¿Por quién?

—¡Por usted, compadre!

—¡Por usted, socio!

—¿Y por quién más?

—¡Por el caballo!

—¡Eso mismo!

—¡Por el caballo!...

—¡Por nuestro socio, compadre!

—¡Por el que nunca falla!

—¡Al seco, entonces!

—¡Vaquita echada!

—Hasta donde usted diga...

—¡Aquí estoy!

—A su lado...

—Bueno, ¿pero estamos tomando o conversando?

—Tomando...

—¿Entonces?

—Nada, yo sirvo no más.

Se miraron con lealtad.

El más alto era moreno del Norte. Ya le había contado su historia: ahumador vecinado en el Sur.

—¿Usted ha comido tritre?

El más bajo, pescador:

—Hasta que llegó la ruina, la lluvia, el te-

remoto, el maremoto y perdí el bote, quedando con los brazos cruzados.

—El humo se le mete a uno en los ojos y en los huesos. Los niños se ríen gritando: “¡Cara de humo, cara de huuuumo!”

—En cambio nosotros, los pescadores: se pone la plata en la mesa y vamos pidiendo. ¡Cuando no hay más, a patadas para afuera!

—¡Salud!

—¿Cómo dijo, compadre, que no le oí bien?

—Salud, dije.

—Y yo (ja, ja), ¿estaré enfermo?

—¿Cómo se llaman esos ñatos con el pelo blanco?

—¿Al... albinos?

—Al... “vino”. ¡Salud, entonces!

Sonaron las copas y otros vasos chocaron también en el recinto. Otros sonidos subieron de volumen, como si algo se quebrara con cuidado hasta caer después en un nuevo silencio: en un abismo tal vez no muy profundo, y, de pronto, este silencio era invadido de nuevo agrupándose alrededor de aquella mesa y el nuevo ¡gol! estridente del Naval y los comentarios:

“Largaron un gato desde la galería con un paraguas viejo: se fue de un viaje.” “¿No ve que nunca habían visto un ballete?” “Lo mejor para los cortos de vista: comer maíz.” “¿Ha visto alguna gallina con anteojos?” “¡Y agarró el portafolio, ñor!” “El tapabarro, el espadrapo. ¿cómo se dice?”

—¡Salud, compadre!

—¿A quién le debemos el terno nuevo?

—¡Chih, al caballo!

—¿Y la casita?

—¡Al caballo! ¡No hay vuelta que darle!

—¡Estamos contentos, compadre!

—Claro, socio. Cuando vendía tritre ahumado las mujeres me espantaban las moscas, todas salían arrancando, pero ahora...

—Yo pregunto antes de seguir tomando:
¿Qué hubiera sido de nosotros sin el caballo?

—¡Quién sabe!

—Seamos sinceros.

—Yo tenía ganas de volver al Norte. Tomar el cautín y salir otra vez a soldar ollas.

—El pescado da, pero hay que sacrificarse. Cuando perdí el bote quise partir... ¿y dónde que uno más valga? Sin mentirle, la ola sería del porte de este bodegón. Se lo tragó todo. Yo fui a aparecer como a tres cuadras de mi casa arriba de un árbol. ¿Y el bote? ¡Nunca más se supo!

—Usted que la ha corrido, compadre.

—Dura ha sido la vida, socio. Un pescador sin bote es como un carpintero sin garlopa. Anduve tomando. —Aclaró los ojos con los recuerdos, luego el pelo sobre la frente, las manos levantadas como si fuera a dar un golpe—. Y uno mira el mar y el mar lo mira a uno como si contestara: ¿Y...?

—Aquí estamos.

—¿Y...? (pregunta el mar).

—¡Nada!

—Nadan los ahogados.

—Eso dicen.

—¿Y...?

—¿Y...?

—¿Quién le moja la oreja al otro? ¿Quién cruza la raya? El mar es así, cuando se le antoja. Vengativo, rencoroso. Y yo lo miraba como diciéndole: "Me la vas a pagar". Pero sabía que nunca iba a vengarme. ¿Con qué? Y el mar también lo sabía, por eso continuaba batiéndose tan ufano y seguro. Nunca gana uno: siempre vence el mar.

—No nos pongamos tristes, socio.

—¿Por qué?

—El pasado, pasado.

—¿Y qué me dice del caballo?

—Oiga, ¿quiere que le diga una cosa?

—¿Qué cosa?

—¡Socio, usted no se imagina lo que quiero al caballo!

—Yo también...

—Esta copa la vamos a tomar de pie... ¡por el caballo!

—¡Por él!

—¿Y sabe una cosa, compadre?

—¿Qué cosa?

—¡Usted sí que es un gran artista!

—¡Bah, ya se curó mi socio!

—No, nada de cuentos; ¡es la pura verdad!

—Usted no lo hace nada de mal, compadre.

—¡Pero usted nació con la gracia para hacer las cosas, socio! Nació artista.

—Menos mal que nos entendemos bien.

—Eso dicen.

—Mozo.

—Ponga la otra.

La noche se incorporaba a las viejas sombras llenando la ciudad de luces y nuevos rumores. Habían llegado el frío y la lluvia de esa hora en medio del chapotear de los borrachos incorporándose al mesón. Otros partían, otros venían de vuelta, tambaleantes, algunos con los ojos entreabiertos, unos pocos vociferantes, otros descargados de la tragedia del día contada entre vaso y vaso. Un trozo de la vida en esa hilera de botellas vacías. Y los niños llorando, la sonajera de la máquina de sumar, los discos de moda, la traición, el amor imposible o posible, el calor y el frío simultáneos, la frustración, la culpabilidad, el dolor, la sorpresa, la incompreensión, la transgresión de los sucesos y la interpretación de los códigos, los perros, las nubes bajas, la sinceridad, la honestidad en el pequeño trabajo, la justa repartición, la campana aleteando, distante y borrosa, débil, final, el sombrero entre re-

dondo y cuadrado, el pobre paraguas solitario.
En fin.

—¿Y el caballo?

—No se preocupe, socio.

—¿Nos tomamos la última y nos vamos?

—Usted dirá.

—¿Qué son cuatro botellas para dos hombres?

—Hmmm. ¿Sabe de qué me acordé?

—Cómo voy a adivinar, pues, socio.

—A propósito de las botellas, oiga. Cuando llegó el terremoto reventaron los fudres de Talcahuano.

—Reventó todo el mundo.

—Y los fudres. Se les cayó la aureola, ji. Saltaron los zunchos y empezó a correr el vino.

—¿Y usted?

—¡Ahí estaba su socio untándose los zapatos!

—¿Tomaría hasta que le dio puntada?

—Las mujeres arrancaban con las guaguas, gritando: "¡Se salió el mar, se salió el mar!", esperando que el viejo apareciera detrás de una esquina, pisándoles los talones.

—¡No era para menos, socio!

—Claro que no. Subimos a los cerros, y desde arriba se veían las calles de color morado, llenas de vino. Nadie quería bajar, sólo los perros.

—Se curarían con el olor.

—No, tomando. Metían la lengua en las acequias y después ladraban de lado, afirmándose en la pared.

—¡Bua!, ¿no me venga a decir que se perdió el vino?

—Una parte. Los más jóvenes se ponían de rodillas y comenzaban a tomar con las manos, ¿no ve que era gratis?, hasta escuchar el grito: "¡Que viene el mar!, ¡que viene el mar!", y salían arrancando.

Pidieron la cuenta.

—Estamos en la hora —dijo el más alto.

—Por lo que nos demoramos en vestirnos —contestó el más bajo.

Había dos noches al salir: la que quedaba atrás, al abandonar el bar, oscura, bulliciosa y personal, y otra más fría y nueva y fresca. Al fondo de la calle se levantaba la carpa del circo y las sombras de los espectadores recortábanse en las escalas de las aposentaduras.

Se doblaron como para embestir la llovizna. Después escucharon los pasos del mozo:

—Señor, señor, se le olvidó este paquete.

El payaso más alto miró al payaso más bajo.

El hombre pequeño desató el nudo y en medio de la lluvia apareció el arrugado caballo de lona con sus grandes lunares azules y amarillos.

Entraron al camarín del circo y comenzaron a maquillarse sin decir una palabra.

EL AURIGA TRISTAN CARDENILLA

Personajes:

Tristán Cardenilla.

Un caballo.

Popea, su mujer.

Lugar de la acción:

Barrio estación sureño.

PRIMERA PARTE

*...se ríe del caballo y su jinete.
(Job, 30, 18.)*

“¿Para qué sirven los viejos”, se preguntó, tratando de ubicar el dolor en el pie. Con la lluvia se mojaban el camastro, la silla de mimbre del dormitorio, el ropero de madera terciada, la mesa coja, las amarillentas cortinas de la pieza y la foto de su abuelo, también auriga.

Sentóse el anciano. El ruido del temporal terminó desvelándolo.

Relinchaba el caballo al fondo de la casa, mientras el hombrecito iba y venía apurando el fuego con la boca en medio de la humareda, tiznando aun más el espejo roto, los zapatos destripados, y su mujer, la Popea, durmiendo de bruces, sin sentir.

Después la rutina: acercarse al caballo, saludarlo con recias palmadas —crap, crap, crap—, ponerle los arneses, tomar una taza de agua caliente, salir al trote a la estación, y esperar entre el gentío y la lluvia la llegada de los trenes.

Así pasaron los años de la vida.¹

¹...porque los cortos años se van pasando (Job, 16, 22).

Tristán Cardenilla, triste, incomprendido. El caballo, meditabundo, viejo, y la Popea, el otro miembro de la familia, durmiendo o llorando.

Todo había cambiado con el correr del tiempo, y hasta el pulso del auriga ya no era el mismo. Ahora tomaba las riendas en otra forma, le faltaban seguridad, energía. Y hasta el castigo al animal y el sonoro "chui-chui-chui", para que apurara el paso, eran distintos. Desganado, casi sin voluntad. También el animal no tenía esa partida briosa de antaño. Ahora temblaba al frenar de golpe,² sudando en todos los recorridos, aun en los más cortos, echando espuma por la boca.

¿Hasta cuándo resistiría?

Cada nueva semana la ración era más mezquina: menos pasto y más agua. Tristán ya no lo miraba con la comprensión de antes, sino con vergüenza culpable. El caballo se daba cuenta de la situación, sin poder hacer nada por remediar ese conflicto, de la conciencia del auriga, que eludía toda explicación, sentado en la acera, mirando largas horas el paso de los modernos vehículos.

El auriga también estaba flaco. Comía de vez en cuando un pejerrey frito, uno solo, astillándolo fibra por fibra, como si fuera un gorrion, mojando en las noches un pedazo de pan duro con medio pato de vino.³

—Por aquí, por aquí —gritaba haciendo sonar las manos.

Los pasajeros se sorprendían al mirar las costillas del animal.⁴

—¡Estamos listos! ¡Subirse al chicoteado!

—¿Llegaremos?

²...y las rodillas trémulas, tú fortalecerás (Job, 4).

³...y si yo he comido solo mi bocado (Job, 21, 17).

⁴...sus rodillas como barras de fierro (Job, 40, 18).

—Mire que no vamos a llegar. Flaco pero firme.

—¡Apure el machucado, iñor, antes que se haga de noche! . . .

El animal se cimbraba con el peso de la carga, como si fuera a quebrarse, dejando la impresión de que iba separando enormes cantidades de agua, cortando fuego, pateando aire.

Una tarde se terminó el pasto. El auriga miró al caballo con más vergüenza que de costumbre, con ojos dóciles y rebeldes a la vez, silencioso, deshilachando una pajilla.

El caballo acusó el impacto, sintió un vacío en el estómago, tal como la necesidad de tener un dios que debe experimentar un penitente extraviado: un hueco, la dimensión espiritual, un aguijón golpeándole las tripas. La forma y el volumen del hambre.

—*Estás perdonado* —pudo haberle dicho el caballo. Y lo dijo:

—*Si no hay no hay.*

Bebería más agua que de costumbre para engañar el estómago. Sacrificaría su parte hasta los extremos más inconcebibles. Bestia y hombre, como es costumbre, seguirían compartiendo la misma deshonra del hambre, dorados por el último sol de la tarde.

En la casa, la Popea estaría vociferando, porque el auriga partió sin dejarle una chaucha para el almuerzo:

—*¡Con los amigos sí que eres manirroto! No te importa gastar, aunque yo ande a la huila. No tengo ni un polvito que echarme. ¡Parezco pantruca por tu culpa, viejo inútil!*

Para evitar estas escenas era preferible quedarse en la estación, mirar los pasajeros, esperar, recordar, dormir.

Cuando Tristán entraba al bar a pegarse el cañonazo, el caballo prefería mirar para otro lado. Después de todo, un hombre que se siente

solo, incomprendido, sin plata, tiene derecho a ponerle, pensaría el caballo.

Cruzaban la ciudad a duras penas, pasando por el Matadero, donde un día se conocieron. El caballo ya estaba en capilla para ser sacrificado y relinchaba de pavor. Las vacas, olfateando la sangre fresca, esperaban su turno con resignación. ¿Usted ha visto morir un caballo, cuando el matarife lo persigue con un chuzo y empieza a golpearlo como si quisiera enterrar un clavo en un pedazo de fierro? Observe primero los ojos de las vacas. ¡Cuánta burla en su mirada sentenciosa! ¡Ya te llegará el turno!, parecen decirle al matarife, sentencia que habitualmente se cumple. En cambio, al caballo le relampaguea todo el cuerpo, tiene miedo a la muerte, se le sueltan por separado los tendones, los muñones, los huesos,⁵ hierve, tiene frío, ira: no conoce la resignación.

⁵...que hizo que se estremecieran todos mis huesos (Job, 4, 14.).

SEGUNDA PARTE

En el hambre te redimirá de la muerte.
(Job, 5, 20.)

Hace quince años, esa madrugada, el caballo me estaba esperando, y eso que no nos conocíamos.

—¿Cuánto vale el animalito? —consulté simplemente “hecho”.

Unos ñatos se acercaron como para escuchar otra vez la pregunta, sin saber que había llegado al Matadero por equivocación después de discutir con la Popea. Para variar, nos dijimos de todo. Salí de la casa y empecé a hacer las estaciones. Entraba en cada bar del camino tomándome la caña, hasta que llegué al barrio Puchacay.

—¿En qué va a ocupar el matungo? —preguntó alguien.

—Esa es cosa mía —contesté.

—Es un clavo.

Y el caballo escuchando.

—Si quiere, lléveselo por veinte mil pesos —dijo el martillero.

—¿Veinte mil?

Escupí los billetes antes de empezar a contarlos.

—Me lo llevo; trato hecho —confirmé, sin pedir rebaja.

Hicimos varios aros en el camino, yo empujando la caña y el caballo muerto de la risa, entre quiñazo y quiñazo, tierno, agradecido, moviendo la cabeza y la cola, pasándome la lengua por la cara. En una de éstas, me puse a contar la historia alrededor de unos fudres, y los que estaban más emparafinados empezaron a llorar como niños chicos rodeando con los brazos a la bestia, hasta que llegaron los carabineros y nos dispersaron. Me sentía orgulloso del caballo, igual que si fuera hijo mío, y lo miraba de arriba abajo, como se debe mirar una cosa propia que uno termina de pintar por primera vez. El caballo la revolvía raspando la tierra, cruzando las patas, ufano, dispuesto a trabajar en lo que viniera, incluso horas extras, pero sin cobrarlas, claro está. Eso se le notaba en la cara.

Ahora era necesario preparar el terreno para evitar que la Popea pusiera el grito en el cielo. ¡Ella, que era tan sacrificada y soñadora, y que durante tantos años había juntado la plata chaucha sobre chaucha para el pie del terrenito! ¡Y yo la media embarrada que fui a hacer! ¡Comprar el caballo! Ella siempre cuenta que me tiene lástima, que la manejo sin ropa y sin dientes, que ando amurrado, que no me entiende, que no tengo otra mujer, pero que ando raro, que no hablo, que tomo y tomo, que el día menos pensado me van a encontrar muerto en el bar. Que no es vida la que vivimos. Y todo esto porque una vez, cuando estaba haciendo méritos en el circo para ser payaso, me pusieron a cuidar el león. Estaba tan flaco el pobre, que el administrador tenía miedo de que se lo robaran. Yo me llevé el botellón a la jaula y nos pusimos a tomar a medias, y cuando amaneció no estaba. A mí me echaron, cortando mi carrera profesional. Me desmoralicé y nunca pude explicarme

por qué el león no pegó ni un rugido siquiera cuando se lo llevaron; tal vez porque era tan humilde como yo. Era medio mongólico el animalito: quedó así después que nos pilló un terremoto en Nipas y le cayó una tremenda viga en la cabeza y entonces empezó a transmitir como esos boxeadores que tienen la radio mala cuando les entra gente al patio. Hablaba de puras grandezas, en el Africa. Y aunque le arreglaron la cabeza ya nunca fue el mismo, y después le vino la amnesia y no se recordaba ni del nombre de su abuela, y lo peor del caso es que decía que era gato, renegaba de su condición de león. Esto nos tenía amargados a todos, porque ya no sabíamos qué inventar para convencerlo de que era bravo, y cuando lo sacaban a la pista de aserrín se lo pasaba bostezando, aullaba, piaba y el domador hacía el gran ridículo, y la gente se moría de la risa, pero el león no se daba por enterado y todos sufríamos por igual.

Anduve cesante algunos meses y cufifo. Usted sabe, en el Sur no falta. La Popea me sacaba la ropa y los zapatos y con la botella de tinto, pero vacía, improvisaba un guatero y después se ponía a preparar un loco falso con hartó ají y su huevito caído, pero mostrando la cara larga, refunfuñando.

Así seguimos viviendo. Un día parando la olla y otro no, pidiéndoles a los vecinos algún huesito sobrante, un poco de té de segunda mano, para sacarle el jugo y calentar el estómago, que es lo principal, porque la mujer tiene que estar con uno en las buenas y en las malas, y si hay puras malas, ¡qué diablos! Y si se va, uno queda con más ganas de tomar, y total, ¿qué saca? La Popea siempre regresaba, y entonces vamos pidiendo fiado su litrito o dos para celebrar el acontecimiento, porque llorando uno se explica mejor. Ella juraba que me tenía mal criado con la caña, aunque yo trataba de conven-

cerla diciéndole que tomando uno anda calientito por dentro y algo de estas brasitas le tocan a ella, que parece piedra por las noches, ya a los sesenta años.

—Aquí estoy, Popeíta —dije llegando montado.

—Sí, ya lo veo —contestó, echándole una mirada al caballo.

—Es nuestro.

—¿Nuestro?

—Sí, tuyo y mío —le expliqué para consolarla.

—De tu abuela —me contestó con rabia.

—Bueno, de tu abuela, tuyo y mío.

—¿Y para qué queremos esa jiltrafa? —gritó.

—Nos ayudará a trabajar.

—Si está que se cae de calambriento —protestó la vieja.

—No creas —traté de seguir defendiendo al caballo, que se sentía hartó mal por el giro que tomaba la conversación.

—¿Cuánto te costó?

—No, si me lo regalaron.

—Sabís qué más: regalado está caro.

—Popea —le dije—. Cuidado, que entiende.

—Ah, ¿sí? ¿Qué va a entender ese tontorrón!

El caballo se rió, cómplice, encogiéndose de hombros, guiñándome un ojo.⁶

—No ve, ¿no ve?

La Popea se anduvo asustando.

—Pero, viejo loco —dijo—. Si no tenemos para comer los dos. ¿Qué le vamos a dar a este pobre animal?

“No se preocupe —parecía contestar el caballo—. Ya nos arreglaremos de alguna manera.”

⁶...mas, pregunta si quieres a las bestias, que ellas te enseñarán (Job, 12, 7).

—¡Saldremos a vender el pescado a caballo!

—Torrante, ¡tenís delirio de grandeza!

—Escucha, Popea. Si andamos más rápido, más vendimos.

—Ñe, ñe, ñe —remedó ella con su boca fofa.⁷

—¿Qué haremos —pregunté— para que nos dejen entrar?

—Yo o el caballo —exigió la vieja.

—Ni tonto —le dije—. El caballo.

—Desalmado, yo que... (etc.)

—No es para tanto, señora. Hay que marchar con el progreso.

—¿Cuánta plata te sobró, botarate?

El caballo miró para otro lado.

—Ni cinco, Popeíta.

Me tiró una botella.

Empezó a llorar:

—Bueno, por esta noche, pasen. ¡Pero que me condene si mañana no los echo a la calle! Mira cómo ando yo, escondiendo las chauchitas y el cabeza de tiuque —así me llamaba cariñosamente— ¡comprarse un caballo! ¿Es que tenís los alambres pelados, uiste? Tenís que devolver el caballo, ¿uiste? Un terrenito es lo que nos hace falta. Pa tener siquiera donde caernos muertos, ¿uiste?

—Ah, no —dijo el caballo con tono resuelto—. Yo me voy.

—Usted se calla —le dije con voz autoritaria—. A esta vieja me la conozco de memoria —agregué para confortarlo en la hora de prueba.

—Pero si vamos a pasar como el perro y el gato, yo me voy —sostuvo.

—Yo te aseguro que no —insistí.

“Popeíta —argumenté, una vez que el ca-

⁷De su boca procederán antorchas encendidas (Job, 41, 19).

ballo quedó en el galpón destartelado—. Tenemos que mirar el futuro con ojos realistas. Ponte que mañana no salga más la sierra y la pescada. ¿Dónde iríamos a parar? Mientras que con el caballo vamos a capitalizar algo, ahorrar no sólo unos pesos para comprarnos un terrenito, sino hasta una casa propia.

—¿Cierto? —preguntó la vieja abriendo los ojos.

—Cierto —le contesté—. Y quién te dice que el día menos pensado compramos un segundo caballo y después un tercero y terminamos poniendo una fábrica de caballos, ¿ah?

Pero la Popea no aflojó, y al día siguiente se mandó a cambiar temprano.

Llegué a la playa y los pescadores al verme montado se impresionaron y tuvieron más confianza y hasta me fiaron un canasto de "mono",⁸ por primera vez en la vida.

Grité como condenado por los cerros, golpeando las puertas desde arriba del caballo, explicándole a cada cliente que habíamos ampliado el negocio, que estábamos dispuestos a vender a domicilio desde un pejerrey hasta una tonelada si llegaba la ocasión.

Regresé con toda la plata y se la entregué a la Popea. Se puso contenta y con unas "nylon"⁹ que nos habían sobrado empezó la fritanga. Yo fui a buscar la pitarrilla, porque después de todo no hay como tomar en la casa, y se armó la fiesta: el caballo mirando la tierna escena, comiendo su pescada frita que la vieja le preparó para él solo, y nosotros cacheteándonos igual que en la Biblia, cuando a esa gente buena se le terminaba el pan y llamaban al Señor y El se lo multiplicaba, y con el pescado igual Pascual.

⁸Congrio negro.

⁹Pescada añeja de color opaco.

La alegría duró poco. Creo que la Popea se empezó a poner celosa del caballo, porque yo hablaba más con él que con ella, es decir, con él tenía más confianza, éramos más amigos, ésa es la verdad, a pesar de las dificultades del idioma. Pero superábamos esos inconvenientes, a veces con una mirada que valía quizás por cuántas frases, con algunos gestos simples, mientras que la Popea se lo pasaba gritando todo el día con el garabato en la boca, dale que dale,¹⁰ hasta que tenía que aforrarle un combo, y el caballo se tapaba la cara para no ser cómplice de estas trifulcas, que eran el pan de todos los días. La vieja no podía ver al animalito ni en pintura y el caballo le pagaba con la misma moneda, haciéndole morisquetas o dándole ni que media patada al menor descuido. Hasta que la Popea pegó el grito:

—Esto se acabó —dijo, y agarrando la olla se fue a la casa de su mamá, como siempre, jurando que no volvería nunca más.

Quedamos solos, comiendo donde nos pillaba la hora, hasta que empecé a empeñar el caballo. A veces lo recuperaba, otras no. Un compadre se compadeció y me propuso una sociedad con una victoria que él había rematado. Sacamos la patente municipal y nos empezamos a parar en la estación con el chicoteado, esperando la llegada de los pasajeros de los trenes. Pero algo se quebró entre el caballo y yo. Quedó sentido, ya no era el mismo, no me tenía la misma confianza de antes. La tristeza era sólo para él, le costaba compartirla. Bastaba mirarlo para darse cuenta. Y por más que trataba de hacerme amigo de nuevo, convidándole un pejerrey frito, su medio pato, él nada. Era orgulloso. Y aunque nunca me lo dijo, lo que le dolió fueron

¹⁰Tu propia boca, y no yo, te convence de maldad (Job, 15, 5).

esas noches en blanco que pasó empeñado, mientras yo andaba en las tomas.

Pero seguía entendiendo todo, o casi todo. Y cuando no podía comprender algo, le hacía empeño. Todavía nos gustaba ver caer la lluvia, tristes los dos, pero cada uno por su cuenta, cada uno con sus recuerdos.

Y ahora que no puedo darle de comer, pienso que hubiera sido mejor que lo mataran, pero me rebelo y no lo dejo solo y a veces tengo la sensación de que juntamos las dos hambres, porque así son de profundas nuestra amistad y nuestra miseria.

El caballo hace lo posible por tenerse en pie, mascando cualquier cosa: un pedazo de cáñamo, una colilla, papel de diario, sabiendo que tarde o temprano mejorarán las cosas, que le estamos haciendo empeño a la vida, que después de la mala viene la buena, que algún día tendremos har- to pasto y su zanahoria y avena de segundo y postre, que yo descansaré con la Popea debajo de una sombra con un buen causeo y alguna otra cosita para bajar el asado de plateada con chanco en piedra.

Una tarde, trotando por la Avenida Prat, noté que el animal pisaba en falso, como si tuviera dos patas más largas o más cortas que las otras, dando bote, soltando el freno. Comprendí que se estaba muriendo, mientras se justificaba con humildad: *Hasta aquí no más llegamos, viejito.*

—¿Te vas a ir, entonces? —le pregunté.

—Llegó la hora —confesó con tristeza el caballo.

—¿Qué es eso! —le dije para darle ánimo.

—¿Puedo pedir algo? —consultó.

—Claro que sí.

—¿Así a lo amigo?

—A lo amigote.

—¿A lo cumpimpa?

—A lo cumpimpa —acepté, llorando.

—Es algo que no tiene importancia.

—Pide, pide lo que quieras —agregué, sonándome.

—No quiero que los niños me tiren piedras —dijo justo cuando la muerte le llegó a los ojos y se los puso duros, como de vidrio, y yo me quedé mirando en ese reflejo frío.

Había empezado a llover, lentamente, como para abrigarnos, como para protegernos, como para herirnos aun más.

Llegaron un carabinero y un fotógrafo.

Busqué un bar, me despaché dos botellas al hilo, tratando de contar la historia de un caballo muerto bajo la lluvia que no interesó a nadie. Pensé, mientras miraba el temporal, que usaría corbata negra, para recordar su memoria, igual que esos viudos que uno ve en la calle, sin saber para qué lado partir, solos, solos, pero tan solos, que dan ganas de abrazarlos, de decirles algo para que no renieguen de la vida y de la hermosa luz que nos alumbra a cada instante.

LA BOCA, LA BOCA

Personajes:

Un charlatán, varios "palos blancos", transeúntes, un niño, una boa profesional, varias cajitas de pomada.

Lugar de la acción:

Alameda casi esquina de Bandera.

El charlatán sacó del canasto la boa auténtica. Un río corto en movimiento que tenía comienzo y fin para iniciar el espectáculo y atraer la curiosidad de los transeúntes de la gran ciudad.

El sol de mediodía estaba dividiendo las cosas: los destellos, los rostros, sus sombras, los edificios, la soledad, los ruidos. Entonces la boa se movió como el océano tranquilo, apenas una oscilación mínima, un fantasma saliendo del sueño con pereza. Se le notaba la responsabilidad profesional: había llegado la hora del trabajo junto al hombrecito que ponía en orden las pequeñas cajas de pomada. A su lado el gentío caminaba entrando y saliendo de las puertas sin fondo del comercio y las iglesias.

—Por encargo de la fábrica —gritó el charlatán poniéndose la boa como una sogá en el cuello, curvándose al sentir su peso, explotando ese brillo aceitoso pero rápido del reptil redondo como manguera de bombero.

Era el momento de predicar en el desierto su verdad en medio de los rostros planos, de las

gentes sin nada adentro, apenas los ojos pasando como chispazos entre los semáforos y el tictac de sus pasos vistos desde la altura como si les hubieran dado cuerda a cada uno antes de salir de sus casas.

—Por encargo de la fábrica —repitió, escuchando la nada, la multitud vacía.

Tal vez la boa sintió frío; el sol cambió de lugar en su piel, contra su piel: las pequeñas luces también se mudaron con estremecimiento.

El charlatán continuó hablando con nadie, a sí mismo, a la boa, repitiendo las 3.500 únicas palabras de su discurso sin fin, remarcando las 3.500 pausas tan metódicamente controladas por la experiencia de los años.

En ese momento llegaron sus colaboradores, los “palos blancos”, los compradores ficticios, los estimuladores del interés callejero. Uno era alto y el otro bajo; se diría que la boa se movió al verlos. Era el resto del equipo.

—...por encargo de la fábrica traigo esta pomada milagrosa. Yo no pago patente ni arriendo, y por eso estoy en condiciones de... —Corrarle el paso a la gente, detener el trajín, es como abrir un hoyo en el agua, decía el charlatán a su mujer en las horas de descanso cuando confesaba las dificultades del oficio.

Es como si la voz del charlatán (mía) marcara un número equivocado y acertara y en el otro extremo otra persona escuchara, el único ser sobre la tierra dispuesto a oír, mientras los otros hablan, hablan, hablan, se hablan ellos de ellos mismos y se contestan ellos mismos contra ellos mismos y la voz no se detiene nunca, desde que viven hasta que mueren en un solo chorro, un solo canal, el único precipicio que se eleva y desciende y transfigura las cosas, y las deforma o las hace más bellas y siguen hablando, hablando, hablando... sin poder escuchar.

—¿Cuánto le costaría esta pomada milagrosa en una farmacia que tiene tantas luces, tantos empleados, tantos gastos?: el triple. Yo no tengo nada contra el comercio legalmente constituido, pero no crean ustedes que lo digo por interés. No se verán en otra —repetía el charlatán, moviendo el dedo en forma sentenciosa, como un apóstol.

Su voz se elevaba sobre las otras miles y miles de voces superpuestas y escalonadas que iban pasando en ese momento por la calle, voces que se habían quedado afuera de los rostros y del alma, refunfuñando, protestando, amando, comprendiendo, solicitando, huyendo, martirizándose hasta volver a su reducto original, el gigantesco silencio de la ciudad, de las frenadas bruscas y los escándalos rojos de las noticias de primera plana de los diarios y el maní caliente y el ruido hondo de las campanas.

La voz del charlatán adquiría entonces un color distinto, un volumen diferente, una capacidad para trepar entre las otras voces de la selva, como un trapecista equilibrando su número, su gracia, entre sílaba y sílaba.

—Es como tirar muchos anzuelos —le confesaba el charlatán a su mujer.

Hay rostros que compran y otros no. Están haciendo hora. Eso se sabe. Uno mira y puede descubrir los que están escuchando, los que se hablan a sí mismos dejando la conversación del charlatán en otro plano, de fondo, pero a la larga compran, a veces a la segunda rueda, después que el discurso de 3.500 palabras empieza a repetirse y dice las mismas exactas cosas igual que un hombre a su mujer después de vivir mucho tiempo juntos. Entonces se deciden y sacan la plata y el “palo blanco” dice con voz solícita: “Por favor, déme una”, y yo contesto: “Con mucho gusto, señor”, “es un producto garantido”. Y luego “pica” el resto, hasta cinco por rueda los

días de suerte y con eso ya uno saca su utilidad.

Yo mismo, donde usted me ve, estoy costean-do los estudios de mi hijo poniendo la cara en la calle. Primero la cara se cae y después no. Mi hijo todavía cree que trabajo en una oficina, nunca quise decirle. Y eso que tiene doce años. Está en un colegio caro, en un colegio particular.

—...esta pomada es el producto de pacientes años de estudios en los mejores laboratorios del mundo...

Rostro indiferente.

¿...cuántos hombres de ciencia se han quedado pestañas...?

Rostro curioso.

—...estos científicos han pasado años enteros, día y noche, mirando por el microscopio los bichitos, viéndolos caminar, saltar, jugar...

Rostro ambiguo.

Cinco rostros más. Un rostro lleno de rayas como el dibujo de un niño, irregular, inseguro: una madeja con las huellas de la vida, trozos de experiencia, del dolor humano.

—...así es la cosa, señores y señoras. Esto no es juguete de niños chicos. La pomada lleva el sello de un laboratorio solvente, sol-ven-te, que lo distribuye por el mundo entero.

La boa hace ondular los reflejos del sol desde la cabeza a la cola, ocre resbaladizos bajando a tropezones por su piel, como un ciego huyendo de un incendio, verdes más encendidos por el calor, azules directos, destellos casi de plata, plata pobre, plata vieja.

El círculo de rostros curiosos aumenta. Primeros, segundos y terceros planos.

Cuando recién empecé parecían todos iguales, pero más tarde con la experiencia uno descubre que son distintos, y algo extraños: no se olvidan nunca.

—...aquí tengo un documento (lo muestra), es una carta de una persona que estaba desahu-

ciada por los médicos. Vendió una casa para costear su enfermedad. Con decirles que fue hasta donde una meica y nada. Pero un día que iba pasando por este lugar escuchó mi palabra y llevó una cajita de pomada y a la semana me vino a dar las gracias, estaba sana y buena y parecía que venía del liceo, y eso que tenía 80 años, la viejuca.

Rostros en hilera, en fila, casi transparentes, movibles, desplazándose, intercambiados.

Se mira con el rabillo.

El que va a comprar tiene un fulgor en los ojos, es una lucecita, y eso también se aprende. Es como si se pusiera orgulloso, se mueve. Y uno va sacando la cuenta. . . Y uno mira otra vez la multitud indiferente y veo el rostro de mi hijo.

Me estaba condenando con la mirada, y el grupo de sus compañeros de curso no entendía, pero la clavó descubriendo al padre actor que (soy yo) con su impecable camisa blanca, retrocediendo, levantando las manos en un gesto de espanto y luego de tomar un poco de aire, volver a la carga: conmover, estremecer a ese bloque de curiosos que costeaban su matrícula, sus libros, su uniforme, los zapatos. Quise arrancar, dejar la boa botada y la mercadería, pero recordé que era un profesional y llegué hasta la palabra 3.500 y vendí más que nunca y hasta uno de los muchachos que acompañaban a mi hijo me compró una cajita. Y después dije: "Está bueno por hoy".

Y nos dispersamos.

Les di su parte a los "palos blancos" y comencé a enrollar la boa más temprano que en otras oportunidades. Y mi hijo mirando la maleta donde guardaba la mercadería, las cajitas sobrantes. Escuché su voz como debió oír la mía, separada por completo del ruido infernal de los

motores y las palabras tantas veces entrelazadas de los transeúntes.

Entonces tomamos el camino de regreso.

El me iba haciendo cargos (creo yo), pero el trabajo no deshonra a nadie, el trabajo de hablarle a la gente para que compren lo que no les hace falta.

Yo le iba contando lo que había sido mi vida y las dificultades que encuentra un padre para educar a su único hijo. Tenía miedo de que no me entendiera, por eso le hablaba, aunque sólo para mí.

Pero él contestaba con orgullo que éramos amigos, que le gustaba contarme todo lo que le pasaba. Pero seguía sin hablar rodeado por nuestros dos silencios, escuchando los infinitos ruidos. Los ruidos solemnes y los fabricados en serie por la frivolidad y la costumbre de vivir.

Yo tengo la impresión de que nos mirábamos por una esquina de los ojos, sin apurar mucho el paso, como tratando de preparar el terreno para decir algo, para decirnos alguna cosa, pero ninguno de los dos quería hablar primero. A mí me parecía que el muchacho iba reflexionando, ya un poco anciano en ese momento, pensando a lo mejor que su mamá tampoco sabía que yo era "charla", que me ganaba la plata en la calle subido a una tarima como un actor aficionado, exagerando los gestos, estudiando a la gente para venderles las cajitas. Yo le iba diciendo a mi hijo, sin decirsele, que muchas veces intenté hacer algo distinto, entrar de nuevo como empleado de alguna tienda o almacén, pero me sofocaba ahí dentro de las cuatro paredes, hablando poco o casi nada, sin libertad. Y sobre la libertad le voy a hablar si me dice algo, pero no me dice nada, sigue callado mientras caminamos por la gran ciudad escuchando cada uno su voz y ahora me pide si puede llevar el canasto con la boa que siempre guardo en la casa de un amigo

y yo le tomo el bolsón y seguimos hablando metidos en nuestros silencios. Siento que el silencio de él es más tierno, como debe sentir un padre el silencio de su hijo cuando el hijo comprende. Cuando comprende todo o una parte del silencio de su padre y así pueden llegar casi abrazados a la casa, riéndose, riéndose en tal forma que la gente que no sabe de qué se trata, también se pone a reír.

Nicolás Ferraro.

Hoja biográfica

Nació en Pampa Unión, en las cercanías de Antofagasta, en 1919.

Es arquitecto y profesor de Matemáticas y se desempeña actualmente en la Universidad Técnica del Estado.

Ha escrito *Salar Grande* (inédito); *Terral* (Ediciones Alerce, 1959), novela corta sobre un poblado muerto de la pampa salitrera; *Sed por Dentro. Poemas* (Ediciones Alerce, 1959), en el que hay poemas tan hermosos como "No Olvides a tu Patria" y "Los Pampinos", e *Inmóvil Océano* (Ediciones Alerce, 1965).

Toda la obra de Ferraro es un cántico, una elegía a la pampa muerta y desolada. Hay en sus versos influencia de Miguel Hernández y, en su prosa, detalles garcimarquianos, ya en 1959.

Los cuentos que incluimos pertenecen a su último libro, *Inmóvil Océano*.

HACIA EL MAR

Estábamos sentados sobre nuestras cosas en mitad de la calle Angamos. Con el sol arriba y el viento corriendo entre los muebles, las ollas, los cajones con letras negras. Un buitre planeó sobre la pampa gris. Desde el cielo abierto, plomizo, sucio de tierra, caía la angustia sobre el silencio y la soledad de la oficina casi despoblada.

Estábamos todos sentados sobre nuestras cosas: mamá con el Jecho apretado entre los brazos, sobre la vieja mesa de la cocina, con sus ojos melancólicos y su cara seca, dura en el aire, de india. Papá sobre un canasto lleno de ropa. Jacinto, mi hermano mayor, con la jaula del canario todavía en una mano y su rostro grave de varón reciente, a horcajadas sobre una maleta.

Yo me había metido dentro del coche del Jecho. Movía las piernas flacas y canturreaba sin alegría. Sólo por costumbre. No tenía ganas de correr. Ni de burlarme de Jacinto ni de reírme del Jecho. Movía las piernas y la canción me ponía triste y la tristeza daba a la canción una melancolía más profunda y esta melancolía me

apenaba otra vez y movía las piernas como si hubiera estado alegre. Pero casi lloraba. Sin asunto. Y no paraba de canturrear.

Nos habían dicho que los camiones nos recogerían a las tres. Eran ya más de las cinco y los vehículos no aparecían. Nadie parecía tener prisa. Hasta el Jeeho se veía cansado y enfermo, víctima de una estupefacción idiota parecida al sopor.

Seguramente habíamos terminado por resignarnos y estábamos cada uno rumiando una propia y diferente desventura frente a la casa vacía, sucia, por donde ahora se colaban el polvo y el viento con aire de dueños. Todo tenía ya la huella de la soledad y el abandono: las ventanas abiertas, la puerta de roble americano batiéndose apenas, los papeles por los corredores y el patio, la malla de los gallineros brillando al sol, el pimientito, la llave de agua que goteaba silenciosamente sobre las baldosas, hasta el rumor de las alas de los buitres.

Nuestros vecinos esperaban también. El viejo Rupe con su *entenada*; los seis hijos pequeños de Eleodoro Soto; el jorobado Hortensio Fuentes; Manuela, la mujer de Tristán, el que tocaba guitarra en la filarmónica; Lucho, el gran macho, con sus dos mujeres.

Sudábamos bajo el sol amarillo y alto, jadeantes, muertos de sed, exasperados.

—¿Y...? —preguntaba alguno—. ¿Se ve algo por el camino?

—Una vaca roja con un sombrero de tul bailando cueca.

—Será tu abuela, la loca.

—Este huacho Hortensio está que trina por irse. Ya mentó a mi pobre abuela.

—¿Y cómo no? Harta tierra que he tragado en esta oficina del demonio. Harto que me asé al sol, compadre. Ahora me viene la impaciencia. Y toda la sed junta. No hay agua en el mun-

do que me haga sentir con la garganta limpia.

—¿No lo sabe eso cualquiera? ¡Buena cosa! ... Para tener limpia la cañería de bajada no se usa el agua, pues, Hortensio, por mi madre. Es el vino el que sirve.

—Esto es humillante —se quejó mi padre desde el canasto—. Es humillante, la pura.

—No te enojés, hombre —dijo mi madre. Meció al Jecho. Había comenzado a llorar—. No hay para qué.

—Es humillante —repitió mi padre sin enojarse—. Nos prometieron el camión para las tres.

—Ya lo sé —replicó mi madre entregándole un pezón maduro al Jecho.

El pezón debe de haber reventado en leche blanca, porque el crío comenzó a chupar con deleite.

—Una compañía podrida en oro como ésta no debería enviarnos camiones —comentó la primera mujer de Lucho, rascándose el brazo derecho—. Un tren especial, eso es lo que mereceríamos.

—Para nosotros no hay más que un par de camiones podridos y piojosos —dijo la segunda mujer de Lucho—. Menos mal que nos vamos de esta ratonera mugrienta y asoleada. ¡Volver al puerto, la pucha! ¡Allá sí que vale la pena vivir, recontra! ¡Ya me veo bailando con el Lucho en la Sociedad de Fleteros otra vez! ¡Dejar brillante el piso y quedar sin zapatos!

—En el puerto hay muchas oportunidades para las perdidas —señaló mi padre—. Más que en la pampa. Una perdida, además, vive bien en el puerto. Tiene con quién ganarse la vida.

—¿Dijo algo, don?

—Nada. Nada —dijo mi madre.

—No te metas en mis cosas, vieja —gruñó mi padre belicosamente—. No te metas en mis cosas jamás. Yo tengo mis opiniones y tú mantie-

nes la boca bien cerrada. Ese es el orden natural de las cosas.

—Pero no tienes por qué ofender a nadie, viejo.

—No ofendo a nadie. Digo la verdad purita no más. Y al que no le guste, que se vaya.

—Oye, Lucho. Este viejo de moledera está ofendiéndola a una, y sin provocación.

—¡Cállate, m...! —exclamó Lucho didácticamente.

—La tuya —replicó la mujer.

Lucho hizo un gesto de amenaza y la segunda mujer corrió llorando a la casa desocupada.

—El calor y el esperar ponen los nervios de punta —dijo la primera mujer de Lucho—. A nadie le gusta, además, que lo lleven de un lado para otro, como un bulto cualquiera.

—Eso es mor-ti-fi-can-te —asintió mi padre—. Dice usted bien, señora.

—¿Por qué? —preguntó Lucho pestañeando—. Podrían habernos dejado aquí, botados. Nos dan transporte gratis, nos pagan una bonificación compensatoria y hasta trabajo le consiguen a uno en el puerto. Son hartos generosos, si uno bien mira las cosas. ¿Qué más podríamos pedirles?

—A mi marido también le consiguieron trabajo en el puerto —entonó con orgullo mi madre—. El mismo míster Práietu se preocupó de recomendarlo y ubicarlo.

—Míster Práietu es chileno —dijo Lucho pasándose una mano por el rostro oscuro—. Es el señor Prieto, no míster Práietu.

—Es gringo, bien gringo —insistió mi madre sonriéndose. El Jecho estaba ahora prendido al otro pezón—. Hasta los dientes de caballo de los gringos tiene. ¿Y se han fijado ustedes cómo habla?

—Es chileno —repitió Lucho—. Y se ha portado bien. Eso es raro. Los místeres chilenos son

peores que los gringos, en general, se sabe. Míster Práietu es de otra clase.

—Su trabajo no más hace —intervino mi padre, molesto—. Míster Práietu es igual que los otros. Ni mejor ni peor. Es *la compañía*. Todos ellos son *la compañía*. No son mejores ni peores. Ni siquiera son humanos. Todos ellos, a la larga, pasan a ser hombres, a ser *la compañía*.

—Cómo tú quieras, hombre. Pero míster Práietu te consiguió trabajo en el puerto.

—¿Y qué? Siempre tiene que ser horrible estar transformado en compañía. ¿Qué pensarán? ¿Mirarán a los otros hombres con los mismos ojos que a otros rubros de gastos? Somos números de la sección Contabilidad, clases en el Bienestar, agujeros que consumen en la Pulpería. Se acaba aquí la materia prima y se llevan a otra parte los libros, los engranajes y las ruedas dentadas. Y nos transportan también a nosotros. ¿Qué más? Esa es toda la bondad de míster Práietu.

—Hace calor —acotó Hortensio aburrido—. Alcanzamos a tomarnos una cerveza donde el maestro Marfán antes que el camión llegue. ¿Vamos?

—Sí, sí —dijo Lucho con entusiasmo—. No llegará antes de las siete el primer camión. Y si llega antes, peor para los que vengan a cargar. Tendrán que esperar, como nosotros hemos esperado, carajo.

—¿Puedo ir contigo, Luchito? —preguntó con zalamería la primera mujer de Lucho.

—¡No! —gruñó Lucho.

Se fueron, Hortensio con su joroba, el silencioso Soto, Lucho con sus anchas espaldas de pampino y su cara socarrona y recia. Un rostro que calzaba bien con ese macho capaz de mantener a raya a dos mujeres a la vez.

Mi padre se levantó del canasto y permaneció un momento inmóvil mirando alejarse a

los tres hombres, rodeados de un polvo leve que el sol declinante doraba. Dio dos o tres pasos como para seguirlos, pero volvió a caer a su canasto.

La primera mujer de Lucho levantó un puño amenazante hacia las espaldas de Lucho.

—¡Tacaño desgraciado! ¡Tacaño de molede-raaa!

—¡Tu abuela la loca! —respondió Lucho sin volverse.

—¡Tacaño asquerosooo!

Lucho se detuvo y dio dos o tres pasos hacia nosotros. Eso bastó a la primera mujer. Casi corriendo, perdidos el enojo y la bravura rencorosa, entró a la casa de Lucho a encerrarse con la segunda mujer. Con un miedo que se olía en el aire.

Mi padre, riendo a gritos, se cayó del canasto. Aún en el suelo seguía riéndose, dando puñetazos a la acera seca y dura. Jacinto movía la jaula del canario, sacudido por esas risas silenciosas que lo ahogan a uno, hasta que estalla en carcajadas. Pero Jacinto no estallaba. Se sacudía con el rostro morado y la boca abierta, sin alegría aparente. Hasta que por fin aulló retorciéndose, mientras el canario volaba espantado dentro de la jaula, golpeándose contra los alambres, contra el trapecio.

—¡Es hombre el Lucho! ¡Es hombre, la pura!

—Es bien hombre el Lucho.

—¡No le dará vergüenza! —rezongó mi madre, pero sonriendo.

—¿Por qué? Si las mujeres lo manejaran a él tendría que morir de vergüenza. Pero las mantiene a las dos amaestradas. Es hombre el Lucho, la pura.

Se levantó el viejo, sacudiéndose los pantalones con sus gruesas manos tostadas de pampino.

—Me caí de la risa. Me caí del canasto de pura risa.

—Lo sabemos —dijo mi madre. Todavía sonreía, enseñando sus blancos dientes de india.

Entonces el viento sopló con furia. Mamá envolvió al Jecho en una manta. Jacinto dejó la jaula del canario sobre la mesa de la cocina, junto a mi madre, y se frotó las manos con aire incierto. Era una especie de hora de los fantasmas, y canté con voz alta y clara para exorcizarlos, pero permanecieron rodeándonos, cargándonos el alma con cenizas frías, recuerdos, alaridos.

—Voy a mirar la casa —murmuró mi padre—. Voy a mirar la casa por última vez. Se ve fea así como está, vacía, sucia, pero quiero mirarla otra vez.

—Le pondremos muebles —acotó Jacinto— con la memoria. Voy contigo, viejo.

Entraron a la casa. Cerraron la puerta, casi con pudor. Pero no estuvieron mucho tiempo en el interior. Me parecía natural, después de pensarlo un poco. ¿Qué interés puede tener alguien en ver una casa que se sabe de punta a cabo y que está vacía? Sin embargo, Jacinto traía los ojos llenos de lágrimas y el viejo miraba hacia la lejanía mientras le temblaba la barbilla.

—¿Por qué lloras, Jacinto? —le pregunté.

—El pimientito se secará —respondió—. El pimientito se secará y la casa. . .

—¿Lloras por el pimientito, Jacinto?

—Andate. . . a la punta del cerro —replicó.

—Sólo quería saber por qué llorabas.

—Andate. . . donde te dije.

—Por supuesto que el pimientito se secará —señaló mi madre—. ¿Quién lo regará ya nunca? ¿Quién querría regarlo? Nadie lo regará, nadie pondrá una mesa con una ensaladita de cebollas y papas cocidas y un aliño de perejil a su sombra.

—Para un árbol, secarse es morir —sentenció Jacinto—. Se morirá el pimiento. Se morirá el pimiento. Desaparecerá esta casa donde vivimos.

—Era una buena casa —dijo mi madre, con pena ahora—. Era una buena casa. Pero la hemos dejado vacía. La desarmarán y venderán las maderas y las puertas y las ventanas y los tejados y llegará el día en que ninguno de ustedes, mis hijos, podrá decir dónde nació, porque no existirá ya la oficina.

Mi padre se pasó la mano gruesa por el pecho, como para arrancarse de su interior algo que le dolía.

—Iré a tomarme un par de cervezas. O un par de docenas de cervezas. Con Hortensio y Lucho. Y Eleodoro. ¿Te traigo algo, mujer?

—Nada —dijo mi madre.

—Una bebida refrescante —sugerí con alguna esperanza.

—Tomaremos agua. Aún hay agua en las cañerías. El agua es buena.

—Una bebida gaseosa, ¿sí? —pregunté sin ilusiones ya.

—Tomarás agua como dice tu madre. Tomarás agua —insistió Jacinto.

—¿Y tú?

—Te dije que podías irte... a la punta de aquel cerro.

—Vamos, Jacinto —dijo mi padre secamente.

—Siempre Jacinto puede hacer cosas que yo no puedo hacer.

—Ya tendrás la edad que él tiene. Hay que esperar —expresó mi padre.

Se veía viejo caminando, cogido del brazo de Jacinto. Vencido. Cansado. Miraba a su alrededor y todo estaba muerto, vacío. Las casas desnudas. Las chimeneas negras sin humo, sórdidas. Las calles sin rumores. Sin perros. Una

calle está absolutamente abandonada sin perros. El viento lloraba su angustia y el sol sangraba en el cielo.

Y de pronto el tiempo cayó como una losa sobre nosotros y el Jecho se durmió y el canario se detuvo por fin en su trapecio y se quedó inmóvil como un montón de plumas amarillas sin canario debajo y mi madre miró hacia el cielo, sus altos pómulos brillando, donde parpadeaban las primeras estrellas tan grandes como huevos de paloma y tan duras y frías como una limosna y yo volví a canturrear y a sollozar sin asunto y el agua del tiempo se nos escurrió por entre los dedos, cada vez más oscura.

Los camiones llegaron a las ocho. Lucho, Hortensio, Jacinto, Eleodoro y mi padre aparecieron cantando detrás del último camión. Olían a cerveza rancia, a orines.

—¡Aquí sí que nos vamos, Lucho! —exclamó Hortensio.

—¿Por qué no? Pampa caraja. Pura tierra. Cuando lleguemos me voy a mojar en el mar hasta que el pellejo se me arrugue y me duela. Hasta blanquearme, la pura. ¿Y tú, Hortensio?

—Me iré al sur, bien al sur. Para que la lluvia me moje la cara por fin y sienta el caballo otra vez entre las piernas y lleve el puelche en la manta.

¿Y tú, viejo?

—Voy a llorar —dijo mi padre—. Contra el muro de esta casa. Ahora mismo. Voy a llorar hasta quedarme sin pestañas. Contra la puerta de esta casa. Aquí vivimos veinte años, la pucha. Me la dieron desde que me casé. Aquí me acosté con mi mujer noche a noche los veinte años. Aquí nació Jacinto. Y la Elenita, que en paz descanse. Hasta el Jecho nació aquí. Trataron de darme una casa mejor. No quise. No quise. ¿Qué otra casa podía ser mejor? Aquí mi mujer parió estos críos, celebramos cumpleaños y so-

portamos penas y duelos. Quiero llorar, Luchito, por la madre.

—Estás loco —sentenció Lucho, pero se frotó los ojos con el antebrazo y el antebrazo se le puso húmedo—. Estás loco. Esta pampa caraja se nos ha pegado en los huesos. La siento adentro, a veces. Apenas llegue al puerto me la lavaré con el agua del océano, y habrá bastante. Me rociaré con el jugo de los erizos recién sacados del mar, recién abiertos y recién lavados. Me pondré ostiones en la cabeza. Sartas de loco en el cuello. Me lavaré la mugre de adentro, de los huesos, con el agua del mar. Y cuando ya esté blanco por dentro y por fuera, iré a la playa a tostarme de nuevo, pero con el sol del puerto. Para tener otro pellejo, otros huesos y otra alma. Y todos los días lloraré, pero de alegría. Estoy al lado del mar, estoy al lado del mar, me diré. Salí por fin del infierno. Y sin que yo mismo tuviera que esforzarme o intentarlo.

—A mí me da lo mismo —dijo Hortensio—. La joroba no se me irá con el agua del mar. Ni con el agua de los ríos ni con el agua de la lluvia. Tampoco desapareció con el sol de acá. Me da lo mismo. Me c... en las playas, en las arenas y en el ripio. Mientras siga vivo. . .

—Todos buenos discursos —opinó Eleodoro con sorna.

—No puedo quitarme de la cabeza la idea de haber sido humillado. Todo esto es humillante. Hasta haber tenido que esperar por los camiones, por los futres. Me siento peor que perro; somos todos peores que perros —afirmó mi padre—. A veces los perros no siguen a los amos.

—No lo digas —rogó mi madre—. No lo digas aunque lo sientas, por lo que más quieras en el mundo. Te estás hiriendo. Inútilmente.

—Es una porquería la que nos hacen. Una maldita porquería sin razón. —Se inclinó y recogió un puñado de tierra seca y fina. Se la pasó

por el pelo, por la cara. Sollozando—. Esta tierra nos sostuvo la pauta. Nos dio de comer. Se tragó mi sudor. Se tragó a una de mis hijas. A una parte de mi pellejo. Ahora la dejamos sola. Se quedará a oscuras. Me llevo a mi mujer y a mis hijos, a mi helechos y a mi canario. La dejamos sola.

"Jacinto quería estudiar en la escuela de minas del puerto, bien. Por eso mismo algún día habríamos tenido que irnos. Bien. Por otra parte treinta años de vida en la pampa son más que suficientes. Todo eso está bien. Tenemos que irnos ahora, como podríamos habernos ido hace un año o dentro de seis meses. Pero no así. No así, carajo. De noche. Como delincuentes. Dejando atrás sólo un montón de casas vacías y bateas secas. Empujados por otros. Sin voluntad. Sin poder decir que no. Hasta el trabajo en el puerto me lo buscó míster Práietu. No lo pedí yo. No lo busqué ni luché por él. Esto es lo humillante. Uno no decide. Son otros. Cosas. Son cosas las que deciden. Cosas y no hombres. Que la compañía dice esto o el Gobierno lo otro, uno no cuenta. Pero la compañía y el Gobierno son cosas, vida de perros, y uno no puede discutir con cosas. Nos vamos porque una cosa dice que está perdiendo plata y la otra cosa le dice que está bien, que no hace falta el salitre en el mundo. Llegaremos al puerto y allá otra cosa nos dará para vivir. Hasta que se acabe también. O esa cosa decida desprenderse de mí. Me gustaría en todo esto encontrar alguna vez un hombre. No a míster Práietu, que es como yo, y a quien la compañía trata como a mí o a ti, sí, señor. Me gustaría encontrar un hombre en todo esto para morderle el hocico a patadas. Por lo menos uno. Por eso quiero llorar, Luchito.

—Bien, está dicho —aprobó Eleodoro.

—Gritemos algo, mejor —propuso Lucho.

—¡Abajo la compañía!

—¡Mueran las cosas!

—¡Muera el gobierno de m. . . !

—¡A la horca míster Práietu!

Los jornaleros cargaban los camiones silenciosamente. Un viento suave movía los manzanillones de la plaza.

—¡Muera míster Práietu!

—Vamos a tomarnos otro trago, huacho —propuso Lucho a Hortensio—. Estos gallos estarán cargando por lo menos una hora.

—Eso es hablar, gallina clueca —dijo mi padre, abrazándolo.

—Eso es hablar, Luchito. Pero quiero moler a patadas a alguna compañía.

—Se las daremos —expresó Lucho—. Algún día.

—¿Voy contigo, Lucho? —preguntó la mujer primera desde la puerta.

—¡Nooo!

—Eres un tacaño de moledera —reclamó la mujer. Y huyendo hacia la oscuridad, gritó—: ¡Deberías llevarme, baboso!

—¡Nooo! ¡No ando nunca con mujeres por la calle! ¡Me desprestigian, carajo!

—Vamos, vamos —dijo Hortensio—. Se nos hará corto el tiempo.

Se fueron otra vez, perdiéndose en las sombras. Jacinto buscó una piedra y la lanzó hacia la plaza.

—¡Espérame, viejo! —gritó, corriendo detrás de él, mientras un ruido de vidrios rompía la noche.

El Jecho dormía en su cuna ahora.

Mientras mi madre, contemplativamente, se arreglaba el moño grande de la nuca, mi canción comenzó a crecer de nuevo. Pero ahora canturreaba con miedo, con angustia. Sentía el pavor al pensar en cuánto alcanzaría la canción a crecer. A crecer —la maldita canción sin asunto— antes que regresaran mi padre, mi hermano y los otros.

DE REGRESO

Claro está que uno mira las calles como si las viese por primera vez. Ve las casas descoloridas, el mismo sol de tantos otros veranos, huele a tierra seca, el aire es dorado y tenso y uno diría que las sombras largas van a quebrarse de puro frágiles. Todas las perspectivas terminan en el mismo océano seco que conocimos, pero más seco, más solo aun que el que uno recordaba. Los vendedores de pescado parecen no envejecer, el suplementero grita aún: "...curioooo", la muchacha de trenzas doradas canta todavía mientras barre la acera seca y gris.

Uno camina vacilando. No muy seguro de sus propias piernas, ni siquiera de que el caminar no haga daño, no retrase la mejoría, no aumente la temperatura maldita que siempre se mantiene por encima de la rayita roja, un poco más arriba, mucho más arriba, pero siempre por encima de la maldita raya roja.

Es temprano. De pronto hay dentro de uno voces tiernas y tristes con su "¿recuerdas?" Aquí hubo un terrible incendio. Se quemaron algunas casas. Murió un muchacho Rebolledo, que tenía tres hermanas colorinas con cara de pescado. Por

aquí veníamos cuando nos juntábamos con Elba para ir juntos al teatro. Allá estaba el billar del viejo *Guatipoto*, de bigotes amarillos y pelo blanco. Corríamos por estas mismas calles lanzándonos una pelota los miércoles, todos los miércoles. Allá estaba el retén de carabineros, con nuestra cancha de fútbol, que era el mismo picadero, y la extensa piscina en que nos confundíamos con los caballos por las tardes, cuando ellos y nosotros nos bañábamos; en ese tiempo corríamos y saltábamos, era hermoso todo lo que hacíamos, y los caballos brillaban en el poniente como si los esmaltaran, y levantaban la cabeza hacia el cielo y más que relinchaban, aullaban y corrían por el picadero, dejando huellas profundas y húmedas que el poniente ennegrecía con sordina.

Es temprano. Uno va a trabajar por primera vez desde que regresó del sanatorio donde estuvo tendido en una cama blanca veintiséis meses hasta que se decidieron a operarlo a uno, sacarle un trozo de costilla para que la piel que hay encima cayera sobre los inmundos bichos que le han crecido a uno por dentro sin que uno sepa de dónde vienen, ¿por qué están allí, quién los trajo hasta uno?: el aire, los besos de una amiga de la tía Ester, el agua contaminada que dejó en algún vaso una muchacha que no se dio el trabajo de lavarlo bien, algún trozo de pan, un huevo, un rábano blanco y rojo y acuoso, un perro, un mono de algún circo.

Los médicos dicen que uno los tiene adentro desde siempre. Los tiene envueltos en unas cápsulas calcáreas, casi una bolsa de celofán de bichos, un millón de bolsas de celofán con los bichos adentro, al acecho. Pero hasta esos bichos guardados en celofán tienen que haber venido de alguna parte; alguien, algo los trajo hasta uno; no nacieron con uno. Claro, aquella piel cayó sobre los bichos, ahogándolos, y uno quedó

bien, pero con un agujero en el pecho, con un agujero que llega hasta el débil pulmón. Y la infección se acaba, uno come más y de pronto le dicen que vuelva a su casa, que ya está bien. Pero donde uno tuvo antes una comba perfecta y lisa, musculosa y tersa, ahora tiene un terrible agujero que llega hasta el mismo pulmón, y ya no es el mismo.

A uno, después de la operación, le dan ganas de rascarse el agujero hasta borrar la piel, acabar con ella, y meter la mano adentro y tomar los bichos, uno a uno, como si fuesen pulgas de mar —dicen que son transparentes—, y a unos pocos tirarlos a la pampa para que se deshidraten y aprendan, y a otros freírlos sobre la tapa de una caja de betún para los zapatos, y a otros aplastarlos simplemente con el pie, como a malos cucarachos, hasta oírlos reventar: crac, crac, crac. Los médicos dicen que no se puede hacer eso porque los bichos son pequeñitos, más pequeños que las hormigas, más pequeños; más pequeños que la punta de un alfiler, más pequeños; más pequeños que esas motas de polvo que bailan en los rayos de sol que entran a una pieza oscura por una rendija, más pequeños. Deben caber unos cien mil millones de billones más quinientos cinco en esa mota que baila. Así dicen los médicos. Pero uno sabe que, en esto como en otras cosas, están equivocados, y muchísimas veces estuve a punto de hacer la prueba para enseñarles. No pueden ser chicos unos bichos como éstos. Porque si no se lo comen vivo a uno les falta poco. Lo vacian a uno. Lo drenan. Es la energía de uno la que se comen, las ganas de salir a nadar temprano a la piscina de los gringos, y de salir a putear por las noches, y las ganas de bailar con Lucy Arredondo o con Teresa, la que murió, y las ganas de pasear y trabajar y jugar. Uno se va quedando triste y dé-

bil, como si de repente le hubiese brotado una terrible vocación de hacerse monja, de esas contemplativas, de las que no salen jamás de los conventos. Y uno se queda sin ganas de comer. Uno, que se tragaba hasta doce huevos en el desayuno, y que además tomaba tres vasos de leche y hacía desaparecer tres panes con mantequilla, de pronto ya no quiere ni oler la comida. Le produce náuseas a uno el olor de las frituras, y comienza a sudar por las noches y a toser por las noches y a desear la cama más que ninguna otra cosa del mundo. Y termina por llegar allá arriba, a la montaña silenciosa, al sanatorio, y por estarse veinticuatro horas diarias tendido y veintiséis meses tendido, pensando al llegar allá que sólo estará dos, y que el termómetro infernal bajará la semana que viene, acaso mañana mismo, bajará por debajo de la maldita raya roja, se detendrá al llegar a los 36,7° o a los 36,8°. Pero la enfermera mueve la cabeza y anota en la hoja clínica siempre por encima de la raya roja. Hasta que uno se enloquece, cree que lo engañan, tiene que mirar, porque para entonces ya han pasado seis meses y uno ha subido seis kilogramos de peso, pero se siente peor que el día que llegó, porque el día que llegó uno se vino andando, y cargó su maleta y viajó tres días en tren, y ahora en cambio es un inválido que no puede salir de la cama y tose. De modo que uno al recordar los lejanos días que vivió fuera del sanatorio casi llora, porque ve que cada día las cosas desmejoran.

¡Y la visita del médico! Uno lo mira mientras él examina las radiografías y le oye ruidos en el tórax y le controla el pulso a uno y dice: "Esto marcha, esto marcha. Lentamente, pero marcha. Su peso viene en aumento sostenido. Ese es un buen síntoma. Veremos la próxima visita". Y sonríe, pero su rostro es profesional y tieso y uno ni siquiera le pregunta cuándo. Si

dice que las cosas marchan lentamente es porque marchan mal y uno tendrá que estarse otros seis meses en el sanatorio. Así es. Hay quienes están años de años oyendo lo mismo, hasta que se mueren. Y las montañas se cubren de nieve, y luego la nieve se deshace y los árboles se cubren de un espeso follaje verde y de pronto las hojas amarillean y el viento las arrastra y enloquece, y sobre los árboles desnudos vuelve a caer la nieve, y allí uno permanece tendido, sobre las estaciones, mientras el tiempo vuela con las hojas amarillas.

Por eso uno camina por el pueblo recién despierto casi con angustia, aunque sabe que está bien y que si se cuida y no hace disparates podrá mantenerse sano por años de años y morir a los noventa, del hígado. Camina con angustia, pero camina. Y la angustia no cesa de soplar en su cuerno ronco. Uno ha cambiado tanto desde el maldito *allá*, uno ha cambiado tanto. En aquel tiempo en que uno estaba sano, todos conocían a este Pepe, lo saludaban así: "Hola, Pepe", y se enrojecían de placer cuando este Pepe les respondía: "Hola". Es claro. Pepe era el capitán del equipo campeón de básquetbol y vicecapitán del equipo seleccionado de fútbol del mineral, y capitán del equipo seleccionado de waterpolo que resultó segundo en el campeonato nacional, y el mejor jugador de pimpón de la zona norte. Uno era entonces una gloria deportiva de la provincia y leía en los diarios del día lunes acerca del Pepe que era uno en tres secciones diferentes y uno pensaba que ese del diario era otro Pepe, no uno, y se reía porque los diarios sólo hablaban de *uno*; del Pepe que se reía.

Pero lo mejor era ir a la plaza el día domingo, a las siete de la tarde, después de la ducha y de largos tragos de cerveza helada que evitaban la deshidratación, con el cuerpo todavía molido a golpes, los pies hinchados, las ma-

nos rojizas y la ropa limpia y perfumada. Porque uno llegaba a la plaza y los muchachos lo saludaban a uno con envidia, y las muchachas, en especial la Emilia, una pelirroja macanuda de piernas buenas que después se casó con un médico y se fue a Santiago, lo miraban a uno con ojos de vaca, que se les salían de las órbitas, y uno se acercaba a la que se le antojaba y las demás se comían las uñas porque otros podían ser más guapos o inteligentes, pero ninguno era una gloria para el mineral, ni siquiera ese flaco de anteojos que había publicado versos en unas revistas de Santiago y estudiaba Leyes, de modo que tenía una bala de cabeza. En ese tiempo uno elegía mujer, trabajo, compañía, y bastaba levantar un dedo para tenerlo todo. Así uno se vuelve un petulante, majadero, un hombre ensoberbecido, un vanidoso, un carajo.

Pero *allá* uno cambia porque está veintiséis meses tendido, pensando en que se morirá, y ni siquiera puede uno moverse, y uno tiene que empezar a vivir con uno mismo, y esto al principio no es grato. Uno ya no tiene a su alrededor a la Emilia ni a los dirigentes ni a los compañeros de equipo que eran unos fulanos simpáticos con quienes nos conocíamos desde que éramos así. Uno ya no podía andar ni correr ni saltar ni dar palmadas a las espaldas de los desconocidos que le decían en la calle: "Hola, Pepe". ¿Quién *allá* querría palmadas en las espaldas, si estaba tosiendo los pulmones hasta quedarse con un puro hoyo adentro? Uno tenía que aprender. Los primeros días uno miraba las moscas y movía las manos y hacía gestos y se burlaba de las enfermeras y recordaba las juergas, como aquella que nos dimos el día que ganamos invictos el campeonato de básquetbol de la zona, y le miraba las piernas a la doctora morena, pensando en lo que haría con ella si uno se decidiera a tomarla de la mano eficiente y le comenzara

a acariciar los pechos y la metiera finalmente en la cama, como lo había hecho hacía siglos con la pobre Teresa Palma, que quedó embarazada y que por ir a la matrona que uno le recomendó para deshacerse del crío se desangró y murió en una tarde. Sí. Pero muy pronto las moscas resultaron aburridas y los recuerdos perdieron su relieve y se adelgazaron como monedas demasiado usadas y la enfermedad se hizo terrible, dura, larga, y las enfermeras lo miraban a uno con pena y la doctora venía diariamente, pero uno no puede hacer eso con una mujer que le mira a uno compasivamente y se va entristeciendo con cada visita y, lo que es peor, ni siquiera ganas tiene uno porque de sólo pensar en eso a uno le sube la fiebre y descubre, por fin, que sólo lo que uno tiene adentro y lo que puede agregar a lo que uno tiene adentro sirven para matar el aburrimiento y el temor a la muerte.

Entonces uno está recién despertando, porque descubre que vivió mal, en forma idiota y torpe, y que lo que le importó siempre carece de importancia y no ayuda a vivir, ni a morir, y que si vuelve a estar sano y a ser como los otros ya no hará lo mismo, y que le importará el corazón de la otra gente y la cabeza de la otra gente, y los valores se invierten y uno sabe que si regresara y pudiera elegir de nuevo a los amigos, uno elegiría a lo mejor al delgaducho de anteojos que publica poemas en Santiago y estudia Leyes y que no necesitó estarse tendido veintiséis meses en la cama de un sanatorio para descubrir estas cosas. Claro, uno lo elegiría a él antes que al Nano, que jugaba tan bien de alero con uno, pero que se portaba con todo el mundo como el mismo Pepe, es decir, como una mala bestia. Sí. Así es. Uno empieza a mirarse por dentro porque no hay otra cosa que mirar y no encuentra mucho que digamos, y lo que

encuentra es nauseabundo, mezquino y pobre, y el Pepe que se creía una maravilla del universo pasa a ser un infeliz ante sus propios ojos. Un infeliz que hizo muchísimo daño. El glorioso Pepe recuerda, por ejemplo, los ojos abiertos, inmóviles, vacíos de la pobre Teresa pálida y desangrada, y recuerda los ojos dolientes y el rostro verdoso de Hufán, el jugador de segunda a quien, en un entrenamiento, quebramos en dos partes con el Nano y el Terencio, a sabiendas que si le hacíamos la jugarreta pactada lo menos que podía pasarle era quebrarse en dos. El pobre Hufán tenía, cuando vinieron a llevárselo, las manos lacias, los brazos lacios, el pelo revuelto y la nariz cubierta de transpiración, y cuando lo pusieron en la camilla y nosotros nos despedíamos él nos miró como si le hubiesen venido ganas de vomitar, y el Nano estuvo riéndose dos días seguidos de Hufán y su cara, pero allá, en la cama del sanatorio, uno entendió bien las náuseas de Hufán, se extrañó de no haber recibido un escupitajo, como debieron también haberlo recibido Terencio y el Nano, en pleno rostro, y a uno mismo se le hace difícil contener las náuseas. Sí, el Pepe macanudo se recuerda allá de Salcedo, que pintaba para ser un centro maravilloso y a quien, por celos, entre el Nano y yo llevamos a la casa de Mónica, en Calama, y lo emborrachamos y lo hicimos meterse a la cama de Rosa Ester, que lo enfermó. Salcedo, de pura vergüenza, aguantó hasta que no pudo más, y ya no fue ni centro ni deportista ni nada y se mató al año siguiente en un accidente automovilístico. Uno se recuerda de la cabeza de Hufán, de los labios exangües de Teresa Palma, de Salcedo, de aquella niña, Julia, se llamaba, creo, a quien uno hizo comprar todo el ajuar para dejarla plantada tres días antes del matrimonio. Sí. Uno recuerda y se asombra de haber sido tan bestia.

Claro está que con esta clase de memorias uno tiene para odiarse siete años, pero también se terminan, y uno se queda de pronto vacío, solo, amargo. La catarsis lo deja a uno, para aguantar el sanatorio, necesitado de algo que lo llene, de cosas limpias para el corazón, de experiencias valiosas para el alma, de alimento rico para el cerebro, de sabiduría humana para todo uno. Hay que llenarse a toda costa para subsistir sin enloquecer, y uno comienza a leer sin entender mucho al comienzo, poesía por ejemplo, sólo porque no hay otros libros a mano. Toma un libro de poesía y de pronto uno se encuentra llorando y preguntándose qué había hecho de su vida, por qué la había privado de esa belleza inimaginable y pura, se encuentra uno llorando como si fuese una mujer de porquería y sintiendo que habría que ser un hombre de porquería para no llorar con algunas páginas de *Los Cuadernos de Malte Laurids Brigge*, y comienza uno a meter la cabeza en un mundo inesperado y majestuoso, y descubre la filosofía; uno mete el corazón en un cielo recién abierto y descubre el amor, y de pronto resulta que uno también es hondo y es como un vaso que contiene cosas hermosas que vale la pena decir, y decide contarlas y explicarlas a los otros, para explicárselas uno mismo, acaso. Quiere uno decir lo que le está pasando por dentro, y viene, por ejemplo, un Arturo Ramírez y lo entusiasma y uno empieza a escribir sintiéndose humillado al principio de ser tan torpe, pero se entusiasma y aunque al principio uno copie un poco de Rilke o de Mistral o de Bécquer, ya después uno deja las muletas y camina rápidamente y de repente tiene uno un libro entre las manos, un libro que es de uno, que jamás debiera publicarse, pero que es de uno y que demuestra que uno no era tan bestia después de todo, sino que estaba per-

dido y que ha tenido que venir una camionada de bichos a demostrárselo.

Por eso uno camina por la mañana del mineral descubriendo un polvo diferente, un aire de fondo dorado, un aroma a cosa conocida que hiere el corazón de puro bello. Es el primer día. Uno vuelve a su trabajo convertido en otra cosa, con un agujero en el pecho, un montón de bichos asquerosos ahogados por la piel de uno, y ya nadie lo conoce a uno, ni lo saluda a uno, pero a uno ya no le importa porque jamás volverá a estar solo o vacío. Y uno sabe que tendrá que esperar, ser humilde, buscar a los suyos. Buscarlos donde se encuentren, no sólo en las casas de números bajos del *barrio americano*, en la mina o en los caminos o en la planta o en la casa verde. Se encontrará con ellos y leerá sus poemas y alguna vez editará un libro y se casará con una muchacha no muy bonita, ni muy rubia, pero sí cariñosa y que lo entienda a uno. Y si uno se encuentra en la calle con la Emilia la saludará, es claro, y le preguntará por su marido, pero nada más porque después de todo ella tenía hartito poco más que las buenas piernas.

Uno camina, camina, el paso se le afirma y el sol brilla más y el viento se agita entre los pimientos de las calles y brama y hasta el cielo es diferente en esta mañana que es la primera desde que uno regresó, no sólo desde allá, sino que desde uno mismo.

EL HOMBRE QUE NO QUERIA COMER

En tanto la familia de Camilo Reyes es conocida en todas partes por sus características longuilíneas, la familia de Eulalia Córdova, su mujer, es reconocidamente el polo opuesto: los Córdova son gruesos, obesos, rechonchos, bajitos, con ojos vivaces enterrados entre mejillas carnosas, blandas y flácidas como flanes. Pero al revés de lo que la tradición familiar quiere y afirma, tienen el genio ligero, explosivo, y son excitables y rencorosos.

Por eso no me explico bien cómo Camilo pudo casarse con Eulalia, o Eulalia conceder su mano regordeta y de cortos y cónicos dedos a Camilo. Tampoco sospecho el tipo de relaciones íntimas que han tenido, pero la verdad es que esas relaciones dieron como subproducto frutos abundantes y generosos: algunos cientos —bueno, digamos decenas— de hombres y mujeres Reyes Córdova todos iguales, excepto en cuanto a sexo y a sus características secundarias; todos más Córdova que Reyes: redondos, gruñones, ásperos, maledicientes y malévolos.

Yo vivo con ellos como pensionista, y mi

opinión tiene el peso que me da mi carácter de observador próximo, agudo e imparcial. Durante algún tiempo trabajamos con Camilo en el Ferrocarril de Antofagasta a Bolivia. Después yo vendí vinos y licores y concluí como dependiente en un negocio de repuestos para automóviles europeos; como dependiente con una participación adecuada en las utilidades, de modo que no tengo problemas económicos importantes. Pero siendo un soltero convicto y confeso, mis necesidades de ropa limpia y alimentación abundante, sabrosa y económica nunca fueron resueltas en forma adecuada, de modo que, tan pronto como supe que los Reyes Córdova deseaban sustituir a un pensionista no satisfactorio, llamé a Camilo y él me aseguró que la pieza sería mía por una módica suma y así llegué a vivir con los Reyes, los Córdova y los Reyes Córdova.

Ahora bien, si de algo puedo enorgullecerme en la vida es por mi talento para ir a caer en esa casa providencial en cuanto al yantar. Los desayunos son gigantescos, los almuerzos y comidas pantagruélicos, y hasta las once son dignas de la casa de Lúculo. El día comienza para mí con una invasión de aromas nutritivos y reconfortantes que penetran a mi cuarto por los cuatro puntos cardinales: el del café de grano en la percoladora; el de los huevos friéndose con tocino o salchichas o jamón; el de la leche que se cuece a fuego lento; el del pan tostado y la mantequilla; el del queso de cabra, blanco y seco, asándose en el horno. Y en la mesa hay todo esto y mucho más; mermeladas, queso, fiambres, una que otra gallina, galletas, jugos de fruta, fruta y fruta cocida.

Mientras la mesa cruje bajo el peso de los alimentos y los Reyes Córdova, Eulalia y yo comemos por quintales el pan y los huevos y bebemos jugos de fruta diversos y leche cocida con y sin café, y bajamos todo eso con un trozo de

gallina fría y más pan y una taza de café con leche y por fin, suspirando de regocijo por el hartazgo, dejamos reposar ese alimento sabroso y completo bajo algunas galleticas, pan con mermelada y otra taza de café, Camilo, con la cabeza baja, el ceño fruncido, mascullando observaciones a los Reyes Córdova para que no coman con la mano o se limpien una barbilla untada en grasa de pollo, se quema los labios y la lengua con su taza de té puro, mientras mastica sin ganas y a toda prisa un trozo de pan sin mantequilla, ¡sin mantequilla!, y sale corriendo, gruñendo, tropezándose en las mesas y las sillas, murmurando obscenidades irreproducibles.

Por almorzar Camilo en su oficina del Ferrocarril, se pierde una fuente casi inagotable de proteínas, minerales, albúminas e hidratos de carbono. La cambia por un huevo duro, un tarro de jugo de tomates, y, a veces, algunas galletas o un emparedado diminuto que él mismo se prepara con un leve gesto de repugnancia.

Los sábados y domingos duerme siesta y por ello no disfruta de unas delicias gastronómicas similares a las del desayuno, a menudo incrementadas con panqueques, sopaipillas pasadas o picarones, y, por fin, baja a comer después de haber bebido un par de vasos de algún aperitivo que parecen eliminarle, para desesperación de sus honestos fabricantes, hasta el último deseo de ingerir alimentos sólidos. Pasa por alto las entradas, bebe dos o tres cucharadas de la excelente sopa que prepara Eulalia con tanto amor como sustancia, rehúye el plato usual de carne y verduras y baja, a lo sumo, una galleta con su taza de café.

No me explico esta reticencia de Camilo para consumir las abundantes y sabrosas preparaciones culinarias de Eulalia. Ni Eulalia se lo explica.

—¡Come un poquito de fideos! —le dice.

Camilo mueve la cabeza negativamente.

—¡La sopita está hecha con la mejor posta que pude comprarle a José! —le ruega Eulalia. Camilo rechina los dientes.

—¡Cómo vas a vivir, Dios mío, de una taza de café y una galleta, Camilo!

Camilo resopla su furia.

—Vivo como siempre —responde con ojos demenciales y demoníacos.

—¡Come un poco de chanchito, Camilo! —solloza Eulalia.

Camilo arroja la servilleta al suelo y sale del comedor humeando de rabia. Silencio. Silencio sorprendido hasta de los Reyes Córdova, que hablan como los relatores dominicales de los juegos de fútbol. Unas lágrimas quietas y furtivas ruedan por las mejillas sudorosas de Eulalia. Camilito Reyes Córdova consuela a su madre acariciándole una mano. Yo le digo:

—No se preocupe, Eulalia, por favor. Nadie se muere de hambre.

Ella gime su preocupación:

—¿Y si llegara a enfermarse?

—Camilo jamás ha guardado un día de cama, Eulalia.

—Es verdad —reconoce ella. Y suspirando se engulle un pernilito de cerdo y dos o tres platos soperos de garbanzos con chorizo, porque la inapetencia de Camilo trae consigo la inapetencia de Eulalia. Después de eso la alegría retorna y comemos delicada y fabulosamente.

(Desde que vivo en esta casa he engordado casi veinte kilogramos y he tenido que comprarme camisas y trajes nuevos capaces de contener mi nueva verdad anatómica. En cambio Camilo mantiene sus magras formas y continúa usando sus trajes de la adolescencia: habrá perdido un par de kilogramos desde entonces.)

No me explico, decía, la inapetencia de Camilo. Yo mismo voy a veces a Coloso a buscar

erizos, porque le gustan, o locos o pulpos, cuando no hay erizos. También le gustan. Y en la cocina ayudo a Eulalia a extraer las adorables lenguas o a golpear la firme, blanca carne de los locos. Y luego pico perejil y cebolla y le llevo a Camilo un plato hondo con las lenguas más turgentes y saco del hielo un buen vino blanco y le doy un vaso que se cubre de sudor.

—¿Qué te parece, Camilo? Están lindos los erizos, ¿verdad? Venían los buzos del agua con ellos cuando llegué a Coloso.

—Hmm —gruñe Camilo con prudencia.

Nos sentamos a la mesa y se come dos o tres lenguas y aparta el plato, como si contuviera luche o cochayuyo en vez de erizos. Si hubiera ostras en el Norte, ostras le daría, pero estoy seguro de que no probaría más de una o dos. Así, procedemos con Eulalia a repartirnos el plato de Camilo, y por mi padre que está muerto y en paz descanse, jamás he comido erizos más frescos y sabrosos.

O voy al matadero y me consigo chunchules y Eulalia prepara unos porotos de sueño y los sirve con chunchules. El puro aroma succulento me torna la boca en agua y el estómago en una caverna angurriente y voraz. ¡Qué va! Camilo cambia de color después de probar los porotos y ni toca los chunchules.

—¡Qué puedo darle a este hombre para que coma! Nada le gusta, nada, Dios mío —llora Eulalia, y la mano de Camilito, en forma un poco automática, acaricia la sonrosada y gruesa mano materna.

Nos repartimos con Eulalia los chunchules de Camilo y los Reyes Córdova gruñen disputándose los porotos.

Nada es bueno para Camilo. ¿Por qué? Sólo para que ustedes compartan mi perplejidad y puedan juzgar la situación, describiré uno de los días, un día cualquiera, de Camilo Reyes.

La casa tiene dos baños: uno en el piso alto y otro en el bajo, pero sólo el del piso alto tiene agua caliente. Eulalia se levanta temprano, se ducha de inmediato y corre a la cocina a preparar el desayuno. Camilo va al baño del piso bajo y se afeita llevando el agua caliente mínima para la operación en un jarro de hojalata. Allí oye, además, en una radio portátil, las noticias del día. Entre tanto los Reyes Córdova hombres se duchan y las Reyes Córdova fríen los huevos y tuestan el pan y Eulalia canta preparando el café y calentando la leche. Apenas concluyen esas faenas las Reyes Córdova vuelan al baño, y se encierran en él: charlan, se bañan, se peinan y acicalan, sin mucho éxito porque son algo desordenaditas de cara, en tanto Camilo, con la cara cubierta de jabón seco, da vueltas por la casa como león enjaulado, se mesa los escasos cabellos que le quedan y patear los muebles de su dormitorio.

—¡Yo tengo que ir a trabajar! —brama golpeando con sus puños flacos la puerta del baño.

Adentro se oyen carreras y risas apagadas y siniestros cuchicheos.

—¡Todavía faltan Luisa y Ofelia, papá! —grita Lucía.

—¡El único que trabaja en esta casa no puede entrar al baño, por la caraja vida! —aúlla Camilo.

Como se repiten las carreras y las risitas solapadas, Camilo corre a la cocina bajando la escalera al galope tendido.

—¿Puedo desayunar mientras *tus* hijas charlan como cotorras en el baño?

—En diez minutos más —dice Eulalia—. En diez minutos más. Le falta un poquito al tocino y la leche no hierve todavía. ¿Puedes ayudarme a...?

—A nada, la pucha —brama Camilo.

Camilo regresa al húmedo exterior del recinto en que sus hijas se han atrincherado.

—¿Y qué hay de este baño, maldita sea?

—¡No blasfemes, Camilo! —grita Eulalia.

—¿Y qué hay de este requetecontramaldito baño? ¡En diez minutos más debería salir, por la madre y su abuela, y todavía no puedo ducharme!

—Ya salimos, papá, ya salimos.

Y las niñas Reyes Córdova salen desfilando en el mismo instante en que Eulalia grita:

—¡Ya está tu desayuno, Camilo hombreee!

Camilo, sin embargo, azota la puerta como para desquiciarla, se ducha en un minuto, se viste en tres y llega al comedor a desplomarse en una silla:

—Estoy ya atrasado, ya estoy otra vez atrasado. ¡Casi en diez minutos! Como todos los días, mierda.

Traga, quemándose, una taza de té puro y sale corriendo.

—¡Qué hombre increíble! —dice Eulalia—. Ni probó los huevos ni comió un pedacito de tostada. ¡Y se fue sin su almuerzo!... ¿Qué le impedía esperarlo? Sin desayuno, sin almuerzo, yo no entiendo a ese hombre.

—Yo puedo llevarle su colación, Eulalia. Tengo tiempo.

—Ni pensarlo —contesta Eulalia—. Yo se la llevaré y aprovecharé de comprar algunas cositas en el centro.

Al caer la tarde un Camilo cansado, deprimido, nervioso, irritable, llega a su casa y quiere leer el diario, sentado en la terraza. Pero sólo encuentra la primera página.

—¿Qué se hizo el diario? —pregunta.

—No lo sé —responde Eulalia—. Debe tenerlo Camilito.

—¡Camilooo! ¡El diario, niño!

Camilito no está en casa. Camilo sube al pi-

so alto a hurgar en los dormitorios de la casa. El diario no aparece.

—¡No sé para qué compro el maldito diario, por todas las abuelas del perro de Ramón! ¡Jamás puedo leerlo!

Cierra y abre puertas, golpea mesas y sillones y pateas las mesas ratonas, el jarro con la enredadera, jadea, suda, biasiema. Pero el diario no aparece. A medida que los Reyes Córdova regresan al hogar los interroga cuidadosamente, exigiendo coartadas, haciendo suposiciones maléficas, rogando con los puños cerrados, los dientes a la vista, el cuerpo tenso, los ojos como huevos duros.

—¡Por favor, Lucía, búscame el diario!

Ella ríe sin ganas:

—¿Cree que no tengo otra cosa que hacer?

Y trepa por la escalera moviendo las anchas nalgas Córdova.

—¡Por favor, Luchito, búscame el diario!

Luchito lo mira con extrañeza:

—¡Beh! ¿No quiere algo más? ¿Una hoja de lechuga?

—¡Por favor, Jaime, búscame ese maldito diario de porquería!

Jaimito le saca la lengua sin que pueda notarlo el padre:

—¿Sabe? Mañana tengo prueba de Francés. Y me interrogarán en Química porque la profesora me vio en el teatro con la Carolina, y no le gusta que uno pololee. . .

Cuando el último de los Reyes Córdova pasa por estas horcas caudinas, Camilo está mojado en sudor, el escaso pelo pegado a su frente, tirita, los dientes le castañetean y su ojo derecho parpadea continuamente, un tic nervioso que recién le aparece. Y sólo entonces recuerda Eulalia que el resto del diario está bajo la almohada de su cama.

—Lo había olvidado por completo. ¿Qué te parece, Camilo? Lo olvidé por completo.

Camilo aúlla como lobo enfermo y corre a buscar las páginas perdidas. Baja, enciende una lámpara al lado de su sillón favorito, se reclina y abre el diario y entonces Eulalia llama a la mesa:

—¡La comida está lista!

Nos sentamos. Camilo brama de furia contenida y odiosa. Eulalia repite que se le olvidó por completo el haber leído el diario. Se acostó un momento después del almuerzo y leyó el diario y antes de dormirse lo dejó bajo la almohada. Camilo no debería enojarse tanto, tanto, como si ella no tuviera otras preocupaciones que tener el diario a la mano para él. En una casa hay VEINTICINCO MILLONES de cosas que le preocupan: por ejemplo esta tarde, ¿oyes, Camilo?, la perrita, "Sultana", mientras pelaba yo las papas en la cocina, se ahogó. Creo que se tragó una de tus piezas de ajedrez, porque hacía ruidos muy extraños, como si mascara algo duro, primero, y luego tosió mucho rato. Sin duda fue una de tus piezas de ajedrez. Y alguna de las más grandes, porque... Es inútil que concluya, porque Camilo sale como un torbellino del comedor y va a su escritorio y alguna razón debe tener Eulalia en sus hipótesis porque Camilo encuentra las piezas de su ajedrez de marfil en el suelo y se mete bajo los muebles, gimiendo, murmurando frases incoherentes, buscando las piezas de marfil que la perrita parece haber distribuido, con algún encono, en los lugares de más difícil acceso. Entre tanto la sabrosa sopa de callampas de Eulalia se enfriaba. Después de una prolija investigación aparecen todos los trabajos, menos la reina blanca, que, según Eulalia, se atascó en el gaznate de "Sultana".

Regresa Camilo al comedor, desencajado.

—¡Falta la maldita reina blanca! ¿Quién de-

monios tomó mi ajedrez y lo dejó en el suelo?

—No blasfemes, Camilo.

—¿Quién tomó el maldito juego, carajo?

—¡Camilo! ¡Qué lenguaje!

Entonces Lucía Reyes Córdova solloza:

—Yo fui. ¿Cómo podía imaginarme que la perra entraría a la casa? Nunca lo hace. Además la reina blanca no estaba. Estoy segura de eso. La reina no estaba. La perra no se la pudo tragar.

—¿Cómo sabes, maldita sea, que esa reina no estaba?

—Porque quería jugar al teatro. Necesitaba la reina para que hiciera de Ofelia, pero no estaba. Tuve que usar un alfil, pero no es lo mismo. Ningún alfil puede servir de Ofelia.

—¿Ofelia de *Hamlet*? —preguntó.

—No, no, Ofelia Torres, una compañera de curso.

—Hamlet o no Hamlet, torres o caballos marinos, ¿qué importa? ¿No sabes que mi ajedrez de marfil no es para jugar al estúpido teatro? ¿No te lo he dicho mil veces?

—¿Y con qué quiere que juegue al teatro?

—¡Con, con, con...! —tartamudea Camilo.

—Camilo, no blasfemes ni le grites a la niña. Siéntate y come. Yo buscaré esa reina.

—¡No quiero un bocado de comida, mierda! ¡Quiero mi reina! ¡Quiero que Lucía no me tome jamás el ajedrez!

Camilito deja de masticar y con la boca llena dice:

—¡Gmffppll xwllrr! —Después de eso traga y continúa—. Yo tomé la reina. La usé para sujetar la puerta de mi pieza, que se cierra sola. Cuando está cerrada no se puede respirar del calor horrible que se siente. Debe estar allí todavía. Sujetando la puerta.

—¿Y usas mi reina de marfil para sujetar una puerta?

—Cabe justo —dice Camilito.

—La puta, tengo que tener todo con llave en esta casa —relincha Camilo—. Todo.

Y trota escaleras arriba en busca de su reina.

Regresa con ella. La enseña a Eulalia.

—¿Ves? ¿Ves esta muesca? La hizo la puerta de mierda. Ahora el juego vale menos de un escudo. Un juego de mierda. ¡He dicho miles de veces que no tomen mis cosas!

Eulalia se pone de pie, temblando, alerta el espíritu guerrero de los Córdoba.

—Mira, Camilo. Sólo una vez voy a decirlo. Ni ésta es una casa de mierda, ni ése es lenguaje para que lo oigan los niños. Y si esta casa es una casa de mierda, tú tienes la culpa. ¡Sólo tú! ¿No son hijos tuyos estos niños? ¿Tan tuyos como míos? ¿Y los educas enseñándoles —con un pañuelo ahora Eulalia enjuga un chorro de lágrimas— que su hogar es una CASA DE MIERDA? No quiero oír eso más yo, Camilo. Yo vengo de una familia decente, de una buena familia, Camilo. En ella no hay mujeres descocadas, descarradas, ni jugadores tramposos, como en otras que CONOZCO BIEN. En mi familia jamás se oyó hablar un lenguaje vulgar y grosero como el tuyo. Ahora, que entre los Reyes sea distinto, no me extraña, a juzgar por las mujeres Reyes, como la Charo, y los hombres Reyes, como tu tío Emeterio. . .

—¿Qué tienes que decir de la Charo? ¿Y de mi tío Emeterio, un patriarca del Norte?

—Bueno, no quiero calumniar a nadie, pero si la Charo recibió una pateadura tan grande de su marido, y si el pobre la abandonó el mismo día, no sería porque la Charo es una santita, ¿verdad? Menos aún si todos los días se va a Coloso con el sinvergüenza de Anselmo Escobar, ¿verdad? Y en cuanto al famoso tío Emeterio,

ja, el patriarca. . . , ¿por qué ya no puede entrar al Club Radical?

—¿Quién dijo eso? El tío Emeterio es fundador del Club Radical.

—Fundador o no fundador y patriarca, ja, o no patriarca, no lo dejan entrar al Club desde que se le cayeron tres ases de la manga cuando le estaba ganando todo el almacén al chino Lau-Chau. ¿O los patriarcas pueden guardarse ases en la manga? Y esto me lo contó su primo, el de la carnicería, a quien le rompieron la nariz en la pelea horrible que hubo entonces.

—¡Vaya informante de confianza y veraz que tienes! ¿Por qué, en vez de oírle calumnias a un hombre respetable, una figura pública venerada como Emeterio Reyes, o a una mujer desgraciada como la Charo, no le preguntas cuánto cobra tu tía Juanita por acostarse con los hombres que tiene?

—¡Camilo!

—¡Porque la Juanita sí que putea en público!

—¡Camilo! ¡No te permito que digas esas cosas de Juanita!

—¿Y tampoco del niño colorín que parió tu tía Agustina siendo ella negra como la noche y su marido negro como el hollín?

—¡Camilo!

—Esa es la familia Córdova, Eulalia. Y se me escapan los peores.

Entonces Eulalia se deja caer sobre la silla, que cruje su protesta estoicamente, y llora en silencio.

—Viejo abusador —dice Jaimito.

—Y lengua larga —completa Lucía.

—¡Lo que me faltaba! ¡Lo único que me faltaba! —me dice—. ¿Los oyes? ¡Hablando contra su padre que los viste, los alimenta y les da plata para el bolsillo! ¿Viste, hombre, a esos mal agradecidos?

—Mal agradecidos... ¡Para la plata que nos da! ¡Al Echeverría le dan cien lucas para la semana y a nosotros cinco! ¡Harta la plata que nos da!

—¿Los oyes? —me pregunta Camilo.

Yo me encojo de hombros, entristecido.

—Para eso los cría uno. Para eso.

Y huye del comedor, agobiado por la ingratitud increíble de su prole.

—¡Camilooo! —grita Eulalia entonces—, ¿no vas a comer tu guisito de lapas?

—¡Métetelo donde te quepa! —aúlla Camilo.

—¡Dios mío, este hombre no quiere comer! —solloza Eulalia—. ¡Este hombre está cada día más flaco! ¿Por qué no sube y lo convence de que debe comerse sus lapitas?

—Sí, Eulalia —digo.

Y voy a buscar a Camilo, y entre vaso y vaso de vino blanco, entre palmada y palmada en los hombros, entre una y otra palabra de comprensión y vieja amistad, consigo que Camilo regrese al comedor.

Mientras los Reyes Córdova, Eulalia y yo nos devoramos algunas toneladas de lapas, Camilo, cabizbajo, juega con el tenedor. Le doy más vino blanco y lo insto a comer.

—Cualquiera creería que le preparo sólo mugres. Puras mugres revueltas con mugre —gime Eulalia—. Si Camilo dejara de fumar engordaría y tendría hambre todo el día. Así le pasó a mi primo José Córdova. Comería más y se arruinaría menos los pulmones. Cada cigarri-
llo es un asesino, decía mi madre. Cada cigarri-
llo es un asesino.

—¡Lo único grato que hago en el día es fumar! ¡Maldita sea!, ¿por qué habría de abandonar mi único vicio? Otros hombres andan con mujeres o se emborrachan o se pierden noches y noches de su casa, parrandeando. ¡Yo sólo fumo, carajo, y porque la madre de Eulalia leyó en

algún almanaque que el cigarrillo es un asesino, tengo que dejar de fumar! ¡Me cago en su abuela y no la lavo! ¡Hasta porque fumo hay un escándalo en esta casa. Me pierden el diario, me rompen las piezas de ajedrez, me insultan a los familiares y, todavía, TODAVÍA, la emprenden con el cigarrillo que fumo!

—¡Pero te hace mal, Camilo! ¡Nunca tienes hambre!

—¿Cómo sabes que hace mal el cigarrillo?

—La revista que leo dice. . .

—Esa revista sólo dice tonterías. ¿O también crees en los horóscopos y en la lectura del porvenir mediante hojas de té o. . .?

—No sé si crees en esto, pero a la Rosita Antúnez el horóscopo le recomendó que jugara al cuatro, ella compró un número de la lotería que tenía un cuatro y ganó quinientos escudos; ¿por qué no va a ser cierto que el cigarrillo hace mal?

—¡Maldita sea! ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—No blasfemes, Camilo. No lo sé. Tú dijiste que la revista decía sólo tonterías.

—Las dicen. Por eso la leen las mujeres.

—¿De modo que soy una tonta?

Silencio. Camilo juega con el tenedor.

—¿Lo soy?

Silencio. El tenedor de Camilo cae al suelo con gran estrépito.

—Lo soy —asegura Eulalia—. Claro está que lo soy. ¿De qué me preocupo si no es de mi casa, sus hijos y de él? ¿Ando acaso con otros hombres?

—¿Y por qué no andas con otros hombres?

Eulalia se queda con la boca abierta. Espantada.

—B-b-bue. . . bue. . . bueno, porque no me gusta, Camilo. Porque no me gusta.

—Y entonces, ¿qué gracia tiene que no andes con otros hombres?

—Oh —aúlla Eulalia—. ¿Lo oyen? Me insulta el viejo desgraciado, me insulta. . .

—No te insulto, mujer.

Pero Eulalia estalla, literalmente, en llanto. Los Reyes Córdova miran con caras hoscas y torvas al padre y mascullan insultos.

—¡Para eso bajé al comedor, Dios mío!
—grita Camilo.

Rompe el plato con el puño y corre a encerrarse en su dormitorio del piso alto, sembrando las alfombras y los peldaños de la escalera de lapas relucientes y aceite frío.

La calma retorna. Eulalia cesa de llorar. Nos comemos el guiso de lapas, una pierna de cordero con arroz y un postre de leche. Cuando Eulalia concluye, un grito desesperado brota de su tierno corazón:

—¡No sé de qué vive Camilo! ¡No quiere comer! ¡Nada de lo que preparo le gusta!

Y mastica unas galletas para ahogar sus penas.

Franklin Quevedo.

Hoja biográfica.

Franklin Quevedo nació en Linares en 1919. Sin embargo, su espíritu ha quedado prendido a Valparaíso, a su atmósfera y a sus cerros, como lo atestigua tan fehacientemente su único libro hasta la fecha publicado, *Todos Seremos Rosados* (Ediciones Alerce, Editorial Universitaria, 1966).

Profesor, periodista la mayor parte de su vida, Quevedo es un luchador social y un artista cuya obra editada, aunque escasa, es toda de una relevante calidad.

De su libro se incluyen ahora *Clelia Stefans*, *Todos Seremos Rosados* y *La Felicidad*, cuento este último que, en su exiguo tamaño, es un prodigio de condensación emocional.

Mar Cerrado es un texto inédito. Quizás uno de los pocos relatos en la literatura chilena (el único memorable podría ser *Los Zulúes*, de Jorge Edwards) en que la tentación alcohólica que se apodera del hombre ha sido mostrada en toda su patética desnudez. Brutal y grotesca.

CLELIA STEFANS

El Mes de María es una hermosa fiesta en el Convento de San Francisco. Sus altas naves de ladrillo cobijan no sólo a los muchachos y muchachas del Barón, sino también a los de los cerros vecinos.

Celebrándola, los adolescentes perdían la virginidad.

Las campanas de la torre rasgaban el aire del puerto con antigua sencillez. El crepúsculo reverberaba de aromas y de sonidos primaverales como un vendedor de remolinos en la plaza, mientras el verano atisbaba tras los cerros de Quintero. Verano de Valparaíso, inocente y promisor como una liceana.

El coro sonaba en la iglesia. Los invisibles vellos en los brazos de los adolescentes se estremecían igual que las teatinas en las lomas de los cerros.

¿Dónde estarás ahora, Clelia Stefans?

Subíamos en tropel la escalera del coro, para contemplar estáticos a los ángeles que desgranaban la Gloria con sus gargantas. Otras veces esperábamos al pie de la escala y las veíamos pasar. Las bonitas encendían la penumbra con

sus sonrisas y nos palpaban el alma como la brisa roza la bahía en las tardes.

Así conocí a Clelia Stefans.

El padre Marcos predicaba durante todo el mes contra Voltaire. Qué odio tan antiguo y tan tenaz. Las viejas de los conventillos repetían: ¡Volter! ¡Volter! Tal vez era el mismo demonio que el padre Marcos, tan sabio, prefería llamar así. No comprendíamos ni nos interesaban los espesos conceptos. Afuera, en lo alto, las campanas tañían y nosotros perdíamos la timidez para mirar a las niñas, mientras el coro transformaba en cristales los ladrillos. Ellas percibían nuestra presencia y jugaban con el rabillo del ojo. Los cirios danzaban en los vitrales y un incendio morado cubría a muchachos y muchachas.

Yo miraba a Clelia Stefans y todo era como un viento o como un río de esmeraldas encandilándome con sus verdes ojos.

Ella sólo me miraba a mí.

Los chiquillos, los pequeños, deseaban que terminara pronto el Mes de María y se iniciara la Novena del Niño, para soplar sus pitos y sus flautas estridentes en medio del templo; qué lesos.

Cuando cerraba la noche y las estrellas cobraban toda su dimensión, las gigantescas mamparas del convento se abrían inundando el cerro de feligreses. Los muchachos se acercaban a las muchachas, se rehuían, se tocaban.

Esa noche, ella era sólo una esmeralda más oscura; desgraciadamente no pude observar bien dónde estaba, llevada y traída por la muchedumbre. Pero el Mes de María es largo; vendrían aún muchas noches.

En el nuevo crepúsculo, las azucenas, los gladiolos seguían inmaculados, bajo la cúpula de San Francisco.

Nos contemplamos largamente por encima de los reclinados feligreses, mientras el nombre

de Voltaire, como un murciélago alucinado, chocaba y rebotaba contra los ladrillos.

Nos volvimos a perder. Pasaba y se desgajaba la gente, las viejas, los pescadores, los zapateros, los niños. La infelicidad, como un jibaro, se iba reduciendo. Me tomaron de la mano y me condujeron fuera de la muchedumbre. A distancia y a salvo, nos miramos y sonreímos.

¿Con quién reirás ahora, Clelia Stefans?

Nos llamábamos el Lucho Acuña, el Nano Valdovinos, el Cucho Maturana, el Chico Pinto, el Flaco Guzmán, la Mercedes Gómez, la Consigna, la Hortensia Cáceres. Pero ella, ¿por qué se llamaba así? Clelia Stefans, más hermoso que el coro y las campanas.

Promediando el Mes de María, me besó. Según práctica rigurosa que había escuchado a los muchachos, le lancé la fórmula consagrada:

—Si está libre su corazón, ¿podría yo ocuparlo?

Se rió.

—Burrito —me dijo.

La miré extrañado.

Continuó riéndose.

¡Oh Clelia Stefans; cuánto daño me hizo tu risa en mi juventud!

Mis amigos descubrieron el romance. Me dijeron que era una coqueta, una casquivana, que había tenido amores con muchos. Finalmente uno de los mayores afirmó que había sido suya. No comprendí, y cuando explicó me lancé furioso contra él.

Algunos amigos me condujeron a una llave cercana, me lavaron y consolaron.

—Apenas lo encuentre me las pagará —balbuceaba entre hipos—. Me pilló descuidado. Para la próxima lo mato, ¡lo mato!

—Sí, sí, mávalo, pero no llores más.

—No estoy llorando, es que tengo rabia.

Ascendí las callejuelas hasta mi casa. Po-

co a poco me fui sintiendo feliz: había combatido por ella.

Mi madre preguntó por qué venía tan colorado. Negué que hubiera sido una riña, pero a la mañana siguiente mi cara tenía un subido color morado.

Cuán dulce fueron las manos de Clelia esa noche, y el bálsamo de sus labios en cada golpe.

Fui parco en mi relato, alguien había pretendido hablar mal de ella. En verdad tuve mis debilidades; me creyó el triunfador.

Sin duda Clelia me amaba profunda y apasionadamente. Cada vez me daba besos más prolongados. Se apretaba contra mí, me ahogaba y tiritaba con un miedo extraño. Día a día encontraba un placer más intenso en esos abrazos que parecían infinitos.

En mi casa, en el colegio, en todas partes permanecía callado, distante.

—El niño está enfermo —dijo mi madre.

—A lo mejor el tonto está enamorado —terció mi hermano mayor.

Tuve miedo de que descubrieran mi pecado.

Recorriamos tomados de la mano las calles adyacentes al convento. En cada zaguán, portal o rincón oscuro nos abrazábamos, nos besábamos largamente.

Una noche, Clelia, la esmeralda, me miró con ojos angustiados y pasó sus manos por entre mi camisa. Me estremecí entero. Se hizo costumbre y sus caricias descendían cada vez más.

Quizás había terminado el Mes de María, no nos importaba. Nos besamos y estrujamos violentos; sentía ansias de gritar, de reír, de llorar. Se me secaba la boca y me llameaban los ojos cerrados, mientras sus manos me descubrían. El universo había desaparecido. Me tomó

una mano y la llevó bajo su ropa. Allí estaba la vida agazapada, tibia y húmeda.

¡Oh! Clelia mía, ¿qué hacen tus manos ahora?

Con la respiración entrecortada, no podíamos terminar las palabras.

—Vamos —dijo—, vamos a La Puntilla.

Era un pedazo de cerro despoblado, un balcón frente al océano.

Por el camino mostró un inusitado interés por contarme una extraña historia.

—Hablan mal de mí, pero no creas.

Tenía urgencia en que la comprendiera.

En La Puntilla caminamos a tientas, distinguíamos vagamente formas y contornos, hasta una pequeña hondonada.

—Ven —me dijo.

Pero yo seguía de pie.

Sentí que se reía suavemente.

Empecé a besarla.

Seguí besándola.

Se reía más fuerte.

No hablaba, únicamente se reía por entre mis labios.

Finalmente se levantó y desapareció en la noche.

Por el aire, lejana, llegó su risa, sólo su risa.

Recuerdo el viento y las estrellas que miraban mi desamparo.

Cuánto me ha dolido tu risa, ¡oh Clelia Stefans!, y ese pedazo de felicidad que pasó sin tocarme.

TODOS SEREMOS ROSADOS

Jinete en un burro, descendiendo por la calle Santa Lucía y frente a la puerta grito:

—¡Padre, maté a todos los bandidos del cerro!

Ahora, pese a los años, revivo hasta la forma y el color del empedrado, las casas descascaradas, los chiquillos con sus carretones y el tráfico de los "tiznados" entre sus hogares y la maestranza.

—¡No quedó ninguno!

Tú apareces en el umbral y sonríes.

—Bien, hijo, bien.

Entonces me estrechas en tus brazos. Pero nunca me abrazabas. Te molestaba que otra vez hubiera trotado la tarde en las mulas municipales, con mis amigos de la policía urbana, que tú llamabas basureros.

Los fósforos se me enredan en los dedos. ¡Ah, padre, si tú supieras! Esta espera es terrible. Déjame dar una aspirada profunda.

El burro es macizo y galopa como un caballo, los bandidos yacen como los cadáveres de los perros, que en los inviernos forman pequeñas represas en las cunetas.

Te sientes feliz. Es un niño muy valiente, será una gran cosa. Yo entonces me yergo más fuerte y más alto frente a las tías.

Sí, es inteligente y bueno, sólo muy travieso. Ya madurará y se pondrá formal. Llegará, lo verán ustedes.

Cuando repetí el cuarto año de humanidades, las tías dijeron que no se podía hacer tanto sacrificio en balde. Tiene que entrar a trabajar. Pero tú te mantuviste firme. Debe seguir estudiando, será una gran cosa. Yo escuchaba por la puerta entreabierta. Tal vez ya no exista. La oigo nítida rechinar con sus parches de cajones azucareros que te ayudé a clavar.

—Perdió el curso por enamorado —refunfuña la más vieja. Tú lanzas una carcajada.

—Para los tiempos que corren, es un consuelo que le gusten las mujeres.

La tía se retira, tiesa como un corsé.

El día que volví de rendir bachillerato, cuatro años más tarde de lo debido, la familia estaba inclinada sobre los platos.

Me interrogaste con la vista.

—Sí, bien, muy bien.

Te pones de pie y me abrazas; después sacas una botella de vino.

—Dije que sería alguien. ¡Salud, por él!

—Todavía no hemos visto el diploma.

Tú resucitas esa mirada terrible con que solías atemorizar el hogar. Feroz mirada de guerrero amortiguada por sesenta años de penurias.

Las tías se reducen silenciosas.

Cómo me acuerdo de los detalles. Tus ojos se suavizan.

—Yo, hijo mío, seguiré trabajando para ti. Tendrás una profesión, aunque nadie nos ayude.

Un silencio tenso invade el comedor.

—Tomaré nuevas cobranzas, recorreré todos los cerros, pero tú tendrás lo necesario, hasta

que en la puerta de nuestra casa un día podamos colocar una plancha de bronce.

La barbilla se te llena de hoyuelos.

Creo que fuiste perdiendo la fe en mí. Nunca me lo dijiste. Yo todavía puedo realizar muchas cosas. Claro, es verdad, a veces las postergo.

La plancha no se colocó nunca. Mes a mes aplacé mis estudios, mis decisiones. Pero ahora todo será de nuevo. Te lo juro, renaceré. No importa que no lo veas. No es que esté llorando. A ti no te gustaba verme llorar. Te sentirás contento de lo que voy a realizar.

No fui abogado, pero trabajé en una oficina. Un empleado honesto, nadie tiene nada que decirme. Pude haber sido un sinvergüenza. Debes estar orgulloso, tu nombre está limpio. En verdad compliqué las cosas, me casé. Tuve que vivir en una pensión y en ella se crió nuestro primer hijo. Acechábamos el ánimo de la dueña de casa y de la cocinera para lograr agua caliente con que hacer la mamadera.

Me ayudaste sin reclamar cuando quedé cesante. El niño crecía raquítico y ello te preocupaba más que a mí. Reñíamos de continuo con mi mujer. La nueva ocupación no me alcanzó a durar un año. Tú lo sabes bien, no fue culpa mía, como han dicho. No llegaba atrasado a la oficina por llevarme hasta la madrugada conversando de poesía y libros con mis amigos. No, palabra. Yo cumplía bien, pero hubo reducción de personal y cortaron a los nuevos.

Tú ya no me hablabas de los triunfos, sino de lo que costaba vivir en este mundo, sin aflojar. Yo no me he rendido. Para que veas, ahora quiero comunicarte algo, el libro de que te hablé está a punto y serás feliz. Siempre esperé tener mucho dinero y llenarte de regalos. Nunca antes te lo dije; peor aún, nunca lo hice. Comprarte una casa tibia y con jardín. Que dejaras

de trabajar y dispusieras diariamente de tu asado y del buen tinto. Cuando nos visitabas en la pensión, parecías un hombre apacible, sin preocupaciones, humildemente contento de la vida. Pero yo te había visto en las mañanas heladas, temprano, antes de la partida de los obreros a sus fábricas, apresurado, con tus pasos cortos, la cabeza progresivamente blanca y los atados de tarjetas de cobranza bajo el brazo. En esos momentos reafirmaba mis propósitos de triunfar para darte tranquilidad y bienestar.

Recuerdo, no hace muchos años, en el nuevo puesto que tenía, nos dieron una gratificación de Navidad. Distribuí mentalmente los dineros. A ti te regalaría unos zapatos que, desde la vitrina, se me antojaban cómodos, especialmente destinados para un hombre que cobra el agua potable durante cincuenta años en los cerros de Valparaíso.

Al día siguiente me encontré contigo.

—Vamos a tomar una cerveza —te invité. Tú quisiste pagar. No te dejé.

Ese fue todo el regalo. En mi pieza hacían falta demasiadas cosas para mi mujer y mi hijo. La segunda y tercera cerveza las pagaste tú. ¿Recuerdas?

—¡No! —me detuviste—, déjame a mí. Es cierto que ahora la cobranza me cunde poco, pero tengo menos gastos. Ya no voy al cine ni al teatro. No me gustan. Todas esas son mentiras de gente bonita. Hasta los pobres que aparecen son pobres de mentira. A los sesenta años no hay mujeres y el estómago resiste poca comida.

Sentí como si te hubieras muerto y que hablabas por inercia. Hice esfuerzos por ahuyentar la emoción. No sé si te diste cuenta entonces. Busqué otros temas de conversación. De planes futuros no me atrevía a hablarte, no obstante te lo conté. Nunca antes te lo había dicho, parecía más descabellado que los otros proyectos. Sería un

gran escritor, un novelista de fama mundial; un día llegaría lleno de gloria, no en un burro, sino en un automóvil a la puerta de tu casa. De ahí en adelante el viento, el mar y los cerros serían dulces y alegres para nosotros. Esta esperanza la mantenía soterrada, alimentándola con cada angustia, acrecentándola con cada humillación. Cuando mi mujer me enrostraba el error de haberse casado con un hombre que ni siquiera tenía dinero para comprar leche al niño, no respondía pero me reafirmaba. Sí, así es. Torpe, pero yo seré un gran escritor. Te perdonaré y volveré a quererte porque, en realidad, has tenido que sufrir mucho a mi lado. Y nuestro hijo dejará de ser verde amarillo, su cara se redondeará y será rosada, como la tuya cuando te conocí. Todos seremos rosados, aun los que nunca lo fuimos.

—Padre —te dije—, el próximo año voy a publicar un libro. Tengo escrito ya más de la mitad. Es una novela.

En verdad, sólo tenía el deseo y algunas ideas vagas.

—Qué bien, me alegro tanto. ¿De qué tratará?

—Será una novela sobre Valparaíso.

—Hijo mío, si lo haces me moriré feliz. Tú sabes, yo leo poco ahora, pero siempre me gustó mucho. —Era cierto, incluso por ti heredé esa pasión. Pero ¿quién puede escribir cuando vive en una pensión con un hijo y una mujer que espera otro, ganando un vital?

El año pasado me preguntaste con mucha prudencia por la obra.

—He tenido poco tiempo, una novela da mucho trabajo. Espero terminarla en tres o cuatro meses más.

—Ojalá, hijo, estoy muy viejo y me gustaría verla impresa.

Así son las cosas, padre. Te di otro nieto

más, pero no la novela. Y la desolación es para mí, ahora, irreparable. Me gustaría disculparme con algo o con alguien. Tal vez si te hubieras muerto uno o dos años después habrías podido llorar de alegría por el triunfo de tu hijo. Te fuiste como uno más de los innumerables hombres de los cerros. Esperaste en vano la alegría de la victoria. No importa, padre, ahora sí. Espera que te explique. Déjame encender otro cigarrillo, no veo bien. No es por nada. A lo mejor la luz artificial de la oficina me está haciendo daño. Hablaré en el cementerio. No sé si es costumbre que un hijo lo haga en estos casos, pero no importa. Diré todo lo que fuiste, lo que soñaste y no pudiste ser. Contaré cómo te robaban la alegría cada día, entre otros, yo.

Los panteoneros están esperando. Yo hablaré al final. Siguen esperando. Nadie dice nada. Mostraré nuestras existencias despedazadas y rehechas cada día arrastrándose por las cuestas y callejuelas de Valparaíso para mantener tu hogar, para mantener mi hogar.

—Padre, te están echando tierra.

LA FELICIDAD

Mi tía nunca bajaba al plan. Con los años se había limitado a comprar en el barrio lo necesario para su almuerzo. Regaba las plantas y daba de comer a las gallinas. Trajinaba desde la mañana hasta la tarde. Luego se sentaba a contemplar el mar desde su pequeña casa en el cerro Las Loceras. En el verano abría las ventanas, en el invierno prendía carbón.

De tarde en tarde recibía noticias de su hijo que trabajaba en Temuco. Hacía veinte años que le renovaba en cada carta la promesa de venir a verla pronto.

—Allá tengo nietos —me decía cuando ocasionalmente pasaba a visitarla—. Los conozco sólo por fotografías.

Rebuscaba en los cajones de una vieja máquina de coser y, como si fuera por primera vez, me mostraba las reproducciones ajadas y amarillentas.

—Esos niños ya deben estar grandes, tía.

—De veras, hijo.

Cuando penetraba en su casa, verde y amarilla, bajo una añosa madreselva con olor aldeano, me sentía tranquilo. La ciudad se alejaba

imperceptible, apagando su turbulencia, y el tiempo se detenía.

Bajaba a la calle diciéndome:

—Vuelvo en una nada.

Regresaba con cerveza, pan y mantequilla.

—Para que se refresque, hijo. Estas subidas dan mucho calor.

Comía la mantequilla con fruición. Eran gastos incompatibles con su montepío; emocionado, me prometía traerle un regalo para la próxima vez. Siempre lo olvidé.

Una tarde nos sentamos a mirar el océano, manso y sin viento. No hablábamos. El atardecer se dejó caer. A través de la quebrada, llegaban los ladridos de los perros.

—Mira —dijo; cruzaba un buque lentamente—, ¿quién sabe a dónde va?

Dejaba una estela en el agua y otra de humo adherida al crepúsculo.

Reflexionó en voz alta:

—Tanto que me hubiera gustado ser marino.

A la distancia se lamentó una sirena. La nave prendió las luces.

—Hijito —me dijo, inclinándose confidencial—, siempre que miro el mar pienso en lo mismo. Hasta tengo elegido el nombre del barco; se llamaría *El Afortunado*.

MAR CERRADO

—Por los mismos hoyos que entra, por los mismos sale —dijo en voz alta, agitando los pies para botar la arena—. Es mejor andar a pata pelada. Pero creerán que estoy en la urdiembre.

—Michano, ven a tomarte una cañita —gritaron desde el interior del local.

Reconoció la voz, negó con la cabeza y siguió de largo. Nicolás asomó su gruesa barriga a la puerta.

—Ven, hombre, tienes que agarrar fuerzas.

—No, compadre.

—Una cañita no le hace mal a nadie.

—Perdóname un poco, a lo cual no puedo, compadre.

—Venga, no sea cobarde; si la Sonia no le va a pegar.

—No, compadre, no me venga con ésas; la Sonia a mí no.

Le debía tantos favores al compadre Nicolás.

—Hágase hombre.

En el mesón del bar, bebiendo a la vara, mezclados pescadores y vendedores ambulantes, tostados por el mar y el vino, se zampaban los

mostos en grandes vasos verdes, para afirmar los riñones ante la próxima batalla contra el frío del amanecer.

Se abrieron camino para acodarse en el mostrador.

—Sólo una cañita, desde hoy paro las tomas.

—Cuénteme algo nuevo.

—Se lo prometí a la Sonia.

—No hay que entregar la oreja a la primera apequenada de la que te dije.

—De la conviviente, como dice el *Puro Chile* —terció el presidente del sindicato.

—Oiga, don Memo, ¿quién le pasó manillas en este entierro?

El presidente sonrió, miró hacia todos lados, como protegiéndolos, tal vez dominándolos. El mesonero sirvió, se fueron de un resuello. Michano dejó el vaso seco, fuerte y golpeado. Empezó a sentir que el estómago se le hundía, se le deshacía; se le acumuló agua en la boca, tragó pero seguía afluyendo con más intensidad. Corrió, regó parte del piso, vomitó largamente en la arena. Estoy jodido, muy jodido, menos mal que ahora paro y ya nunca más.

—Que no vaya a tomar agua tu compadre —dijo el Lenguado—, le puede dar “el cordero”.

—Igual, Pascual.

—Tu compadre tiene la “Rosita”.

Regresó Domiciano; Nicolás le llenó el vaso.

—Ahora sí que se afirma, compadre Michano.

Quiso tomar el vaso con una sola mano, pero tiritaba demasiado; lo aferró con ambas y, sin decir nada, lo bebió con desesperación, agarrándose a él como la última tabla que flota en el océano. Una onda de fuego se fue extendiendo por todo su cuerpo, después una suave energía, una calma y una seguridad en la vida que lo impregnó a él, al bar, a la caleta, al mundo.

—No se le dé nada, compadre; el Cayetano

vomita dos cañas y el Lenguado tres antes de afirmarse.

—Qué Nicola más carrilero; yo nunca vomito —alegó el Lenguado.

—Es la primera vez que me pasa —explicó el Domiciano.

—Aquí en la caleta nos conocemos todos.

—De verdad. Y qué fue, mi plata no más me tomo.

—Tu plata no más vomitas —retrucó Nicolás, y le palmeó la espalda.

—Ya, Lenguado, peguémonos otro pencazo, mira que aún tengo frío.

Ahora debo partir yo. No puedo irme sin corresponder. Será la última, porque si no, corridas van y corridas vienen y la rasca no me la despinta nadie.

Bebieron, el Lenguado ofreció cigarrillos, secaron los vasos. Vio aparecer una nueva corrida.

—Hasta luego —dijo, y se agachó a recoger los canastos.

—Pero, compadre, ¿qué le pasa? ¿Qué hay de los pantalones?

—Aquí los tengo, compadre, amarrados con rieles.

Claro que los llevo firmes, ¿qué haría yo sin la Sonia? El día anterior lo había amenazado. “No creas que me corro como lo hizo la Berta, me voy simplemente porque no te aguanto más. Me llevo lo mío; todos tus chirpes te los dejo.” ¿Pero por qué, Sonia, por qué? Ni siquiera contestó, siguió metiendo ropa en la bolsa. “No quiero para nada lo suyo, lo que usted arrejuntó, de usted no más es.” Cómo estaría de enojada que me trató de usted.

—Ella tiene razón, compadre Nicola; hace tiempo que no llevo ni una “luca” para la casa.

Realmente estaba furiosa. “Nuestra amistad terminó; yo lo quería a usted, pero ahora no sa-

be más que tomar." Discúlpame, Sonia. Pidió perdón como un niño chico, pero ¿y si realmente lo abandonaba? "No le da vergüenza andar así. Los ojos no los puede abrir de hinchados y rojos. Usted cree que el vino se va a acabar." Yo siempre he sabido comportarme con su persona. Elegía cuidadosamente las palabras, no podía perder a su nueva mujer, porque era joven, porque no era floja, no comía ni tomaba mucho, porque la quería. Sería el desastre final, andaría mucho peor que el Tomasín, más tirillento que el último atorrante de la caleta. No, mi Sonia, no, no se me va. Recordó cuando la conoció con una pollera azul que le dibujaba muy bien el cuerpo de muchacha, el asedio previo, más largo de lo usual, tal vez de allí nació la idea de los pescadores de que la Sonia lo mandoneaba, y luego el amor sin poder detenerlo, la primera posesión, incómodos, desesperados, incapaces de esperar, salpicados por el rocío de las olas. Quería sujetarle las manos, que no siguiera metiendo cosas en la bolsa. Pero no se atrevió a emplear la fuerza, podría echarse a perder todo. Le habló bajito, con angustia: Se conduce uno como corresponde a quien lo merece, y yo de lo que tengo en la mente, jamás le he puesto la mano encima. "¿Y qué saco?, mejor que me pegara, siempre que trajera algo para la comida. Para qué decir si me regaló alguna vez una tira nueva." No se vaya, por lo que se refiere al que habla, no tomará más, y por esta luz que lo alumbraba, que desde mañana le pondré el hombro al trabajo, de lo que a mi persona se dice, en lo que respecta.

—Yo digo no más, compadre Michano; la mujer no es la que lleva los pantalones en la casa.

¡Diantres! Apareció una nueva corrida, iba en hilera de un extremo a otro del mesón. ¿Quién la habría pedido? ¿El Lenguado, don

Memo? Habrá que tomársela, pero será la última, total no me curaré, además le explicaré a la Sonia, ella tiene que entender cómo son estas cosas entre hombres.

—Al seco, Michano, para que tomes valor y no te jineten.

Era don Memo quien había pedido la corrida, por eso la brindaba.

—Por mí en lo particular, no se preocupe, don Memo; mando cuando quiero.

—Parece que quieres pocas veces.

—¿Y ella no te manda nada? —preguntó el Lenguado.

Tardó en responder.

—Sí, un poquito.

Era una confesión, una explicación ante sus amigos, el pago por haberla conquistado. "Mañana me voy a Quillota, a la corta de arvejas", le había dicho la Sonia. Respectando a lo que usted dice acá, no debiera irse a Quillota, han pasado montón de años, no encontrará a nadie, y por consiguiente, su madre, ni Dios lo quiera, puede estar difunta. Se sintió un tanto satisfecho, había metido a Dios, a quien su mujer visitaba de tarde en tarde, pero temía y respetaba.

—Cuando la Márgara —dijo Nicola— me quiere jinetear, no le digo nada, me calo el "borsalino" y no vuelvo hasta la otra semana. La encuentro mansita. Es cierto que también de cuando en cuando la frisqueo, pero es sólo para que no se olvide de la mano.

—Yo también, por si acaso —agregó el Cayetano.

Michano pensó que no era un buen sistema; a la larga la mujer se cansa y empieza con el "patas negras" que es más cariñoso y nunca le pega, a lo menos al principio. Bebió medio vaso de vino, nada de tomar al seco, había que cuidarse. Mi mujer no me aguantaría, está joven, se puede tentar con cualquiera que la invite a

bailar, a ella le gustan los "dancings" y los "patas negras"; no son tomadores; son filóricos. Ella había seguido buscando en los rincones; aparecían toda clase de cachivaches, lienzas, restos de espineles, una chumacera, de la que ya no se acordaba, dos boyas de vidrio, la punta de un biche-ro. "Tome estas boyas —le dijo—, le pueden pasar un par de litros por ellas." El, que había sido pescador primero, patrón de bote, y no ayu-dante, como muchos que ahora se sentían más que él, no pudo contestar nada, se sintió pálido. Al fin sacó la voz. En lo tocante a lo expresado por aquí, insistió señalándose el pecho, respec-tando a lo suyo, es verdad, tan verdad que des-de mañana no faltará el bastimento a lo que co-rresponde y nunca más tendrá causa de que dar gilibeos. "Cuántas veces me ha dicho lo mismo." Ahora, de veras, se lo juro por Diosito, que la mar me oiga, que nunca más pueda remar en lo propio si me curo otra vez. "Fíjate en lo que estás jurando, Michano." Ya había dejado el us-ted, se estaba ablandando. Le rejure por la mar que nunca más vuelvo a tener un bongo si tomo un trago. "Acuérdate, Michano, que la mar cobra la palabra." Cómo no lo voy a saber yo, Sonita; una segunda vez no me pasará. Pero la Sonia siguió metiendo cosas en la bolsa mari-nera. Ella se dio cuenta de la mirada. "Sí —le dijo—, esta bolsa es suya, pero yo no tengo en qué meter mis cachivaches; mañana se la mando devolver." Sonita, mi chinita, para qué me dice esas cosas, esa bolsa es suya, se la regalo. Nunca se la había querido dar, pues se sentía amarrado a través de ella a algún barco, a un lejano viaje en un futuro impreciso. Iría en un mercante, llevando la bolsa al hombro, trepando por la es-calera, cruzando por el tangón y los entrepuen-tes. Si usted me bota, a lo cual no tendré para qué seguir viviendo. No podría, y no logró seguir hablando, sólo emitía sonidos afónicos y estran-

gulados. La Sonia dejó la bolsa y se agachó para soplar el caldero.

—No se ponga triste, compadre; mejor péguese un tacazo. ¡Salud!

—Salud; estaba pensando no más.

—Al seco, por las mujeres; tienen las partes tan suavecitas.

Rieron como viejos conocedores. La Sonia estaba buena todavía. Inclínada junto al fuego, se le veían las corvas y una parte de los muslos. La había abrazado por detrás y estrujado con desesperación, buscándole el cuello y las orejas para besarla. “Uf, tiene el tufo vivo todavía.” Al principio esquivó la cara, luego se dejó acariciar y lloró. “No tome más, mijito”, le dijo entre hipo y sollozos. A él los ojos se le pusieron más rojos. Comieron de lo que había y tuvo deseos de celebrar. Miraba la botella seguido y la Sonia se dio cuenta. Ella propuso “tomemos un trago, yo te acompaño, pero uno solo”. El quiso levantarse de la mesa y decir lo que iba a afirmar con mucho orgullo, pero se quedó sentado y habló bajito. No, Sonita, no quiero. “Hay que saber tomar —le contestó—. Uno solo no hace mal, por el contrario, da apetito, pero usted la sigue y no la corta nunca.” Tomamos un poquito, y aunque no era de noche nos acostamos hasta el otro día. Cerré las ventanas para que no nos vieran. El mar allá abajo estaba morado, parecía una inmensa gamela de vino.

—Hay algunas que son suaves y duritas —contestó para complacer a su compadre.

El ahora había iniciado una vida nueva, no sería más un borracho botado por los callejones de los cerros o entre los botes de la caleta. Todo empezará de nuevo, como si fuera el mismo muchacho que hacía quince años soñaba con ser vaporino.

—La Sonia me abandonaría —dijo en voz alta, pero como para sí mismo.

—Y qué —replicó el Nicola—, donde hay una hay otra.

—Como la Sonia no hay.

—Compadre, no sea leso; las mujeres son como la gallina que aprendió a nadar para que también la pisaran los patos.

Las carcajadas se prolongaron en la cantina. El grupo creció y hubo nuevas corridas de vino.

Tomaré de a poco, les sacaré la vuelta a las cañas. Nunca más le puedo fallar a la Sonia. ¿Por qué serán tan borrachos los pescadores? Si no fuera por la mar, jamás me hubiera metido con ellos.

—Jefe, una corrida por mi cuenta —pidió el Lenguado.

Pobre Lenguado, nunca pasó de ayudante y siempre ofreciendo trago; así son mis amigos, mis viejos "carretas"; los abrazaría a todos.

—¿Que te fue bien ayer? —le gritó del otro extremo el Pescado Chico.

—¿Acaso tiene que irme bien para que pida una corrida? Yo no tengo tiburones en el bolsillo, como otros.

—Ni tiburones ni billetes.

—Ayer pescó más de diez docenas de sierras.

—Sí, pero hoy no pescamos nada, mientras que al Balbontín casi se le cortaban los espines. Parecían moscas como estaban pegados los congrios.

—¿Y qué es del Balbontín? Tiempo que no lo veo.

—Está enamorado.

—Qué va a estar.

—El otro día los pillé. Iba de la manito con la Meche, entrando a la matiné del Mundial.

—¿Con la Meche?

—Pobre Balbontín.

—Así es el amor, ¿no es cierto, compadre? Michano se bebió el resto del vino. Así es,

pensó. El, sin duda, estaba enamorado de la Sonia. Claro que no andaría tomado de la mano, entrando a las matinés como un baboso.

Nicolás se le acercó, le puso un brazo sobre el hombro.

—Lo noto triste, compadrito. No hay que afligirse por nada en este mundo. Para todo hay remedio, hasta para la muerte. Si tiene algún problema, aquí está su compadre.

Hizo una seña y empezaron a llenar nuevamente los vasos, chocaron, brindaron; Michano sintió a Nicolás más amigo que nunca, y que toda la caleta era cordial y buena.

—Compadre, le aconsejo que vaya a vender por el cerro Los Lecheros; por allí las viejas son como gatos para el pescado.

—Está mejor por el cerro Larraín —terció el Lenguado.

—Yo que tú —intervino el Gaviota— Me iría por el lado del cerro Esperanza.

—Pero si allí vivimos todos nosotros.

—Y qué, ¿alguien lleva pescado para su casa? Las pobres viejas pasan rezongando que no tienen cabezas ni para un caldillo.

—Pero van a gastar la plata nuestra en pescado, si se lo podemos llevar gratis.

—Qué plata te van a gastar, Tomasín. Cuánto tiempo que no le pasas nada a la Ana.

Todos daban consejos, se reían, volvían a beber.

Me quiere, sin duda. Yo también. Los miro, quiero a mi compadre, lo quiero mucho, y al Lenguado, y al Poco Pescado y al Pescado Chico, al Cayetano, al Tomasín, al Agricultor, al Rafa, al Pelado Núñez, al Borrado. Lástima que son tan buenos para el tinto. Al Balbontín le gusta el blanco. Así que está enamorado y no viene al mesón. Eso tengo que hacer yo. Sin duda la Sonia tenía razón. Ellos lo echaban a perder, lo tentaban. Pero ahora sería distinto. Lle-

garía sano y bueno y más encima con plata. De llapa la atendería mejor en la cama. Cuando se anda en las tomas, la cama es sólo para dormir; ella cantaría nuevamente preparando el desayuno.

—Ahora me toca a mí —gritó el Borrado desde lo alto de su cuerpo.

Las cañas otra vez se llenaron y vaciaron.

—¿Que le está haciendo el quite, compadre?

—No, no, salud. —Empinó el vaso y lo dejó listo para que se lo llenaran.

—Le doy un dato para que no se cure. Póngase muy firme y piense para adentro. ¡No me curo, no me curo! Verá que aguanta mucho más. Yo siempre lo hago. Claro que si no le resulta, la Sonia lo va a dejar más machucado que rodilla de zapatero.

—Para qué me joroba con esas cuestiones, compadre. Usted sabe que la Sonia no me levanta ni un dedo, a lo cual, a mí yo soy el hombre. Yo no le pego porque no quiero no más.

—Son bromas, compadrito, no se enoje.

Michano contó con la mirada, eran nueve, calculó si alcanzaba, hizo un gesto circular con la mano y Elías, el mesonero, llenó los vasos. Después de esta corrida me voy. Ahora todo cambiará, me siento como nuevo, no estoy ni a medio filo. Nunca antes desde que perdió el bongo había estado tan optimista. Alegría auténtica, no de borracho que se olvida de la tristeza de no ser más pescador, de ser un simple canastero, revendedor de merluza.

—Bueno este Michano, otra vez se quedó callado. ¡Sírrete un trago!

—Listo no más.

Bebió con fruición, con alegría. Soy feliz, soy feliz. ¡No tengo que curarme! ¡No tengo que curarme!

—Está buena la cañería todavía —le dijo el Lenguado dándole alegres palmadas.

La Sonia está equivocada, en realidad los amigos no lo obligan a uno a tomar. Yo tomo porque quiero y cuando quiero.

Empezó a experimentar una agradable imprecisión de las cosas, y sintió crecer la amistad por sobre el vaho de los cuerpos y de las ropas mojadas, los gritos y las risas, el olor a tabaco, a pescado y vino. Se volvió hacia su compadre:

—¡Soy capaz de hacer lo que quiera!

Nicolás lo miró extrañado.

—¿Qué cosas?

—Cualquier cosa. ¡Soy capaz de todo!

—Sí, uno cree que es capaz de hacer todo y con eso se conforma. Es cierto, si uno se siente capaz es como si las hubiera hecho, ¿para qué entonces darse el trabajo de hacerlas? Mejor ponerse a la vara a tomar un tinto.

—Eso digo yo —afirmó el Lenguado, y preguntó—: ¿Cuántas vidas tiene uno, cuántas? Una sola, una sola, entonces no hay que perder el tiempo, hay que tomar. Salucita, pues.

—A lo cual no estoy hablando de gil, a lo que corresponde yo soy un hombre capaz de todo, volveré a tener mi bote propio.

—Psh, eso no es nada, yo me siento capaz de comprarme una goleta de cien toneladas y pescar hasta en Juan Fernández. Pero ve, aquí estoy con mi tintito.

—Claro, compadre, pero es que usted no ha perdido su bongo. Juntaré peso a peso. Todavía tengo mi matrícula, y estoy inscrito en el sindicato. ¿No es cierto, don Memo? ¿Dónde está, don Memo? Este don Memo es cobarde, siempre se corre.

Llegó al grupo el alcalde de mar:

—Esto sí que es bueno, Michano; se está tomando la plata que le presté. ¿No dijo que le había prometido a la Sonia no tomar más? Le va a oler el tufo y no lo va a dejar bueno ni para carnaza.

Están equivocados, pensó, no le pego a mi mujer porque no me gusta, pero si hace falta, listo no más.

—Yo a las mías no les casco casi nunca —dijo el Pescado Chico— de flojera no más, pero a veces se ponen tan lesas que la patada sale sola.

—Yo no le pego —afirmó Michano.

—Es que el compadre llega a ser gil de bueno. Cuando la Berta lo botó por lo del bongo, yo ahí mismo me hubiera ido de zapatería hasta que no resollara.

—Pero, Nicola, tu compadre Michano perdió el bote de borracho.

—¡Yo no estaba borracho!

Hubo sonrisas.

—Es verdad —confirmó Nicolás con gravedad—. Yo lo vi cuando se hizo a la mar; no estaba ni achispado.

—¿Qué pasó, entonces? —preguntó el Borrado.

—No sé, nunca me la ha largado el compadre.

—Cuenta, Michano, cuenta la firme.

—No sé lo que me pasó. Juro que ni iba curado.

—La mar es traicionera —dijo el alcalde.

Todos callaron pensando en ese enemigo diario, constante, invisible, del cual vivían, al que deseaban dejar, abandonar, irse lejos y no podían porque lo amaban.

Una sorda y pequeña rabia le roía y se agrandaba. Ahora la Sonia empezaba a avivarse. Creerá que así como perdí el bote, ahora voy a perder lo único que tengo, los canastos. Se los imaginó zarandeándose frente a la playa, haciendo agua rápidamente. No pasará nada. No seré borracho. Claro, nunca seré marinero, nunca pasaré frente al faro Curahumilla afirmado en la baranda, mientras la chimenea echa humo a

grandes bocanadas, pero volveré a tener mi bote.

Como antes, alegría de la mañana a la noche, confianza, billetes grandes en los bolsillos, felicidad de pagar el trago primero que los amigos, sentirse cada vez más hombre. Qué hermosos tragos eran los de entonces, y al otro día no andaba corrido y pensando que todo estaba malo y que era culpable hasta de respirar, como le ocurría ahora, semanas enteras. Volver a pegarse esas inmensas "trancas" comiendo abundante arrollado, que plateada con porotos o pastel de choclos, o de los chunchules, nada de pescado, y tomar del bueno, claro, lo volvería a hacer y la Sonia no diría ni chus ni mus, porque tendría de un cuantuay, y si pataleaba, a lo mejor era cierto que le haría bien una chancadura de padre y señor mío.

Quiso comunicar esta decisión a sus compañeros, pero las palabras no le salieron con precisión. ¿Estoy empezando a curarme? Podría zamparme otro vaso y vender más tarde. No, mejor que me vaya luego, después se me pega la carreta y ya no salgo más de aquí. Ahí sí que perdería a la Sonia, ya no me perdonaría nunca más. Tan hermosa que es, la mejor y la más bonita que he tenido y está buena, mejor que cualquiera de las de la calle Olivar, y ¿quién me haría la comida, y dónde dormiría? Porque se iría hasta con su cama. Este es mi último amor, claro; sin duda estoy enamorado, miren qué lesera, la que me fue a pasar, enamorado el perla y sin tener dónde caerse muerto, pero por ahora, sólo por ahora, pues de lo que al trabajo se dice, me pondré de cabeza y nadie me parará hasta que tenga mi bongo, dos bongos, tres, cuatro, todos con motor, unos con "Arquímides" y otros con "Johnson". ¡No me curaré! ¡No me curo! La Sonia me esperará con comida calientita a la vuelta de la mar, igual que

si estuviéramos recién casados. Y si no me espera con sopa caliente, la fresca que le voy a dar. Era lo que debía haber hecho desde el principio con la Berta. Eso es, ¿por qué tengo que dejar a mis amigos en lo mejor? ¿Qué se habrá creído la Sonia? ¿Que es otra Berta? ¡No se lo aguanto!

—Me voy —dijo el alcalde de mar—. Vámonos, Michano; tienes que ir a vender, mira que si no las merluzas se te van a podrir.

—El estribo, entonces —propuso Nicolás.

Bebieron dos estribos, porque el Lenguado ofreció el último a su vez, antes que se fuera el alcalde.

—Déjalo que se vaya —le dijo al oído el Nicolás—; ahora tomaremos una botellita entre amigos solamente.

—No, compadre, a lo cual yo tengo que ir a vender, perdonando. Sí soy hombre pero, a mí no le hace falta a la Sonia.

—Claro, la Sonia, la Sonia y el miedo que se lo come.

—¿Qué? No; no se la puede conmigo. Ja, no me preocupa la Sonia, es el capital. Si no vendo pierdo todo y no tengo ni con qué devolver lo que me prestaron. A lo cual, compadre, hasta usted saldría embromado. Ja, ve, hasta usted. ¿Y después quién me prestaría, quién me pasaría siquiera una luca? ¿Quién? ¡Nadie!

Se fue el Pescado Chico y se fueron el Borrado y el Poco Pescado. Finalmente se pusieron de acuerdo en que había que salir a trabajar, unos en sus bongos y Michano con sus canastos.

La última copa fue la más lenta. Michano se inclinaba sobre el mostrador y movía la cabeza de un lado a otro. ¡No me curo, ni me curo!

—Si no estamos curados, compadre; sólo a medio filo, ¿y qué le hace el agua al pescado? Total, para todo hay salvación, hasta la muerte.

—Sí, la muerte —repitió el Lenguado—.

Sí, la muerte. —Y se puso a llorar sobre el mesón.

Michano lo miró extrañado y en forma imprecisa.

—Se fue cortado —dijo.

—Desde anoche que estaba tomando.

Me siento muy bien, ¿por qué tengo que irme? Por culpa de la Sonia; ¿qué se habrá creído la porquería? No estamos curados. ¡No me curo, ni me curo! Tengo que dejar a los amigos en lo mejor. ¡Ah, no!, ¡a mí no! Llegando la golpeo, a lo cual hay que hacerle sentir la fuerza del macho.

—Compadre Michano, yo me voy a llevarme una botella para el bongo, y usted ponga una en sus canastos, yo se la pago.

—Con su amigo, pues, compadre. Yo no estoy curado. ¡Ah, claro!

Metiendo la botella en un canasto se fue de bruces. Chupalla, parece que me está agarrando firme. ¡No me curo, ni me curo! Y agregó en voz alta:

—¿Sabe qué más, compadre? Eso de que no me curo y no me curo, es una pura huevada. Y la cuestión de la muerte también.

—Es que hay que decirlo con firmeza, muy fuerte, con mucho convencimiento, firme, como si uno se fuera a morir si no lo dice.

—Pero si no hay muerte, ¿no dice usted, compadre?; ¿a lo cual entonces en qué quedamos?

—¿Cuándo he dicho eso?

—Claro que lo dije.

—Yo nunca digo tonteras, compadre.

—Bah, lo dije, a mí no, ¡ah!, no me va a negar.

—Nunca lo he dicho.

—Total, nos vamos, con esta botellita no me faltará valor.

—Y a mí tampoco; cuando vuelva de la mar,

voy a convidarlo a una sierra asada al rescoldo, compadre, y así podremos seguirla.

—No, compadre, no tomo más, me voy a ser feliz con la Sonia.

—Dale con el mismo disco.

—Compadrito, pero es que yo la quiero. Claro, sí, ¿ah?

—Está bien, ¿y usted cree que yo nunca he querido a una mujer? Puf, por montones, pero hay que saberlas manejar.

—Ah, sí, él lo sabe todo, ¡Ah!, y yo no sé nada, ¿y si la Sonia se me va?, ¿ah?, qué le importa a él, pero a mí sí, mire qué laya de compadre tengo yo.

—Por la, compadre, no se ponga jetón; para todo hay remedio, hasta para la muerte.

—¡Ah!, ¿no ve?, ¿cómo me negaba? ¡Ah!, ¡ah!, lo pillé, ¿ve como dice que no hay muerte?

—Qué aturdido, yo no digo que no hay muerte; yo digo que hay remedio hasta para la muerte.

—¿Cuál?, ¡ah! ¿Cuál?

—La muerte.

—¿Me está agarrando para el tandeo? Nunca he visto un compadre más leso. —Lanzó una gran carcajada.

El Lenguado había dejado de llorar y dormía tranquilamente en el mesón.

—Usted tiene pocas cachativas, compadre. Párelas, abra bien los ojos cuando le digan algo importante, como le digo yo. Entiende, ¿ah?

—¡Ah!, sí, claro, bien, yo no puedo decir nada. La Sonia tampoco podrá decir nada. Usted es el Rey, claro, mire, el Rey, a lo cual no hay ningún Rey. Verá, compadre, respetando a que me pondré muy firme y quien manda en la casa. Si estoy haciendo una nueva vida, entonces la desgraciada no tiene por qué enojarse. Total un par de tragos más o menos no le hace. Además le voy a llevar de todo; no habrá ninguna falta en cuanto a las vituallas.

Elías, el mesonero, miró al Lenguado, dudó entre despertarlo o dejarlo dormir, y luego se metió en la cocina.

No le querían permitir subir en los autobuses, hasta que uno se compadeció.

—Por qué me cobra pasaje por los canastos, acaso son personas, ¿ah? Claro, el abuso.

—Ocupan espacio, maestro; es carga que hay que pagar.

—Entonces éste es un camión, entonces cobrenos por bulto, somos carga, somos cualquier cosa, no somos personas humanas, ¿ah?, ¡ah! Claro, el abuso.

Siguió refunfuñando y hablando en voz baja, hasta que descendió en el Pasaje Quillota. Dejó los canastos en la vereda. Tenía una sed implacable, sacó la botella y bebió un trago. “¡Curagüilla!”, le gritaron cuando partió el vehículo. Los amenazó con la botella.

—Cobardes, para qué se arrancan. Soy hombre de trabajo, mando en mi casa.

Sí, yo ronco en mi casa y nadie más.

Repentinamente gritó:

—¡Pescado fresco, caserita! Yo mando y qué fue. Pescado fresco, compren rápido.

Miraba hacia un lado y otro de la calle, bamboleando la cabeza como si se le hubiera quebrado un resorte.

—¡Caseritas, caseritas, pescado fresco!

Aunque sea de a poco, de a poquito, me compraré primero los remos, luego espineles, redes, al final, el bote, y por último el motor, un “Arquímides” reluciente por todos lados.

—¡A la pescada fresca, caserita!

Ahora es mi nueva vida. Llegaré a ser el más pudiente de la caleta. Don Memo, el presidente del sindicato, será una alpargata al lado mío.

—Pescado fresco, compren, pues. ¿No saben que tengo que llevarle plata a la Sonia?

Tomaré poco, a veces se me podrá pasar la mano, para el Año Nuevo y para el santo de la Sonia.

—Pero cómprenme, ¿qué esperan?

¿Qué sucede, qué tienen las viejas?

—Qué les pasa, ¿ah? Ya, pues, viejas, ¿ah?

Trepó por un callejón estrecho, con casas de latas a ambos lados, unas agarradas al cerro y otras afirmándose en el precipicio.

—Pescado, viejitas lindas.

Sintió unas risas lejanas.

Se detuvo, escuchó, y miró, calle arriba, calle abajo. Silencio, soledad. Dejó los canastos y empujó la botella. ¿Estarán todos muertos? Sintió de nuevo las risillas lejanas, como tras una neblina.

—Pescado, ya pues, pescado, no se hagan las cargantes.

Empezó a distinguir borrosamente mujeres y chiquillos asomados a las puertas y a las ventanas; parece que hacían gestos o se reían.

—Pescado, pescadito.

El diminutivo lo entristeció y surgió nuevamente, poderoso, el recuerdo de su mujer.

—Cómprenme pescado, viejitas. Viejitas lindas, no ven que tengo que llevarle plata a la Sonia.

De qué se reirán, debe ser algo alegre. Soltó una carcajada y la prolongó mientras seguía subiendo.

—Claro, ya me reí, ahora cómprenme pescado, viejitas; está fresquito. Tengo que llevarle plata a la Sonia.

Seguían las risas, estaban muy alegres, pero no compraban nada. Los chiquillos querían jugar, le empujaban los canastos. Eran medio confianzudos, pero alegres. Le tiraban la chaqueta. Qué risa me dan, son graciosos. Les voy a dar un susto. Bruscamente giró sobre sí mismo, al mismo tiempo que gritaba.

—¡Juaaa!

Y cayó encima de los canastos. Se rió largamente junto con los niños mientras trataba de enderezarse. Los volvió a asustar y nuevamente se cayó. Cansado se sentó en el suelo, sacó la botella y empinó un trago.

No he vendido nada, pobre Sonia.

—Pescado, pescadito.

Se puso de pie.

—Pescado, pescadito. Ya, córtenla, no juego más, tengo que vender el pescado.

Pero los niños tironeaban cada vez más fuerte, hasta que volvió a caer sobre los canastos. Se paró lleno de ira, tomó una sierra y la reboleó, correteando a los muchachos.

—Córtenla, cabros de porquería. Córtenla.

Se detuvo, enjugó el sudor de la frente.

—Pescado, sierras, jurelitos. Por favor, pescado.

Si no vendo, no volveré al rancho. ¿A qué? No tendré mujer ni nada. Junto al dolor se acrecentó la ira.

—Compren, viejas; la Sonia tiene hambre. ¡Ya, molederas!, ¡váyanse antes que los mate de un sierrazo!

"Quieren que yo me muera también. Qué hubo, me compran o no.

Tomó una gran merluza y la lanzó contra la primera ventana que encontró abierta:

—Vieja infeliz, cómprame.

Siguió lanzando pescado, los niños se acercaban por detrás y lo empujaban, los correteaba. Tiraba peces en todas direcciones, a las puertas, a las ventanas. Un gato empezó a comer parsimoniosamente, luego se juntaron varios que se amenazaban unos a otros. Terminó un canasto y siguió con el otro. De repente experimentó un gran cansancio. Trató de reanimarse. No, no estoy borracho. No me curo ni me curo, a lo cual, ¡ah!, ves tú, Sonia, no estoy ebrio, ebrio, ¡ah!

¡No hay muerte! Claro, nadie se ha muerto, ¡muera la muerte!

Junto con la tristeza crecía el cansancio.

Gritó:

—Pescado, viejitas.

Y como si perdiera viento terminó en un murmullo:

—Ahora sí que no me perdonará.

Se sentó en medio del callejón, acomodó los canastos, quedaban dos o tres pescados y la botella brillando. La destapó, bebió el resto y luego se la colocó entre las piernas.

No habrá bongos, ni redes, ni espineles, ni nada, ni Sonia tampoco, ni mar, el gran culpable, sólo un inmenso maremoto de vino. Tuvo un lejano temor de pensar mal del viejo océano, sobreviviente prejuicio de pescador, pero vino el valor acompañado de la energía. Quiso pararse, no pudo, y exclamó:

—No te tengo miedo, mar borracho; tú, mar borracho, tú, culpable de todo, arréglatelas solito con la Sonia.

Un “tiznado” de la maestranza le palmeó la espalda:

—Maestro, párese; aquí lo pueden atropellar.

Se afirmó en la botella, agachó la cabeza y rompió a llorar. Trató de levantarlo.

—No empuje —sollozó—, ¿no ve que estoy muerto?

Indice

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHINA

Prólogo, por Jaime Concha	7
---------------------------------	---

JOSE MIGUEL VARAS

Hoja biográfica	13
<i>La Denuncia</i>	15
<i>Campamento</i>	29
<i>Exclusivo</i>	37

ALFONSO ALCALDE

Hoja biográfica	71
<i>Los Socios</i>	73
<i>El Auriga Tristán Cardenilla</i>	81
<i>La Boca, la Boca</i>	95

NICOLAS FERRARO

Hoja biográfica	103
<i>Hacia el Mar</i>	105
<i>De Regreso</i>	117
<i>El Hombre que no Quería Comer</i>	127

FRANKLIN QUEVEDO

Hoja biográfica	143
<i>Clelia Stefans</i>	145
<i>Todos Seremos Rosados</i>	151
<i>La Felicidad</i>	157
<i>Mar Cerrado</i>	159

COLECCION "QUIMANTU PARA TODOS"

Esta Colección nace dirigida a satisfacer una amplia necesidad cultural: la de ofrecer lo mejor de la literatura chilena, latinoamericana y universal de todas las épocas a precios al alcance de nuestro pueblo, abriéndole así una ancha ventana hacia la vida.

Aparece quincenalmente, su precio es de E^o 30.— (treinta escudos) el ejemplar, y se encuentra en librerías y quioscos de diarios, a lo largo de todo el país.

PRIMEROS TITULOS:

1. "La Sangre y la Esperanza", Nicomedes Guzmán.
2. "Todas Ibamos a Ser Reinas", Gabriela Mistral.
3. "El Chilote Otey y otros Relatos", Francisco Coloane.
4. "La Viuda del Conventillo", Alberto Romero.
5. "Poemas Inmortales", Pablo Neruda.
6. "Cuentos de Pedro Urdemales", Anónimo.
7. "Diez Días que Estremecieron al Mundo", John Reed.
8. "Cuentos de Rebeldes y Vagabundos", Máximo Gorki.
9. "Hijo de Ladrón", Manuel Rojas.
10. "El Robo del Elefante Blanco", Mark Twain.
11. "Poesía Popular Chilena", selección de Diego Muñoz.
12. "Diez Cuentos de Bandidos", selección de Enrique Lihn.
13. "Aventuras de Arturo Gordon Pym", Edgar Allan Poe.
14. "... Y Corría el Billeto", Guillermo Atías.
15. "La Dama del Perrito y otros Relatos", Anton Chejov.
16. "Reportaje al Pie del Patíbulo", Julius Fucik.
17. "El Llamado de la Selva", Jack London.

18. "La Rebelión de los Colgados", Bruno Traven.
19. "Romancero Gitano", Federico García Lorca.
20. "Hambre", Knut Hamsun.
21. "Puerto Engaño", Leonardo Espinoza.
22. "Mamita Yunai", Carlos Luis Fallas.
23. "Así se Templó el Acero", N. Ostrovski.
24. "El Músico Ciego", V. Korolenko.
25. "Judíos sin Dinero", Michael Gold.
26. "Misión Peligrosa", A. Lukin y D. Polianovski.
27. "Pelo de Zanahoria", Jules Renard.
28. "Apuntes de un Lugareño", J. Rubén Romero.
29. "El Carretero de la Muerte", Selma Lagerlöf.
30. "Cuentos", Hans-C. Andersen.
31. "Tierra Fugitiva", Manuel Guerrero.
32. "Pisagua", Volodia Teitelboim.
33. "Poesía Combatiente", Grandes poetas del siglo XX.
34. "Los Cardos del Baragán", Panait Istrati.
35. "Martín Rivas", A. Blest Gana.
36. "El Angel Azul", Heinrich Mann.

COLECCION "NOSOTROS LOS CHILENOS"

Los personajes de esta Colección somos nosotros mismos, chilenos comunes y corrientes, desplazándonos a lo largo y ancho de nuestro país, mostrando cómo somos, cómo vivimos, cómo trabajamos y cuáles han sido los sucesos más trascendentales que hemos protagonizado en la historia de Chile.

Aparece quincenalmente y se encuentra en librerías y quioscos de todo el país.

PRIMEROS TITULOS:

1. Quién es Chile.
2. Así Trabajo Yo, tomo I.
3. La Lucha por la Tierra.
4. Historia del Cine Chileno.
5. Así Trabajo Yo, tomo II.
6. Yo Vi Nacer y Morir los Pueblos Salitreros.
7. Así Trabajo Yo, tomo III.
8. Los Araucanos.
9. Chiloé, Archipiélago Mágico, tomo I.
10. Chiloé, Archipiélago Mágico, tomo II.
11. Historia de las Poblaciones Callampas.
12. Así Trabajo Yo, tomo IV.
13. Pintura Social de Chile.
14. Historia de la Aviación Chilena.
15. Los Terremotos Chilenos, tomo I.
16. Los Terremotos Chilenos, tomo II.
17. Geografía Humana de Chile.
18. Así Trabajo Yo, tomo V.
19. Niños de Chile.
20. Las Grandes Masacres.

21. Islas de Chile.
22. La Mujer Chilena.
23. Comidas y Bebidas de Chile.
24. Viaje por la Juventud.
25. La Antártida Chilena.
26. La Nueva Canción Chilena.
27. El Movimiento Obrero.
28. Caricaturas de Ayer y de Hoy.
29. Los Fusilamientos.
30. La Emancipación de la Mujer.
31. Grandes Deportistas.
32. Los Bomberos.
33. Leyendas de Chile.
34. Así Trabajo Yo, tomo VI.

COLECCION "CUNCUNA"

"Cuncuna" es la única colección chilena de cuentos para niños. Incluye los mejores cuentos de la literatura chilena y universal, con hermosos dibujos a todo color. La belleza y todo lo que atrae a los niños es la característica de 32 páginas que contienen los libros "CUNCUNA".

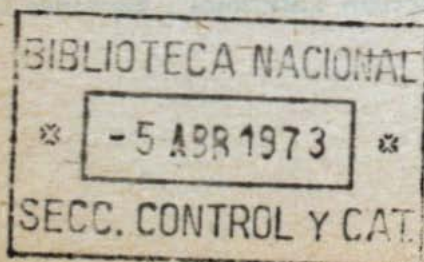
PRIMEROS TITULOS:

- "El Negrito Zambo", cuento anónimo latinoamericano.
- "El Rabanito que Volvió", cuento anónimo chino.
- "La Flor del Cobre", Marta Brunet.
- "El Gigante Egoísta", Oscar Wilde.
- "El Tigre, el Brahmán y el Chacal", cuento anónimo hindú.
- "La Desaparición del Carpincho", Carlos Alberto Cornejo.
- "Invernadero de Animales", cuento anónimo ruso.
- "Los Geniecillos Laboriosos", hermanos Grimm.

COLECCION "CORDILLERA"

PRIMEROS TITULOS:

- "Eloy", Carlos Droguett.
"Festín para Inválidos", Walter Garib. (Primer Premio del Concurso "Nicomedes Guzmán").
"La Metamorfosis", Franz Kafka.
"La Promesa en Blanco", Braulio Arenas. (Segundo Premio del Concurso "Nicomedes Guzmán").
"Don Segundo Sombra", Ricardo Güiraldes.
"Peopletown", S. Mirko.
"David de las Islas", Manuel Miranda.
"El Hombre que Sonaba", Ernesto Malbrán.
"Biografía de un Cimarrón", Miguel Barnet.
"Fuegos Artificiales", Germán Marín.
"Frontera", Luis Durand.



Este libro se terminó de imprimir en los talleres de la
EMPRESA EDITORA NACIONAL QUIMANTU LTDA.,
Bellavista 0153, en marzo de 1973.
Edición de 30.000 ejemplares.
Hecho en Chile — Printed in Chile.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA